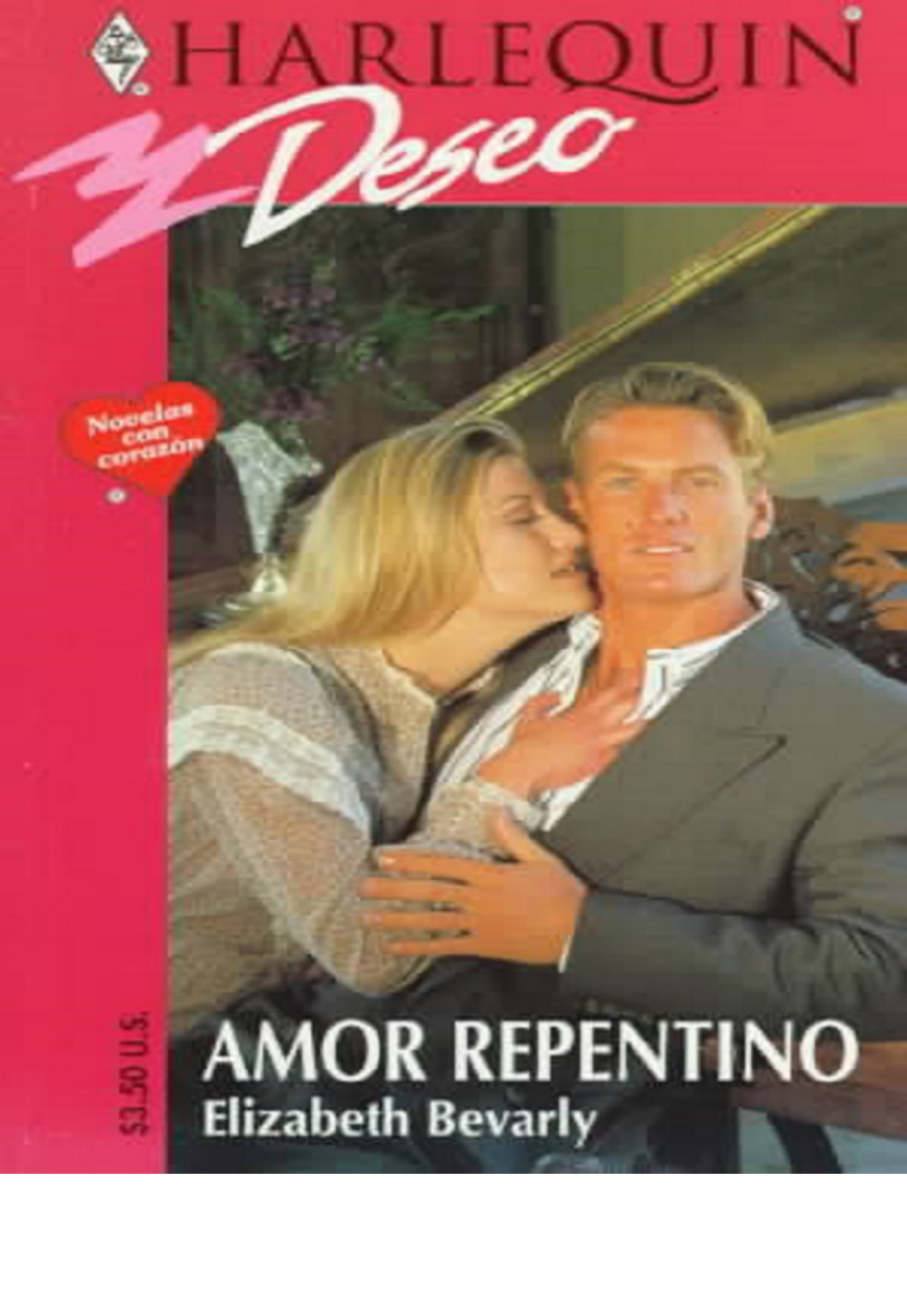

HARLEQUIN
Deseo
Novelas con corazón
$3.50 U.S.
AMOR REPENTINO
Elizabeth Bevarly

Argumento

Quizá no se pueda comprar el amor, pero en el caso de Annie Malone, ¡no fue porque no lo intentara! Una mirada al imponente físico y a los ojos azules de lke Guthrie, el soltero que alcanzó la puja más alta de la subasta, le confirmó a Annie que pasar un fin de semana sola con él no iba a suponerle ningún sacrificio.

Ike Guthrie no sabía cómo había ido a parar a aquella subasta de solteros, pero de una cosa estaba seguro: aunque su "compradora" pudiera ser una mujer increíblemente sexy, no había contado con sus niños...

Capítulo 1

-Es la cosa más ridícula que he hecho en toda mi vida. No sé cómo he podido dejar que me convencieras.

Ike Guthrie contempló la imagen de su hermana en el espejo y frunció el ceño. Nora se encontraba de pie a su espalda, inclinada sobre él mientras le colocaba la corbata negra. A su espalda, entre el humo de los cigarrillos y puros se distinguían las siluetas de varios hombres, que charlaban. Al terminar, le dio un último estirón que estuvo a punto de estrangularlo.

-tPor qué, hermana mayor -gruñó mientras se aflojaba el nudo-, siempre has sido capaz de convencerme de hacer cosas que por nada del mundo hubiera querido hacer?

-Es un talento que heredé de mamá -respondió Nora, acariciando las suaves solapas de su esmoquin-. Ya está; estás fabuloso. Esta noche te vas a llevar la puja más alta. Si no ganas el gran premio, entonces es que no hay justicia en el mundo.

Ike la miró desconfiado. Como él, Nora rebasaba con creces la estatura promedio, pero a pesar de ello sólo le llegaba hasta la barbilla. Ambos tenían el cabello rubio claro, lacio y brillante, pero Ike lo llevaba corto, al contrario que su hermana, que se lo recogía con una trenza francesa. Sus ojos azules, bordeados de largas pestañas, combinaban perfectamente con el de su pelo. Ike se fijó en la elegante ropa que llevaban los dos y nuevamente frunció el ceño al pensar que parecía un estúpido con aquel traje de pingüino.

-¿La puja más alta? -repitió, volviéndose para mirarla directamente-. Lo dices como si fuera un pedazo de carne de primera calidad puesto en subasta.

-Esta noche, hermanito, lo eres. Recuerda que esto es una subasta de solteros en beneficio del hospital infantild de Santa Bernardette.

Ike abrió la boca para reiterar sus reservas hacia aquel asunto, pero se calló al oír un clamor procedente del otro lado de la cortina que dividía la sala. Todos los otros hombres que se hallaban presentes se pusieron a escuchar con una inconfundible expresión de pánico. Ike se levantó para acercarse a la cortina y la apartó un poco para poder atisbar lo que sucedía al otro lado.

Vio un estrado rodeado de cientos de mujeres, cada una de ellas con un puñado de billetes en la mano, que silbaban y pitaban al único y desafortunado hombre que se encontraba allí, sobre el escenario.

-¡Dos mil dólares! -oyó Ike que gritaba la subastadora, con expresión de placer-. A la una... a las dos... ¡a las tres! Bueno, señoras, este es el precio más alto que se ha pujado en lo que llevamos de noche. Puede que el doctor Gillette se lleve a su casa el gran premio.

-¡Bah! -murmuró Nora al oído de su hermano-. Esa todavía no ha visto a Isaac Guthrie, el más famoso arquitecto de Filadelfia.

-Algo me dice -repuso Ike sacudiendo la cabeza cuando las mujeres empezaban a silbar de nuevo que no les va a interesar mucho la forma que tenga de ganarme la vida.

-Ya lo sé. Pero tú tienes un magnífico trasero, Ike. Te aseguro que nos llevaremos el gran premio.

En ese momento el doctor Gillette apartó la cortina y entró en la sala, enjuagándose con un pañuelo el sudor de la frente.

-Son como animales -exclamó-. Ni siquiera saben por quién pujan. Dos mujeres de la fila delantera han estado a punto de llegar a las manos.

-No se preocupe, señor Gillette -lo consoló Nora dándole unas palmaditas en la espalda-. Estoy segura (le que la mujer que lo ha comprado es una bellísima persona.-bajó la voz para añadir, dirigiéndose a Ike-: Probablemente se trata de Edith Hathaway.lVle dijo que estaba decidida a conseguir un médico para su hija Parcela, por muy alto que fuera el precio que tuviera que pagar. Y, si quieres saber mi opinión, ¡un cardiólogo por dos mil dólares es un verdadero robo!

-Nuestro próximo soltero a subasta... -al otro lado de la cortina, la voz de la subastadora llegó hasta ellos-... es el señor Isaac Guthrie, uno de los mejores arquitectos de Filadelfia y... también unoo de los hombres más atractivos. Estoy segura de que todas conocerán el nuevo centro de la corporación Bidwell; pues bien, el señor Guthrie lo diseñó. Además de su talento como arquitecto, a Isaac le encanta montar a caballo, la poesía de Lord Byron y los paseos por la playa a la luz de la luna.

-¡No! -murmuró Ike a su hermana-. Nunca he montado a caballo y odio la poesía. ¿De dónde se ha sacado todo eso...?

-Sssh -Nora lo hizo callar-. Verás... fui yo quien escribió eso...

-Su signo del zodíaco es Escorpio -continuó la subastadora-, tiene treinta y seis años, es un gran cocinero y un excelente tenista... La mujer de sus sueños es elegante, sensible y con un gran sentido del humor...

-Se suponía que tenía que haber leído: «pequeña, sexy y, ante todo, discreta» -murmuró Ike, disgustado-. Pensé que eso las disuadiría de comprarme.

-Ya lo sé, estúpido. Por eso mismo lo cambié.

-Eh, espera un momento, Nora...

-¡Sshh!

-¡Y la cita que ofrece el señor Guthrie... -continuó la subastadora-...

es un verdadero fin se semana de fantasía!

-¿Fin de semana de fantasía? -repitió Ike, incrédulo-. Les dije que simplemente se trataría de una cena. ¿De dónde ha salido to...? -miró a su hermana y la descubrió sonriéndose.

-Ya te dije que ibas a conseguir la mejor puja. Vamos, no pongas esa cara. Ya me he preocupado de todos los detalles. Todo lo que tienes que hacer es exhibirte -Nora esbozó una maligna sonrisa-. Después de todo, Ike, todo esto es en beneficio de una obra de caridad. Recuerda que algunos niños van a recibir un tratamiento médico al que, de no ser por ti, nunca habrían accedido. Además.., puede que te compre la mujer de tus sueños...

-Lo dudo -suspiró Ike, resignado.

En ese momento la subastadora acababa de describir la fantástica excursión al Cabo May, en Nueva Jersey, adoptando hábilmente un tono de cierto escepticismo cuando se refirió a las habitaciones separadas de la pensión en la que se alojaría Ike y su afortunada pareja... y al almuerzo que disfrutarían en la playa, al día siguiente. Sacudiendo la cabeza, Ike estaba pensando maravillado en la asombrosa imaginación de su hermana y no se dio cuenta de que ya lo llamaban para salir a escena. Pero Nora lo empujó y no tuvo más remedio que avanzar hacia cl estrado, muy a su pesar.

-Es la cosa más ridícula que he hecho en toda mi vida. No sé cómo he podido dejar que me convencieras.

Annie Malone miraba fijamente a su hermana mayor, preguntándose cómo era posible que Sophie siempre se las hubiera arreglado para incitarle a hacer cosas que normalmente jamás habría soñado con hacer. Una subasta de solteros... incluso aunque fuera en beneficio de una obra de caridad... Annie tenía un millón de cosas que hacer antes que asistir a un acontecimiento semejante.

-Sssh -la acalló Sophie, con la vista fija en su programa-. Mira, este tipo es perfecto para ti. Le encantan los caballos y la poesía de Byron, y sabe cocinar -lanzó a su hermana una mirada de censura-. Teniendo en cuenta tus habilidades culinarias, esto podría ser el principio de una maravillosa relación.

-Yo no quiero ninguna relación -repuso Annie, malhumorada-, ni maravillosa ni de ningún otro tipo. Mark era...

-Ya me lo sé -la interrumpió Sophie-. Mark Malone era el hombre de tus sueños, y nunca volverás a encontrar otro amor como ése. Pero Mark murió hace cinco años, Annie. Ya es hora de que sigas adelante con tu vida.

Annie se estremeció. Sí, Mark había muerto hacía ya mucho tiempo. Pero ella no podía olvidarlo tan fácilmente como lo había

hecho su hermana.

-Ya he seguido adelante con mi vida. Y bastante bien, de hecho. Y no quiero ni necesito a ningún hombre en ella.

-Claro que sí -le aseguró Sophie-. Y yo voy a conseguirte uno; por eso he insistido tanto en que me acompañaras esta noche. Y es la única razón por la que que he venido yo misma.

-Yo creía que era porque pensabas que el hospital infantil de Santa Bernardette era una obra benéfica que mercía la pena apoyar...

-Bueno, vamos a echarle un vistazo a ese tipo; es exactamente el tipo de hombre que necesitas. Y creo que deberías conseguirlo.

Antes de que Annie pudiera protestar, Sophie levantó la mano cuando la subastadora mencionó la cifra de trescientos dólares. Y la levantó de nuevo cuando la puja ascendió a quinientos. Y otra vez cuando subió a seiscientos, y a mil, y a dos mil... Annie no hizo ningún intento por detenerla porque no creía realmente que fuera a seguir adelante con aquella locura. Luego se recordó que su hermana era todo lo que ella no era: agresiva y tremendamente rica. Si a Sophie se le había metido en la cabeza que iba a comprarle un hombre a su hermana, no había nada que hacer, ya que continuaría pujando durante toda la noche si era preciso.

Cuando Sophie se disponía a levantar la mano para cubrir la puja de tres mil dólares, Annie la agarró de la muñeca en un desesperado esfuerzo por detenerla. Pero Sophie levantó la otra mano y gritó:

-¡Cinco mil dólares!

-¡Cinco mil! -repitió la subastadora-. Dios mío, señor Guthrie, es usted muy deseado...

Por primera vez, Annie se dedicó a observar al hombre que su hermana parecía decidida a comprar para ella. El soltero en cuestión era muy alto, muy rubio, muy guapo y, sin duda alguna, también muy rico. En otras palabras, era todo lo que ella no quería en un hombre. Cuando abrió la boca para avisarle a Sophie que abandonara la puja en ese mismo momento, Annie advirtió que el soltero que se encont Taba en el escenario le sostenía la mirada a su herniana sin preocuparse por disimular su interés sexual por ella. Y fue en ese momento cuando se sintió realmente enferma.

Sabía que no podía censurar a un hombre por mirar a Sophie de... de esa forma, pero aquel tipo estaba a punto de incendiar toda la sala con esa ardiente mirada. ¿Era el cabello castaño teñido de henna y los preciosos ojos verdes claros de Sophie el objeto de su interés? ¿Se trataría más bien de su brillante vestido de noche de color zafiro, de acusado escote, que hacía refulgir cada parte de su cuerpo? O quizá su radiante sonrisa le prometiera un sinnúmero de placeres celestiales...

En un momento dado, Annie se preguntó por qué no podría ese tipo mirarla a ella también de esa misma forma. La pregunta estalló en su cerebro antes siquiera de que pudiera tomar conciencia de ello. Bajó la mirada a su sencillo vestido negro y a la trenza trigueña que le caía sobre un hombro, muy cerca de un seno. Casi de manera inconsciente, se acarició la nariz salpicada de pecas y pensó que sus ojos, aunque verdes como los de su hermana, eran más redondos y menos hermosos sin la ayuda de un poco de sombra que los resaltara.

Y sobre todo, Annie sabía que parecía la clásica chica sensible y comprensiva con quien un hombre podría sincerarse y hablar de las mujeres que significaban algo en su vida. Otras mujeres entre las que fácilmente se podría incluir a su propia hermana Sophie. Después de todo, Annie ya habría representado ese papel bastantes veces.

Por supuesto, el hombre que se encontraba en el escenario tenía que estar mirando a Sophie, se dijo Annie con una punzada de envidia. ¿Qué hombre no lo haría en su lugar? ¿A quién le importaba que la ignorara a ella y centrase su atención en Sophie como si fuera la respuesta a sus plegarias? De cualquier forma, Annie no estaba interesada en él. Si no fuera por el hecho de que su hermana estaba felizmente casada, le desearía el mejor futuro en compañía de aquel codiciado soltero. Por desgracia, Sophie no iba a pagar esos cinco mil dólares por un hombre para ella, sino para Annie. Y quizá fuera eso lo que la estaba poniendo tan furiosa.

-Sophie, no tienes por qué comprarme ningún hombre -le dijo Annie con expresión sombría, en un murmullo-. Puedo conseguirme uno yo sola. Es decir, podría si quisiera hacerlo, cosa que no quiero.

-Pero no podrías conseguir ninguno como éste -replicó Sophie-. No trabajando con el tipo de gente con la que trabajas.

-Niños desfavorecidos -le recordó Annie intentando disimular su irritación-. Trabajo con niños desfavorecidos.

-Exactamente. Lo que quiere decir que nunca podrías encontrar un hombre decente que te arreglara la vida. Los únicos hombres con los que te encuentras son trabajadores sociales, asesores familiares, funcionarios públicos y gente así.

-En otras palabras, hombres decentes.

-Ese no es el tipo de decencia al que me refería. Tú no necesitas a un hombre decente, Annie. En cuestión de decencia, a ti te sobra con ese buen corazón que tienes. Lo que necesitas es un hombre indecente -sonrió con expresión traviesa-. Y cuanto más indecente, mejor -señaló con la cabeza al soltero que se encontraba en el escenario-. Fíjate en el cuerpo que tiene ese tipo; será perfecto para ti.

Annie rechazó su sugerencia y optó por mirarlo a los ojos. Su

miarada era fría, distante, y todavía seguía fija en Sophie.

-¿Incluso si le gusta Byron? -preguntó con gesto ausente.

-Especialmente si le gusta. Byron era bastante indecente, ¿sabes?

-Sí, ya lo sabía. Estudié literatura inglesa, ¿recuerdas?

En lugar de contestarle, Sophie asintió satisfecha cuando la subastadora anunció:

-A la una... a las dos... ¡a las tres! ¡Subasta fijada en cinco mil dólares!

-Vamos -le dijo Sophie a su hermana, tirándola de una manga-. Vamos a recoger a tu hombre.

-No es mi hombre -replicó la joven, decidida a permanecer sentada en su sitio-. Tú lo has comer ado, así que es tuyo.

-¿Y qué se supone que le voy a decir a Philip? -le preguntó, irónica.

-Dile -Annie se encogió de hombros- que vas a pasar un maravilloso y romántico fin de semana en el Cabo May con uno de los más famosos arquitectos de Filadelfia y de los solteros más indecentes del país.

-Y luego Philip se divorciará de mí. ¿Es eso lo que quieres?

-Tú eres la que ha comprado al Señor Maravilla, yo no. Y no voy a ir a ninguna parte con él.

Sophie miró fijamente a su hermana por un momento con los ojos entrecerrados como si estuviera ponderando cuidadosamente sus opciones, decidida a no desperdiciar sus cinco mil dólares. Porque, naturalmente, Sophie consideraba que un donativo a una obra de caridad era un gasto innecesario. De repente esbozó una diabólica sonrisa que no le gustó nada a Annie.

-Así que lo que me estás diciendo -empezó a decir Sophie- es que acabo de pagar cinco mil dólares por un hombre atractivo, rico e inteligente, dispuesto a pasar contigo la noche en una de las ciudades más bonitas de este país, y que tú te niegas a ir.

-Efectivamente -aseveró Annie-. Me niego a ir.

-¿Y si te soborno?

-¿Cómo? -inquirió Annie con expresión de sospecha.

-¿Y si doblo la cantidad que acabo de pagar por él y la dono a la Homestead House? ¿Irías entonces?

-¿Diez mil dólares para Homestead?

Sophie asintió, ampliando su sonrisa.

-Eso es un golpe bajo, Sophie.

-Ya lo sé, pero está exento de impuestos, ¿no? A Philip no le importará. Pensará que se trata de un hermoso detalle por mi parte. Y además, funcionará, ¿no?

Annie no tenía que pensárselo dos veces. Homestead House era un

hogar infantil que su marido y ella habían fundado diez años atrás y que había seguido administrando sola después de su muerte. Annie había conocido a Mark Malone en la universidad, donde ambos estaban estudiando trabajo social. Después de su graduación, echaron mano de sus ahorros personales, se consiguieron unos pocos financiadores, alguna ayuda del gobieno e invirtieron todo ese dinero en comprar una vieja y ruinosa casa en uno de los barrios más deprimidos de Filadelfia. Después de arreglarla, la convirtieron en un hogar para niños desfavorecidos, sin familia. Incluso en los mejores tiempos, Annie siempre había tenido problemas para mantener abierta Homestead House. Con diez mil dólares podría comprar muchas de las cosas que necesitaba.

-De acuerdo, lo haré -asintió-. Pero sólo por Homestead.

-La pequeña Annie Malone -murmuró Sophie, maravillada, utilizando el tono que su hermana siembre había odiado- todavía piensa que puede salvar ;cl mundo de sí mismo después de todos estos años. Bueno, déjame que te diga algo que aprendí hace ya mucho tiempo. El mundo es un lugar feo y duro, y nada de lo que puedas hacer podrá cambiar eso. Y lo mejor es que disfrutes de la vida mientras puedas, v luego mires a tu espalda. Porque nada en esta vida ni c rece demasiado la pena, pero siempre hay alguien que querrá quitártelo de alguna forma.

Annie asintió pero no porque estuviera convencida, ya que esa era la misma filosofía que Sophie llevaba repitiéndole desde que eran adolescentes.

-Quizá tú creas eso -repuso suavemente-, pero yo veo las cosas de una forma diferente. Tú tienes tu vida, Sophie, y yo la mía. Si a ti te parece fea y dura, a mí me resulta muy gratificante.

-No tanto -sonrió Sophie- como la que podría ofrecerte ese tipo. Espera y verás. Pasa una noche con él, prueba ligeramente la buena vida que puede' ofrecerte ese hombre, y querrás más. Y cuanto más pruebes ese tipo de vida, más te gustará. Ya lo verás, Annie. Date el gusto. Una vez que hayas saboreado ese vino, ya nunca volverás a ese horrible lugar al que llamas tu casa. Te lo garantizo.

Sophie se volvió entonces para abrirse paso entre la multitud en busca de su objetivo, y Annie la siguió obediente. La joven sabía que su hermana estaba equivocada con lo que le había dicho acerca de ella y del estilo de vida que llevaba, pero esa noche no estaba dispuesta a discutir sobre ese tema. Por el momento, lo único que le importaba eran los diez mil dólares que depositaría en la cuenta de Homestead el lunes por la mañana.

Diez mil dólares eran diez mil dólares, y Annie se dijo que habría

sido capaz de andar por el fuego con tal de conseguir esa suma para sus niños. Además, ¿cómo podría ser malo pasar un fin de semana en un lugar tan maravilloso como el Cabo May, incluso aunque su acompañante no fuera más que un estúpido? En cualquier caso, le sentaría estupendamente disfrutar de la fresca brisa del mar después de tanto tiempo de respirar el aire contaminado de la ciudad. Y sería agradable volver a pasear por la playa, a la luz de la luna o sin ella.

Ike se retiró del escenario y volvió a entrar en la sala para encontrarse con su hermana; estaba alegre, animado, lleno de expectación.

-Todo esto te lo debo a ti -le dijo a Nora mientras la abrazaba con fuerza-. ¿Le has sacado mucho dinero a la mujer que me ha comprado?

-Oh, sí, desde luego.

-No puedo pensar en un placer mayor en el mundo -comentó Ike suspirando con cierta nostalgiaque estar a disposición de esa bella mujer durante toda una noche.

-Ya te dije que todo saldría bien -repuso Nora cuando él la soltó, y sonrió con expresión irónica-. San Bernadette ha conseguido cinco mil dólares, y tú la mujer de tus sueños. ¿No te parece que el mundo es un lugar maravilloso?

-Oh, señor Guthrie...

Ike se volvió para encontrarse con que su nueva dueña apartaba la cortina y entraba en la sala tan grácilmente como si tuviera alas. Mientras estuvo en el escenario, Ike había temido que pudiera menguar su deslumbrante apariencia cuando la viera de cerca, frente a él. Pero sus temores eran infundados. De cerca, aquella mujer era todavía más radiante.

-Hola, señorita... -empezó a decir mientras se acercaba a ella.

-Me llamo Sophia Marchand.

Pero antes de que Ike pudiera estrecharle la mano, Sophie retrocedió para dejar que otra mujer ocupara su lugar... una criatura gris, insignificante, que palidecía hasta evaporarse al lado de su radiante compañera. La mirada de Ike se posó en la recién llegada durante apenas un segundo antes de volver a la mujer que tanto había excitado su imaginación.

-Y esta es mi hermana, Anna -le dijo Sophie-. Le he comprado para ella. Está deseosa de disfrutar del fin de semana que usted ha planeado. Que se diviertan los dos.

Y dicho eso, sonrió y desapareció detrás de la cortina. «Un ratón», pensó Ike al volver a mirar a la otra mujer. Su glorioso pavo real había desaparecido para ser suplantado por un ratón.

-Me llamo Annie. Annie Malone.

Le tendió la mano esbozando una sonrisa agradable e inofensiva, bastante bonita en opinión de Ike que, sin embargo, de alguna forma tenía la impresión de que no parecía especialmente contenta con lo que estaba sucediendo.

-Ike Guthrie -repuso de manera automática.

Cuando le estrechó la mano, observó que era pequeña, fuerte y sin adorno alguno. En cambio, recordó que la mujer que lo había comprado llevaba un anillo casi en cada dedo y las uñas pintadas de color rojo brillante. Las manos de Annie no evocaban ningún placer sensual; lo que indicaban era que había trabajado duro. No le sugerían ninguna experiencia sexual, y concluyó que debía de ser una ingenua en ese aspecto. Por último, al bajar la mirada, Ike suspiró; su cuerpo tampoco era ninguna maravillla.

-Encantado de conocerla, señorita Malone -dijo volviendo a mirarla a los ojos.

«Demasiado tarde», pensó al darse cuenta de que a ella no le había pasado desapercibida la forma en que la había mirado un momento antes. Pero en lugar de ruborizarse y volverse, como habría hecho una ingenua, la joven arqueó una ceja y le apretó fuertemente la mano a manera de implícita amenaza.

-Por favor, llámame Annie -le pidió con una sorprendente firmeza que contrastaba con su aparente fragilidad física-. Después de todo, vamos a pasar una noche juntos -esbozó una sardónica sonrisa.

«¡Oh, Dios! ¡Voy a tener que pasar este fin de semana con un fiero y duro diablillo!», exclamó Ike para sí. Ahora lo comprendía; aquella mujer era una reprimida. Podría parecer tierna e inocente con su apariencia de colegiala, pero por debajo latía una furiosa energía que amenazaba con explotar. Ike se apresuró a retirar la mano, no fuera a quedarse con ella.

Luego, al advertir las pecas de su nariz y mejillas, pensó que quizá un poco de sol daría algo más de color a su rostro. Y la brisa del mar la sentaría bien. Eso si no la arrastraba y se la llevaba en volandas.

Miró por encima de su hombro para descubrir que su hermana no se había perdido nada de la escena que acababa de tener lugar. Nora asintió con la cabeza, levantó una mano con el pulgar hacia arriba indicando que todo había salido perfectamente, y abandonó la sala riendo a placer.

Capítulo 2

-¡Annieee!

Annie suspiró frustrada. «tY ahora qué?», se preguntó.

Era Mickey quien había gritado. El crío, de seis años de edad, lo quería todo y al momento; además, siempre lo pedía de la misma forma, lanzando gritos que poníann a todo el mundo los pelos de punta.

Annie dejó de preparar la ropa que se llevaría para el fin de semana con Ike Guthrie y fue en busca del niño. Cuando vio que había metido la cabeza entre dos barras de la barandilla de la escalera, levantó los ojos al cielo, desesperada.

-Ya te dije que no volvieras a hacer esto, ¿no? -le amonestó con tono tranquilo mientras intentaba liberarle la cabeza girándosela con cuidado.

-Sí -gimoteó el crío, evidentemente aterrado por su situación, pero decidido a no demostrarlo.

-La última vez que te pasó esto... ¿qué te dije?

-No me acuerdo.

-Te dije: Mickey, si vuelves a meter la cabeza entre las barras de la barandilla, te quedarás enganchado y no podrás sacarla. ¿No es eso lo que te dije?

-Creo que sí.

-¿Entonces por qué has vuelto a hacerlo?

El crío vaciló, mordiéndose el labio en el momento en que Annie le sacaba con cuidado la cabeza de entre las barras. Luego permaneció en silencio mientras se ponía de pie pasándose enérgicamente las manos por la frente y por el cabello, de un rubio pálido. La mirada de sus ojos azules era decidida

y algo agresiva.

-¿Y bien? -insistió Annie.

Mickey sacó tripa, un gesto que probablemente debía de considerar amenazante. Annie se limitó a sonreír.

-Estoy esperando.

-No lo sé -respondió Mickey bajando la mirada.

-Bueno, pues a ver si no lo vuelves a hacer, ¿de acuerdo?

Después de asentir, Mickey le preguntó mientras la seguía a su habitación:

-¿Es seguro que te vas a ir este fin de semana?

-Sí -Annie volvió a preparar la ropa que iba a llevarse, resignada a soportar el intenso interrogatorio del que ya se sabía víctima.

-¿A dónde te vas?

-Al Cabo May -respondió obediente Annie mientras seguía

haciendo su equipaje.

-Eso está en Nueva Jersey, ¿no?

-Sí.

-Y Nueva Jersey está al otro lado del río, ¿verdad?

-Sí.

-¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? -le preguntó mientras le sacaba unos calcetines del bolso de viaje.

-Estaré de vuelta el domingo por la noche.

-¿Y cuándo sales?

-El sábado por la mañana.

-Eso es mañana, ¿verdad?

-Verdad.

-¿Y con quién te vas?

-Con un amigo.

-Se llama Ike, ¿verdad?

-Verdad.

-Y vive en Filadelfia, como nosotros, ¿a que sí?

-Sí.

-¿Vas a casarte con él?

-¿Por qué piensas que voy a casarme con él? -le preguntó con cautela.

-Porque eso es lo que hacen los adultos, ¿no? Molly dice que cuando creces y te haces un adulto tienes que casarte. Es la ley.

-¿Molly te ha dicho eso?

-Sí. Ella es mayor que yo, así que sabe de lo que habla.

-Humm, Molly sólo tiene siete años, Mickey. No es mucho mayor que tú.

-Pero dijo que los adultos...

-No todos los adultos se casan -Annie lo interrumpió suavemente-. Sólo los que se enamoran.

-¿Y tú vas a enamorarte de Ike? -le preguntó el pequeño después de un momento de reflexión.

-Sin temor a equivocarme, puedo asegurarte que no -respondió Annie, riendo entre dientes.

-¿Por qué no?

-Porque no es mi tipo.

-¿Cuál es tu tipo?

Annie pensó en su marido. Recordó su rebelde cabello negro, suss ojos castaños de mirada tierna, sus viejos vaqueros y sudaderas; lo mucho que le gustaba entrenar a los pequeños al béisbol, su secreta pasión por las novelas policíacas. Sonrió al rememorar su habilidad para hacer deliciosas galletas caseras. Y se dio cuenta de que nunca, ni

en un millón de años, volvería a encontrar a un hombre como él.

-Yo ya no tengo tiempo, Mickey -dijo melancólica-. Nunca más.

-Estupendo -aprobó Mickey-. Porque cuando crezca, me casaré contigo.

-De acuerdo. Te esperaré -sonrió Annie.

-Bueno, me voy afuera -anunció mientras se bajaba de la cama-. Hasta luego.

Annie lo observó marcharse, maravillada de que, con un pasado tan horrible, Mickey tuviera un carácter tan dulce. Sabía que era absurdo tener favoritos entre las diez criaturas de seis a dieciséis años que vivían bajo su techo. Pero Mickey era el favorito de Annie, sin lugar a dudas.

Por fin cerró su bolso de viaje y lo puso al lado de la puerta de su habitación, pensando en el terrible fin de semana que se avecinaba. No solamente iba a tener que pasarlo con un hombre que no tenía ninguna gana de llegar a conocerla mejor, sino que además siempre se ponía nerviosa cuando tenía que dejar a los críos, aunque fuera por tan poco tiempo.

Desde luego tenía dos estudiantes recién graduados que trabajaban voluntariamente durante media jornada en la casa, pero Annie era la única responsable de los niños de la Homestead House. Ella era la única que pasaba allí las veinticuatro horas del día. No le gustaba pasar ni una sola noche fuera, aunque se quedaran con los niños los dos voluntarios, Nancy y Jamal.

Aunque se recordaba a menudo que no era su madre, no podía evitar sentirse como tal. Los niños de la casa Homestead no tenían padres mi familiares. En realidad, Annie era su madre, su padre, su hermana... Era su protectora, su vigilante. Por eso no le gustaba separarse de ellos.

«De todas maneras, sólo es un fin de semana», se recordó. Dos días y una noche de ausencia no tendrían ninguna importancia. Mientras cerraba la puerta y bajaba las escaleras, decidió no pensar demasiado en el par de días que iba a tener que pasar con Isaac Guthrie, famoso abogado y soltero indecente. En vez de ello, pensaría en la mañana del lunes, cuando su vida volviera a la normalidad.

A bordo de su coche, Ike consultó una nota y observó de nuevo el edificio de ladrillo rojo; estaba ante la dirección correcta, aunque aquel lugar apenas le parecía habitable. Había rejas en las ventanas del primer piso y una puerta blindada que, en ese momento, se hallaba abierta. Observó que la pintura de las contraventanas estaba desvaída, necesitada de una nueva mano. En una sencilla placa metálica fijada en el ladrillo al lado de la puerta delantera podía

leerse: Homestead House. Como todo lo demás en aquel edificio, parecía vieja, vetusta, agotada.

En contraste con la decadencia de la casa, o a pesar de ella, el sendero que llevaba a la entrada estaba flanqueado por cuidados arriates de caléndulas, petunias y geranios. Al verlos, Ike pensó que conferían un toque de humanidad al edificio, y no pudo reprimir una sonrisa. El cielo ostentaba un azul impecable, precioso telón de fondo para aquel lugar, y aquel templado mediodía de primavera se le antojaba a Ike cargado de promesas.

Si no hubiera sido por su localización en un barrio tan deprimido, podría haberle encontrado posibilidades a aquella casa. De todas formas, ignoraba qué era lo que hacía Annie Malone viviendo en un lugar semejante. Había hablado por teléfono muy poco con ella, una única vez desde su encuentro el fin de semana anterior. Y se habían limitado a hablar de la hora en que él la recogería en su casa y la llevaría de vuelta.

Suspirando, salió de su descapotable rojo, miró discretamente a su alrededor y activó el sistena de alarma. No pensaba estar más tiempo allí del estrictameme necesario, pero sabía que en aquel vecindario debía de haber profesionales que podrían desguazarlo en cuestión de minutos. Se dirigió hacia la puerta y estaba a punto de llamar cuando se abrió de repente y a punto estuvo de ser arrollado por unos niños armados de palos de hockey. Sin volverse a mirarlo siquiera, las criaturas ocuparon sus posiciones para jugar en la calzada, gritando. Ike se quedó mirándolos, maravillado de que aquellos seres se creyeran tan inmortales como para no preocuparse siquiera por el tráfico. En esas cavilaciones se hallaba inmerso cuando una voz lo sorprendió.

-Hola.

Ike se volvió al oír aquella voz suave, ronca, una voz que sólo había oído en dos ocasiones, pero que ya le resultaba extrañamente familiar y a la vez reconfortante. Annie Malone se encontraba en el umbral de la puerta, vestida con una blusa blanca de holgadas mangas, unos vaqueros anchos y unas zapatillas. Llevaba el cabello recogido en dos trenzas que le caían sobre los hombros. Gracias a la fina tela de su blusa, pudo ver claramente que debajo llevaba una camiseta interior en vez de sostén.

Ike ignoraba por qué nadie se había preocupado de decirle a Annie que los sesenta habían terminado hacía ya más de dos décadas, y tuvo que refrenarse para no decírselo él mismo. Pensó que había juzgado equivocadamente su físico el último fin de semana; aunque de estatura pequeña, Annie estaba muy bien formada. Luego advirtió que el bolso

de viaje que descansaba a sus pies parecía más vacío que lleno. Según parecía, viajaba aún con menos equipaje que él mismo.

-Te vi desde la ventana y decidí bajar en seguida -dijo ella-. Esperaba bajar antes de que los críos te arrollaran, pero...

Ike levantó la mirada cuando Annie se interrumpió, sólo para darse cuenta de que ella lo había sorprendido otra vez observando su cuerpo. Había vuelto a arquear la ceja de aquella forma tan desafiante, como si estuviera esperando a que la asaltara o le diera alguna explicación por su grosero comportamiento. Ike no hizo nada de eso; simplemente intentó contener su irritación.

-¿Todos son tuyos? -preguntó, mirando por encima del hombro a los críos que jugaban en la calle.

Cuando Annie desvió la mirada hacia ellos, toda animosidad desapareció de sus ojos y esbozó una tierna sonrisa. Ike comprendió entonces que aquella pregunta sobre los niños había sido lo que había hecho desaparecer su exasperación.

-Sí, todos son míos.

-Qué divertido -repuso él con tono seco-. Un par de ellos deben de estar ahora en la secundaria. Tú debías de tener unos ocho años cuando les diste a luz -Ike quiso añadir la irónica observación de que Annie conservaba una admirable forma física teniendo en cuenta que había pasado la mayor parte de su vida adulta embarazada, pero se contuvo para no estropear las cosas.

-Puede que no los haya dado a luz, pero son míos -sonrió melancólica.

-Entonces no tienes hijos propios?

-¿Por qué me preguntas eso? Por alguna razón, no me pareces el tipo de persona que se preocupe mucho por los niños.

-Estás en lo cierto.

-No me sorprende -repuso Annie con un tono que casi parecía de decepción-. Y no, no tengo hijos que sean producto de la biología. Pero tengo hijos; un montón de ellos. Bueno, estoy lista para partir cuando quieras.

-Bien. No me gustaría dejar aparcado aquí mi coche durante mucho más tiempo.

Cuando Annie posó la mirada en su descapotable rojo, frunció el ceño.

-¿Qué pasa? ¿Te disgusta hacer el camino hasta la costa con la capota bajada?

-Oh, me encanta sentir el viento cuando conduzco.

-¿Entonces a qué viene esa mirada tan amarga?

-Sólo estaba pensando en que probablemente habrás pagado más

dinero por ese coche del que yo me he gastado en comprar y reformar todo este edificio.

En esa ocasión fue Ike quien frunció el ceño, preguntándose por qué se sentiría tan a la defensiva con aquella mujer.

-Sí, probablemente. Este barrio no es precisamente de primera categoría para uso comercial o residencial. ¿Sabes? Mi socio y yo estamos trabajando en un proyecto de embellecimiento que está transformando barrios como éste para convertirlos en algo útil.

-Los barrios como éste -repuso Annie- solían ser la columna vertebral de la ciudad.

-Pronto se convertirán en aparcamientos -sonrió irónico.

-¿Y llamas a eso embellecer la ciudad?

-Un bonito y limpio aparcamiento -Ike volvió a mirar a su alrededor- será mucho más atractivo que este... este...

-Mira -lo interrumpió Annie-, quizá no le veas mucha utilidad a los barrios como éste, pero yo opino lo contrario. Desde luego, esta zona ya no es la que solía ser, y sí, la delincuencia ha empezado a florecer. Pero todavía queda aquí mucha gente buena. Además, está bien comunicada y se ajusta muy bien a mis necesidades.

Ike quiso replicarle que, si ese era el caso, evidentemente estaba descuidando sus propias necesidades, pero se abstuvo de hacerlo. Decidió que, por el momento, no se preguntaría por las necesidades de Annie. Probablemente tendría demasiadas para que cualquier hombre fuera capaz de satisfacérselas. En cuanto al motivo de que ese último pensamiento hubiera excitado su imaginación, Ike no podía imaginárselo, así que lo hizo a un lado y se inclinó para recogerle el bolso de viaje.

Pero alguien más se le había adelantado; se trataba de un niño rubio con unos ojos tan grandes, tan azules y tan inocentes que Ike casi se quedó sin aliento.

-Yo puedo con el bolso -dijo el crío-. ¿Dónde quieres que te lo lleve?

Tan atónito estaba Ike por la expresión de los ojos del niño que sólo pudo hacer el gesto de señalar su coche por encima del hombro, con el pulgar. Al descubrir el deportivo los ojos del crío se agrandaron aún más, admirado como estaba.

-¡Madre mía!

Bajó los escalones hacia la calzada, balanceándose por culpa del pesado bolso. Al fin lo dejó caer al lado del coche y, antes de que Ike pudiera detenerlo, saltó al asiento del conductor con lo que inmediatamente sonó la sirena de la alarma. La expresión del pequeño, que antes había reflejado tanta candidez y confianza, se

transformó en una mueca de genuino terror. Cuando su mirada se encontró con la de Ike, el chico ya había empezado a encogerse de miedo. En toda su vida, Ike jamás había visto a alguien tan asustado.

-Eh, chico, tranquilo -intentó consolarlo, haciéndose oír por encima del ruido de la la sirena.

Luego se dirigió hacia el coche, observando con asombro que el terror del crío parecía incrementarse conforme se iba acercando a él. Y cuando se inclinó para desconectar el mecanismo de alarma, el pequeño se cubrió la cabeza con las manos, haciéndose un ovillo, y chilló de miedo. Chilló como si los pulmones le fueran a estallar.

Ike no pudo hacer nada excepto mirarlo como un estúpido mientras Annie acudía a calmarlo y lo levantaba sin aparente esfuerzo para abrazarlo contra su pecho. El niño se apretó contra ella como si quisiera permanecer así para siempre; luego enterró la cara en su cuello y empezó a llorar desesperado. Annie le dio unas palmaditas en la espalda y le murmuró palabras de consuelo hasta que los sollozos empezaron a ceder. Después, mirando a Ike con una expresión perfectamente tranquila, le explicó:

-A Mickey lo maltrataron mucho sus padres antes de que se viniera a vivir conmigo. Por eso creía que ibas a hacerle daño por haber hecho sonar la alarma.

Ike no sabía qué decir, así que se limitó a observar en silencio cómo Annie llevaba al niño hacia la casa y se sentaba a su lado en los escalones de la entrada. Al fin el crío se fue tranquilizando, y poco después sonreía tímidamente de nuevo. Después de abrazar por última vez a Annie, se alejó corriendo, pasando de largo al lado de Ike sin mirarlo siquiera, y se reunió con sus compañeros para jugar al hockey.

-Estoy lista para salir -comentó Annie recogiendo su bolso y colocándolo en el asiento trasero; luego abrió la puerta y se sentó.

Ike tomó asiento frente al volante y condujo despacio debido a los niños que jugaban en la calle. Cuando frenó ante un semáforo, Annie se volvió hacia él esbozando una amplia sonrisa y le preguntó:

-Si hubieras nacido una verdura, ¿cuál te habría gustado ser?

-¿Perdón? -cuando ella le repitió la pregunta, Ike inquirió a su vez-: ¿A qué viene esto?

-Bueno -la sonrisa de Annie se amplió-, se me ha ocurrido que no sabemos absolutamente nada el uno del otro. Tenemos un largo trayecto por delante, así que... ¿por qué no podemos aprovechar esta oportunidad para corregir eso?

Ike pensó que su sugerencia le parecía razonable. Pero lo de las verduras...

-A mí me habría gustado ser una berenjena -declaró Annie-. Son

tan lisas y brillantes... para no hablar de su color.

Ike tamborileó con los dedos sobre el volante, sin decir nada.

-Tú, en cambio, me recuerdas a una coliflor.

-Ah, una coliflor -repitió él cuando volvió a ponerse en marcha.

-Sí, las coliflores suelen tener muy mal humor -declaró Annie, como si eso lo explicara todo.

Ike suspiró de nuevo y se puso sus gafas de sol. Como justamente le había señalado Annie, tenían un largo trayecto por delante.

Pero a regañadientes tuvo que reconocer que también fue un trayecto muy entretenido, que le permitió conocer un montón de cosas sorprendentes acerca de su compañera. Aparte de querer ser una berenjena, de haber podido ser una fruta Annie habría deseado ser un kiwi. Entre los animales, se quedaba con el ocelote; entre los colores, con el verde; entre los instrumentos musicales, con el banjo, etcétera, etcétera...

Y casi sin darse cuenta habían llegado al estado de Nueva Jersey. Queriéndolo o no, Ike había aprendido más sobre Annie Malone que sobre cualquier otra persona que hubiera conocido. Sabía que tenía treinta y dos años, que era Virgo y que era la pequeña de dos hermanas. Sabía que estaba graduada en trabajo social y en desarrollo infantil, y que había dejado de fumar hacía tres años, aunque de vez en cuando fumaba algún que otro cigarrillo. En las pocas ocasiones en que probaba el alcohol, siempre tomaba martinis de vodka, muy secos. Y era viuda.

Esa información que Annie le había dado como al descuido, había sido la culpable de que Ike estuviera a punto de sacar el coche de la carretera. Le parecía demasiado joven para haber experimentado una tragedia semejante; demasiado fresca, demasiado encantadora. No le había explicado cómo murió su marido, sino sólo que su fallecimiento se había producido hacía cinco años. A pesar de lo poco que la conocía, Ike sabía que Annie le había facilitado esa información con naturalidad porque formaba parte de ella, como todo lo demás que le había contado.

Por su parte, Ike le había hablado poco de sí mismo, limitándose a contestar a sus preguntas con palabras aisladas como «uvas», «lobo» «negro», « saxo tenor» y semejantes. No le gustaba hablar de su persona, y prefería salvaguardar su intimidad. No le había hecho ninguna pregunta personal a Annie, sino que ésta se le había sincerado libremente. Y eso le había gustado, lo cuall no quería decir que tuviera él que hacer lo mismo.

En ese momento, cuando dejaba su bolsa de viaje sobre la cama de su dormitorio, no podía dejar de pensar en la enigmática Annie. Era

fresca, atractiva y capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera. Sonreía sin embarazo y hablaba sin inhibiciones. Era el tipo de mujer que cualquiera habría esperado encontrar viviendo en espacios amplios, disfrutando de la vida y de la naturaleza. Por el contrario, Annie Malone se había enterrado a sí misma en un decadente paisaje urbano, rodeándose de niños de oscuro pasado y terribles experiencias.

Aquello no tenía sentido para Ike, que era del tipo de hombres que preferían huir lo más lejos posible de todo lo desagradable. Había recibido una educación normal en una familia de clase media y disfrutado de una infancia feliz. Jamás había tenido ni motivos ni oportunidades para sospechar que otros niños habían crecido de una manera harto diferente.

Y aunque ya era un adulto, todavía no comprendía por qué había personas que se implicaban en situaciones desagradables cuando no tenían obligación de hacerlo. ¿Por qué alguien como Annie habría escogido el estilo de vida que llevaba? ¿Por qué no podía abandonarlo?

Incapaz de contestar a esas preguntas, abrió la bolsa de viaje y empezó a sacar su ropa. El sol de las primeras horas de la tarde brillaba alto en el horizonte, y los rayos entraban por la ventana abierta. Al otro lado de la calle, en frente de la pensión Hanson House, el Atlántico rugía y azotaba la costa como una bestia airada. La brisa templada movía las cortinas de encaje, llevando consigo el fresco olor de la sal y el aroma de la comida que se estaba preparando en la barbacoa.

Ike abandonó su tarea para acercarse a la ventana y aspirar profundamente el aire fresco. Amaba el mar. Le sentaría bien pasar el fin de semana allí; su trabajo le había exigido cada vez más tiempo desde que fusionó su empresa con la de su socio, hacía ya algunos años. La fusión se había producido en el momento más oportuno para los dos. Ike deseaba más negocios, más oportunidades. Su socio, Chase Buchanan, quería más tiempo libre para pasarlo con su familia. Ambos hombres habían terminado por conseguir exactamente lo que querían, y el negocio había crecido a pasos agigantados.

En ese momento Buchanan-Guthrie Diseños era un enorme éxito. Ike tenía más trabajo del que había soñado tener; vivía para su oficio y estaba contento. Trabajar era lo mejor que sabía hacer. Quizá Chase fuera un hombre de familia, un padre modelo. Pero Ike jamás podría imaginarse a sí mismo viviendo de esa forma. Y todavía tenía demasiadas ambiciones para establecerse. ¿Qué podría hacer él con unos niños?

No podía dejar de pensar en el niño aquel que tenía unos ojos tan grandes y azules que parecían penetrarle hasta el alma. El niño que había chillado de terror al pensar que Ike pretendía hacerle daño. El niño que había sido tan maltratado por sus padres. Unos suaves golpes en la puerta que conectaba su habitación con la de Annie interrumpieron sus pensamientos, y se dirigió a abrir. La Hanson House era una maravilla de la arquitectura victoriana, perfectamente conservada. Ike y Annie habían recibido sendas habitaciones en el tercer piso; aunque un poco pequeñas, eran cómodas y acogedoras.

-Bonito sitio -comentó Annie cuando Ike abrió la puerta-. Debes de estar loco de contento.

-Sí, es un bonito lugar -repuso Ike, evitando responder a su último comentario-. Supongo que la Hanson House está un inundo de distancia de la Homestead House, ¿no? Lo cual me recuerda -se apresuró a añadir al ver que fruncía el ceño-. ¿Qué es exactamente la Homestead House?

-Es una casa del barrio -respondió Annie con tono indiferente-. Un lugar donde vive la gente. Un hogar.

-Un albergue para niños no deseados, querrás decir.

-No, quiero decir un hogar -repuso irguiéndose, y añadió-. Y todos y cada uno de esos niños son deseados, queridos por mí y por mis trabajadores sociales. Lo que pasa es que por ahora no tienen ningún otro sitio a donde ir.

-Yo no te gusto mucho, ¿verdad? -Ike la miró pensativo.

-No -respondió rápidamente Annie.

-¿Porqué?

-Porque eres el tipo de persona que está en la mejor posición para ayudar a los demás, pero no se esfuerza lo más mínimo en hacerlo.

Porque tengo dinero?

-No porque tengas dinero, sino por la manera que tienes de usarlo. Y también porque dejas que se desaproveche el prestigio y la posición que disfrutas en la sociedad.

-¿Qué quieres decir? -le preguntó suavemente.

-La gente como tú -continuó Annie, implacable tiene muchísima influencia. Podrías hacer mucho para mejorar la situación de la gente que no tiene esas oportunidades. Pero los únicos beneficios que sacas son de naturaleza estrictamente personal.

-¿Ah, sí?

-Sí.

-Y por eso yo no te gusto.

-Por eso no me gustas.

-Entonces estamos empatados -murmuró él, apartándose de la

puerta-, porque tú tampoco me gustas a mí.

-¿Ah, no? -su brusca declaración parecía haber sorprendido a Annie-. ¿Y por qué?

-Porque estás llena de rabia y de resentimiento, te apresuras a juzgar a la gente y tienes una visión completamente deformada de la vida. Y maldita sea, Annie, nadie se viste hoy día de la manera en que tú lo haces. La era de Acuario terminó hace ya veinticinco años. La gente descubrió que no podía cambiar el mundo con eslóganes de amor y manifestaciones. Nadie se preocupaba entonces, y nadie se preocupa ahora. Acéptalo.

Ike no había querido llegar tan lejos, y se dio cuenta demasiado tarde de lo horribles que debían de haberle sonado sus palabras. Había algo en Annie Malone que le desquiciaba y lo obligaba a ponerse a la defensiva. Algo que lo hacía reaccionar con exageración. Pero antes de que pudiera pedir disculpas e intentar explicarse, Annie se retiró literal y figurativamente, saliendo de su dormitorio. Luego lo miró con los ojos entrecerrados, apretando los labios, y agarró el picaporte con la evidente intención de cerrar la puerta con. violencia; pero él se lo impidió, interponiéndose, y la sujetó de la muñeca.

-Lo siento -dijo suavemente-. Eso ha estado fuera de lugar.

-Sí, desde luego -asintió ella. Luego, al levantar los ojos y encontrarse con su mirada, desvió la vista-. Pero tienes razón; me he apresurado a juzgarte. Y por eso, también te pido disculpas.

Después de eso pareció como si ninguno de los dos supiera qué decir. Mirándola, Ike pensó que tenía unos ojos muy bonitos, de un tono verde pálido con un borde más oscuro, rodeados de unas pestañas largas y oscuras que casi parecían falsas. Pero si de algo estaba seguro acerca de Annie, era de que no había absolutamente nada falso en ella. El silencio se prolongó hasta que llegó a resultar más incómodo que su anterior discusión. Al fin Ike le soltó la muñeca y se apartó de la puerta. Sin decir una palabra, Annie agarró de nuevo el picaporte, dispuesta a cerrarla.

-Supongo que tendré que demostrarte que estás equivocada conmigo -dijo él cuando Annie estaba a punto de cerrar, preguntándose al mismo tiempo por qué le parecía tan importante que no lo juzgara mal.

-Supongo que sí -repuso ella suavemente.

-¿Qué pasa con la comida? -se apresuró a preguntar Ike antes de que Annie cerrara la puerta completamente-. Conozco un lugar estupendo, poco frecuentado por los turistas.

Durante un buen rato ella no dijo nada, y él pensó que iba a decirle que se largara al diablo. Entonces Annie lo sorprendió al abrir

la puerta de repente. Lo miró lentamente, de la cabeza a los pies, y luego respondió encogiéndose de hombros:

-De acuerdo. La verdad es que tengo mucho apetito. Y tampoco me importaría hacer después unas compras. Les prometí a los niños que los llevaría unos recuerdos. Dame algunos minutos para prepararme.

Ike asintió, extrañamente complacido de que al final no fuera a pasar solo ese fin de semana, después de todo. Cuando se había levantado esa mañana,

Lo único que quería era estar solo. No había querido

salir de Filadelfia, no había querido ir a ninguna parte con Annie Malone. Pero ahora estaba allí, en el Cabo May, a solas con aquella mujer que tanto lo había decepcionado en un principio.

No sabía exactamente qué era lo que sentía. Pero sí estaba seguro de que la presencia de Annie le estaba haciendo algo... algo extraño, inverosímil, maravilloso. Sin embargo, mientras reflexionaba sobre aquel descubrimiento, la puerta que comunicaba su habitación con la de Annie se cerró con un suave pero rotundo sonido.

Capítulo 3

Ike no necesitaba haberse preocupado de que Annie se tomara en serio su anterior comentario acerca de su forma de vestir. Cuando llamó a su puerta varias horas más tarde, ella le abrió ataviada con un vestido largo hasta los pies, con un fila de botones que le llegaba hasta el cuello, de color burdeos y estampado con flores amarillas. Como únicos adornos lucía unos aros de oro y una cinta de terciopelo granate alrededor del cuello, y se había recogido el pelo en una larguísima trenza que le caía por la espalda.

Ike pensó que todavía seguía pareciendo una hippie; pero había algo en su indumentaria que le resultaba mucho más que atrayente. «El pachuli», pensó en seguida. Ese era el perfume de Annie Malone. Pero sólo era una leve, delicada fragancia; limpia, fresca y suavemente exótica, como la propia mujer. Por alguna razón, Ike sintió ganas de inclinarse y enterrar la cabeza en la curva de su cuello para embeberse de su perfume. Y sólo con un gran esfuerzo consiguió refrenarse.

-Estás encantadora. -le dijo, para sorpresa de la joven y de él mismo.

-Gracias -repuso ella. Se fijó en su traje gris, su camisa de color lavanda pálido y su corbata de seda de tonos pastel, y luego sonrió maliciosa-. Tú tienes una apariencia esplendorosa.

-Lo dices de una forma que parece cualquier cosa menos un cumplido -la miró entrecerrando los ojos.

-Oh, precisamente esa era mi intención -replicó con tono juguetón, ampliando su sonrisa.

-Ya veo -sonrió Ike-. Sin duda alguna, prefieres un hombre en camiseta, vaqueros y botas de montaña, ¿verdad?

Annie extendió una mano hacia su corbata, tan colorida que parecía una pintura abstracta, le dio la vuelta y observó su etiqueta. Luego, volviendo a colocársela, explicó:

-Hey, la corbata Jerry García la llevas tú, Ike, yo no...

Era la primera vez que Annie lo llamaba por su nombre. Seguía mirándolo a los ojos, delineando con un dedo el extraño diseño de su corbata, en apariencia inconsciente de las reacciones físicas que le estaba provocando con aquel gesto. Antes de dejarse llevar por los pensamientos que le sugería el movimiento de su mano, Ike se la tomó para llevársela a los labios.

-Tienes razón -dijo después de besar la cálida piel de su palma.

Hubiera querido decir más, algo acerca de que la época de los sesenta seguía perviviendo en aquellos días, por mucho que pretendieran exorcizarla. Pero el sabor y el tacto de su piel parecían haberle entumecido los labios. Annie Malone era tierna y cálida. No

sabía cómo podía estar tan seguro conociéndola de tan poco tiempo, pero sabía que era así, por mucho que intentara aparentar lo contrario. Y cuando Ike se dio cuenta de que inconscientemente pretendía volver a besarle la mano para hacer una más íntima exploración, se apresuró a soltársela.

-Será mejor que nos vayamos -dijo, esperando que su voz sonara más firme de lo que sentía-. Nuestra reserva es para las siete.

Annie asintió en silencio y lo precedió por el pasillo. Ike la seguía de cerca, observando interesado la forma en que se balanceaba la falda de su vestido al ritmo marcado por sus caderas. Suspiró. Se había pasado toda la tarde en el Cabo May mirando a Annie de esa forma, preguntándose cómo era posible que le hubieran molestado tanto en un principio sus holgados vaqueros, cuando se adaptaban a sus caderas de una forma tan deliciosa. Decidió que aquella mujer tenía una manera muy especial de andar. Y él no podía evitar sentirse como hipnotizado por su forma de moverse.

Annie podía sentir su mirada fija sobre ella mientras bajaban las escaleras, de la misma forma que la había sentido durante toda la tarde. «Por el amor de Dios, ¿qué diablos estará mirando tanto?», se preguntó. Ya le había expresado su opinión sobre su manera de vestir, y también sabía que no le satisfacía su peinado. Evidentemente ella no le gustaba, e incluso se lo había dicho a la cara. Aunque estaba orgullosa de su vestido, sabía que estaba pasado de moda y que no revelaba nada interesante. «Entonces, qué es lo que está mirando con tanto interés? ¿Y qué pasa con el beso que me ha dado en la mano hace un momento?», se preguntó Annie. Cerró los ojos por un instante al recordar la dureza de su torso que había podido sentir bajo sus dedos cuando le alisó la corbata. Siempre había pensado que los ejecutivos eran gruesos y fofos. Pero Ike debía de hacer ejercicio físico con regularidad, porque tenía un cuerpo duro como una roca...

«Para», se ordenó cuando sus pensamientos empezaban a volverse demasiado gráficos. Al llegar al pie de la escalera, se obligó a detenerse para dejar que Ike la alcanzara, diciéndose que no tenía sentido empezar a huir de él sólo porque le hubiera besado la mano, o porque su ardiente beso le hubiera estremecido el corazón... De nuevo cerró los ojos por un instante, recordándose que no le gustaba Ike Guthrie. Desgraciadamente, esa animosidad que desde un principio había sentido contra él parecía haberse evaporado.

Intentó relajarse cuando él se colocó a su lado y la tómo del brazo para llevarla hacia el comedor. La Hanson House era tan renombrada por su comida como por su hospitalidad, y Annie comprendió el motivo casi de inmediato. Envuelto en penumbra, el comedor tenía

una apariencia íntima, acogedora, con candiles de cristal en cada mesa.

-Este sitio es precioso -comentó Annie una vez que el jefe de camareros los llevó a su mesa. Intentó no fijarse demasiado en la forma en que la luz de la vela arrancaba reflejos dorados al cabello de Ike, en la manera en que la penumbra sombreaba sus rasgos... pero fracasó miserablemente.

-Sí, en efecto -repuso Ike mientras tomaba su menú-. Y supongo que por completo diferente de los lugares en que habitualmente cenas.

Annie ya había tomado su menú dispuesta a examinarlo cuando lo cerró de repente y lo lanzó sobre la mesa al escuchar ese comentario.

-¿Qué se supone que has querido decir con eso? -exigió saber.

Ike la miró sorprendido, sin comprender por qué se había puesto tan furiosa.

-¿Por qué no dejas de hablarme como si fuera una palurda mísera e ignorante?

-Yo no...

-Sí, tú sí. Casi todo lo que me has dicho desde que fuiste a buscarme esta mañana ha sido insultante. Y quiero saber por qué.

-Eso no es verdad -Ike parecía genuinamente sorprendido por sus palabras.

-Has insultado mi casa -Annie comenzó a contar con los dedos-. Has insultado a mi barrio; mi manera de vestir; mis ideas y mi forma de vida. Me has insultado, y continuamente. Y ahora te digo que dejes de hacerlo. Ya.

Ike abrió la boca para replicar algo, pero al parecer se lo pensó mejor y dijo simplemente:

-De acuerdo, lo siento. No era mi intención. Y no volverá a suceder.

-Gracias -repuso Annie, tomando su menú.

Siguió un incómodo silencio mientras cada uno parecía fascinado por la lectura de su menú. Cuando apareció el camarero de los vinos, Ike le pidió algo y el hombre volvió al poco rato con una botella de aspecto añejo. Annie observó cómo Ike sonreía y asentía con expresión aprobadora; luego el camarero abrió la botella y le sirvió una copa. Ike la saboreó, murmuró algo en tono satisfecho y asintió de nuevo. Entones el camarero sirvió a Annie y volvió a llenar la copa de su acompañante.

El episodio habría durado escasamente un minuto, pero a Annie le pareció una eternidad. El corazón le había dado un vuelco al observar cómo Ike saboreaba el vino. La respiración se le había acelerado y sentía una extraña debilidad; estaba ruborizada y le sudaban las

manos. ¿Cómo era posible que se sintiera como si acabara de hacer el amor con ese hombre, cuando no había hecho nada más que observarlo mientras saboreaba una copa de vino?

«Es su boca», decidió. Ike tenía una boca muy sensual, de labios llenos y apariencia suave. Y casi sin darse cuenta, de repente Annie empezó a imaginarse cómo sería el contacto de aquellos labios sobre la delicada piel de la parte interior de sus muslos.

-Oh, caray -murmuró, cerrando los ojos en un esfuerzo por disipar aquella imagen que, sin embargo, seguía firmemente grabada en su cerebro.

-¿Qué?

Annie oyó la pregunta de Ike, pero mantuvo los ojos cerrados durante un instante más, todavía incapaz de expulsar aquella imagen de su mente. Cuando al fin los abrió de nuevo, vio que él la estaba mirando de una manera muy extraña. Como si quisiera tumbarla sobre la mesa y hacerle el amor allí mismo, delante de todo el mundo. Ese descubrimiento, obviamente, sólo consiguió excitarla aún más.

-Yo... bueno... -sabía que estaba tremendamente ruborizada, y de nuevo levantó la carta para disimularlo-. He dicho: «caray». Caray, mira qué variedad de platos hay en el menú. ¿Cómo voy a poder elegir?

-No es eso en lo que estabas pensando -repuso Ike, sonriendo y mirándola diverido-. Yo sé exactamente lo que estabas pensando hace un momento -añadió suavemente, haciendo a un lado la carta-. A menudo he visto esa mirada en el rostro de una mujer. Estabas pensando en comer algo, pero no precisamente en la cena.

-Oye, ¿sabías que tienes un ego brutal? De hecho, estaba pensando precisamente en la comida. Estaba pensando que la pechuga de pollo en salsa de Ike... quiero decir, en salsa de vino -se apresuró a rectificar- debe de estar deliciosa. Para cenar.

-Ya veo -repuso Ike, riendo entre dientes y cruzando los brazos sobre el pecho-. Puedo imaginarme perfectamente lo que estás pensando para el postre.

-Tarta de queso -dijo Annie después de echar otro vistazo al menú.

-Qué gracia, yo había pensado en lo mismo.

Esa vez, cuando Annie lo miró, toda diversión había desapercido de su rostro para ser sustituida por un deseo inequívoco.

-Bueno, pues tendrás que pedirte una -le aseguró, esperando que su voz no reflejara el temblor que sentía por dentro-. Porque no pienso compartir la mía contigo.

Ike no dijo nada: simplemente continuó mirándola fijamente. Afortunadamente el camarero apareció para tomarles la orden y la

tensión sexual del ambiente se disolvió. Pero no completamente. Mientras se llevaba su copa a los labios, Annie pensó que todo lo que tenía que hacer era salir con bien de aquella velada. Al día siguiente, después de la comida, volverían a Filadelfia. A la luz del día, sabía que podría ver a Isaac Guthrie tal como era y comportarse de manera consecuente con ello. Pero la oscuridad de la noche la traicionaba. Por la mañana, las cosas volverían a resultar claras una vez más.

Para su desgracia, pensó mientras volvía a dar otro sorbo a su vino, todavía quedaban doce horas hasta entonces. Y muchas cosas podrían suceder en ese tiempo.

«Sólo quedan diez horas», se dijo Annie al tiempo que consultaba su reloj, mientras Ike procedía a pagar la cena firmando un cheque. Los dos se las habían arreglado para terminar de cenar sin hacer ninguna otra referencia con doble sentido a la comida, así que el resto tendría que ser tan fácil de tragar como una tarta de queso. Reprobándose por el símil utilizado, la joven se dispuso a retirar la silla para levantarse de la mesa. Pero antes de que pudiera hacerlo, se le adelantó Ike, galante.

-Gracias -dijo maldiciéndolo en silencio por su estatura, que la obligaba a levantar tanto la cabeza para mirarlo.

-De nada -repuso él, mirándola fijamente y colocándole la larga trenza sobre un hombro.

Al hacerlo le rozó un seno y, aunque Annie intentó concederle el beneficio de la duda, sabía que lo había hecho deliberadamente. Debería haberse sentido ofendida pero, por alguna extraña razón, se sentía animada, incluso exultante.

-Demos un paseo -le sugirió Ike mientras salían del comedor-. Por la playa -le murmuró al oído-. A la luz de la luna.

Sabía que ése era el último lugar de la tierra al que debería ir con Ike Guthrie. Pero a pesar de ello, se descubrió a sí misma asintiendo mientras abandonaban la pensión.

La temperatura de la costa era perfecta. La noche era levemente fresca, y no había nadie en la playa excepto ellos dos. Annie se sentía relajada y satisfecha mientras se quitaba los zapatos para pisar descalza la arena. Y cuando Ike se quitó la chaqueta y se la echó sobre sus hombros con naturalidad, a la joven le pareció la cosa más natural del mundo arrebujarse en ella para saborear su calor y su perfume.

Mientras guardaba sus zapatos en los bolsillos de la chaqueta y se abrigaba más con la prenda, Ike seguía andando a su lado, sin prisa, con el rostro perfilado contra las débiles luces de los restaurantes y hoteles del otro lado de la calle. Una media luna colgaba en el cielo, cubriendo de plata las olas.

Durante un buen rato continuaron paseando sin hablar. Luego, Ike le tomó la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

-¿Cómo falleció tu marido?

La pregunta cortó el silencio y la oscuridad como un cuchillo, clavándose en el corazón de Annie.

-¿Por qué me preguntas eso?

-Lo siento -repuso Ike después de vacilar por un momento y continuar andando-. Simple curiosidad, supongo. Ya sé que no es asunto mío. Pero eres tan joven para haber sufrido una pérdida semejante... ¿Qué edad tenías cuando murió? ¿Veintisiete? -cuando ella asintió, añadió-: Es un dolor muy grande cuando se es tan joven.

-Es un dolor muy grande a cualquier edad -lo corrigió ella.

-Entonces, ¿cómo sucedió?

-Intentó intervenir en una disputa doméstica y le dispararon.

-¿Qué era él? ¿Un policía? -le preguntó Ike, deteniéndose para mirarla directamente.

-No, era un trabajador social, como yo. Nosotros fundamos la Homestead House y la administramos juntos.

-¿Entonces cómo es que le dispararon?

Annie suspiró y siguió andando, incapaz de quedarse quieta cuando los recuerdos de aquella noche se le acumulaban en la cabeza. Ike la soltó y caminó detrás de ella, como si sintiera su necesidad de espacio.

-Una de nuestras niñas había sido colocada en una familia de acogida -empezó a decir-, pero no muy buena, me temo. Una noche nos llamó cuando sus padres adoptivos estaban discutiendo. El marido le estaba pegando a la mujer, y Lori estaba tan aterrada que no sabía qué hacer, así que nos llamó a nosotros. Nosotros llamamos a la policía, pero como el apartamento estaba muy cerca, Mark salió y llegó allí antes que los agentes. Cuando intentó detener al tipo, éste se volvió y le disparó tres tiros. Una bala le atravesó la aorta, y Mark murió instantáneamente.

Annie pensó en lo sorprendente que era que pudiese hablar con ese tono práctico de un suceso que tanta trascendencia había tenido en su vida. Todos los tópicos acerca del paso del tiempo habían demostrado ser más o menos ciertos y, teniendo en cuenta lo sucedido, ella había salido adelante bastante bien. La recuperación había sido gradual, a base de pequeñas victorias. Primero, había encontrado la fuerza necesaria para levantarse de la cama por las mañanas. Luego, había empezado a comer otra vez. Después, se había sorprendido a sí misma conversando y compartiendo su dolor con los demás. Y por último, se las había arreglado para empezar a sonreír ocasionalmente.

Los niños habían tenido un papel fundamental, ya que dependían de ella. Y en último término, habían sido los únicos responsables de que saliera del negro abismo al que descendió después de la muerte de su marido. Esa era una de las cosas que la ataban a ellos con tanta fuerza. Los niños habían entrado y salido de Homestead House desde entonces, pero la relación de Annie con ellos nunca había cambiado. Los necesitaba y ellos la necesitaban a ella; era así de simple.

-Lo lamento, Annie -la voz de Ike sonaba tensa y vacilante.

-Eso sucedió hace mucho tiempo -repuso ella encogiéndose de hombros y contemplando el mar oscuro-. Casi toda una vida.

Más que verlo, Annie lo sintió moverse hasta que se colocó a su lado.

-Lo lamento de todas formas. Eso no debería haberle sucedido a alguien como tú.

-Gracias -repuso ella extendiendo una mano, que él estrechó de inmediato.

-Me encantan las noches como ésta -comentó Ike mirando el cielo, mientras echaban a andar de nuevo-. Es una pena que la primavera no dure todo el año.

Annie se sintió agradecida por el cambio de conversación, y comprendió que Ike lo había hecho para librarla de aquellos negros pensamientos. Quizá no fuera tan mal tipo después de todo. Y quizá, sólo quizá, aquel fin de semana no fuera una completa pérdida de tiempo.

-Sí -aspiró profundamente el aire fresco-, tienes razón. Bueno, ¿y qué hay acerca de ti?

-¿Acerca de mí? -Ike parecía sorprendido por su pregunta.

-¿Te has casado alguna vez?

-Nunca.

-¿Has estado a punto de hacerlo?

-Ni una sola vez.

-¿Cómo es posible?

-¿Es que no es obvio? -inquirió Ike con la misma expresión de asombro.

-Lo que es obvio es que eres un hombre inteligente, sensato, relativamente atractivo...

-¿Relativamente atractivo?

-... y, en cierta forma, de agradable conversación -terminó ella con una risita.

-¿En cierta forma?

-Bueno, no hay que exagerar.

-No me importaría -rió Ike- que exageraras...

-De acuerdo, eres un hombre estupendo, rico, un buen partido, Ike. Entonces, ¿cómo es que no te ha acorralado ninguna mujer?

-¿Estupendo? ¿Crees que soy un hombre estupendo? -inquirió Ike después de mirarla pensativo.

-No me digas que estás sorprendido.

-Te juro que sí. No de que yo sea estupendo, sino de que tú lo reconozcas.

-Ike...

De nuevo se detuvo, la tomó de la cintura y la atrajo hacia sí. Antes de que Annie supiera lo que estaba sucediendo, Ike inclinó la cabeza y la besó una sola vez, fugazmente, en el pulso que latía en su cuello. Luego se irguió y la miró a los ojos.

-Me gusta la forma que tienes de pronunciar mi nombre. Dilo otra vez.

Annie apenas estaba en condiciones de recordar el suyo propio.

-¿De qué estás hablando? -le preguntó en un murmullo-. ¿De cuántas maneras se puede pronunciar? Sólo tiene tres letras y una sola sílaba. Ike. tCómopuedes...?

El la interrumpió para besarla de nuevo, pero en esa ocasión con mayor intensidad y urgencia, tomándose su tiempo para saborear su boca. Annie no pudo hacer otra cosa más que devolverle el beso. Sin pensar, deslizó las palmas de las manos por su pecho sintiendo que la chaqueta se le caía de los hombros al hacerlo. Al sentir el suave tacto de la fina tela de su camisa bajo los dedos, la asaltó un deseo semejante al de él. Su boca era cálida, húmeda e insistente, y Annie lo abrazó cada vez con más fuerza hasta casi fundirse con su cuerpo. Nunca la habían besado así antes. Jamás. Mark había sido mucho menos...

El rostro de su marido muerto asaltó entonces su cerebro; se apartó de Ike y retrocedió dando tumbos, cubriéndose la boca con una mano y los ojos con la otra. Luego giró en redondo, dejó caer ambas manos a los lados... y corrió lo más rápido que pudo.

Capítulo 4

Ike permaneció durante un buen rato ante la puerta de su habitación que comunicaba con la de Annie, mirándola fijamente con la palma de una mano apoyada en la hoja de madera. Ella todavía estaba llorando. Ike podía escuchar sus apagados sollozos tan claramente como si estuviera allí mismo, a su lado. Deseaba que estuviera allí. Porque en ese caso, quizá entonces podría comprender lo que tanto parecía torturarla por dentro. Quizá entonces podría disculparse por haberla besado de aquella forma tan brusca en la playa. Quizá podría descubrir lo que había hecho de malo para haberla ahuyentado de esa manera.

Y quizá podría besarla otra vez.

Levantó la mano para llamar, pero luego la dejó caer, sin hacerlo. Giró suavemente el picaporte y empujó la puerta sin hacer ruido. Annie yacía en la cama, de cara a él, con los ojos muy abiertos y sosteniendo un pañuelo de tela. Lo miraba fijamente como si hubiera esperado que entrase y, sin esperar a que lo invitara o echara de allí, Ike se decidió a pasar. La única iluminación de la habitación procedía de una lámpara de pie situada en una esquina. Annie parecía asustada y vulnerable, y todo lo que Ike quería hacer era estrecharla entre sus brazos. Pero en vez de eso, se quedó donde estaba y preguntó:

-¿Estás bien?

Annie no respondió nada; simplemente siguió en la misma posición, mirándolo fijamente. Luego se sonó la nariz y parpadeó.

-¿Annie? -Ike dio unos pasos hacia ella, preocupado-. ¿Estás bien?

Al fin se incorporó y se sentó, apoyando los pies descalzos en el suelo. Se le había deshecho la trenza y la cinta de terciopelo que llevaba al cuello. Llevaba desabrochados los botones superiores del vestido, revelando la blanca tela satinada de su camiseta interior.

-Sí, estoy bien -dijo suavemente, retorciendo el pañuelo entre los dedos, en el regazo-. Estoy perfectamente. Lo siento.

Ike se decidió a acercarse y permaneció de pie ante ella, mirándola. Extendió una mano para acariciarle la cabeza, intentando no fijarse en la sedosa suavidad de su cabello. Sin siquiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, bajó la mano hasta su mejilla para hacerle una tierna caricia y deslizar un dedo bajo su barbilla. Cuando Annie levantó la mirada hacia él, Ike vio que tenía los ojos húmedos por las lágrimas y que se le había corrido el rímel.

-No parece que estés muy bien. ¿Quieres hablar?

-No, preferiría que no -respondió girando delicadamente la cabeza para esquivar su caricia, con la mirada baja.

-Annie, yo...

«Yo qué?», se preguntó. No tenia ni idea de lo que debía decir en ese momento. Finalmente decidió contarle lo que había estado pensando desde que se alejó corriendo de él en la playa.

-Lo siento si te ofendí al besarte -dijo suavemente mientras le acariciaba la nuca; por alguna razón, no podía evitar tocarla-. Pero no voy a arrepentirme de ello. Y si se presentara la oportunidad, volvería a hacerlo encantado.

-Tú no... -levantó la cabeza para mirarlo, pero en esa ocasión no rechazó su caricia-. No fue el beso lo que me disgustó.

-¿Entonces?

-Fue la manera... -Annie vaciló, sin dejar de mirarlo, y añadió suspirando-: Fue la manera en que hiciste que me sintiera.

Ike se sentó a su lado en la cama. «Seguro que no es una buena idea», se dijo mientras le pasaba un brazo por los hombros. Seguro que estaba haciendo la cosa más estúpida del inundo. Pero a pesar de todo, se oyó a sí mismo preguntarse:

-¿Cómo hice que te sintieras?

Durante un buen rato Annie no se movió, no habló, ni siquiera parecía que respirase. Y al fin contestó:

-Me hiciste sentir como... como si estuviera viva otra vez. Por primera vez desde que mataron a Mark, volví a sentirme viva. Hasta que.., hasta que me besaste, no me había dado cuenta de lo insensible que me había vuelto, de la parte de mí misma que había muerto con Mark. Y ahora... -se interrumpió pero siguió mirándolo fijamente, como si la asustara la reacción de Ike ante esa revelación.

Y su reacción fue de verdadero terror. El motivo del acobardamiento de Ike no fue lo que ella le había contado, sino lo que no le había dicho. Annie Malone le estaba diciendo que no había estado con nadie después de lo de su marido. Que había vivido sola e insatisfecha después de la muerte de su marido. Que habían pasado cinco años desde que un hombre la había hecho sentirse mujer. Cinco años.

-Y tú hiciste que me sintiera... -Annie dudó de nuevo-. Diferente - concluyó.

-¿Diferente de que? -quiso saber Ike-. ¿De qué manera?

-Preferiría no hablar sobre eso -dijo suavemente.

-De acuerdo -asintó él-. Entonces déjame que yo lo haga en tu lugar.

Annie lo miró y fue a decir algo para impedírselo, así que Ike se apresuró a continuar para que no lo interrumpiera.

-Tú también haces que me sienta extraño, Annie. Temía este fin de semana más de lo que tú supones. Sólo me presté a participar en esa

estúpida subasta de solteros porque mi hermana siempre ha sido capaz de convencerme de hacer cosas que normalmente jamás se me habría ocurrido hacer. Temía verme acosado y perseguido por una mujer frívola y superficial, y actualmente te aseguro que no puedo pensar en una tortura mayor -bajó el brazo de sus hombros hasta su cintura, y la atrajo hacia sí-. Pero ahora creo que sí puedo imaginar una tortura mayor: que me hayas tocado tú para cargar contigo durante todo el fin de semana.

Cuando Annie adoptó una expresión ofendida, que sustituyó a su anterior de confusión, Ike añadió sonriendo:

-Pero no porque seas frívola, o tonta, o aburrida, como en un principio pensaba que serías, sino porque... desde que llegamos al Cabo May, todo lo que he hecho ha sido intentar idear una forma de acostarme contigo...

-Ike -empezó a decir ella, pero luego renunció a hacer ninguna objeción. En vez de eso lo miró fijamente, observando su rostro como si intentara encontrar la respuesta a una pregunta muy importante.

-Esta tarde -continuó Ike-, todo lo que quería era hacerte el amor por la noche y largarme tranquilamente al día siguiente.

-¿Y ahora? ¿Qué quieres hacer ahora?

Como no podía permanecer tan cerca de ella sin besarla, Ike se inclinó y la besó en la mejilla de la manera más casta que fue capaz. Luego se dio unos golpecitos en la frente con un dedo.

-Aquí es donde interviene la tortura de la que te hablaba antes. Todavía quiero hacer el amor contigo esta noche. Pero no quiero marcharme tranquilamente mañana.

-Oh, Ike...

-Y está empezando a desgarrarme por dentro este deseo que tengo por ti, sabiendo que tú no me deseas...

Annie dudó por un momento antes de replicar:

-Yo nunca te he dicho que no te deseara.

Ese era todo el estímulo que Ike necesitaba; se inclinó para besarla otra vez en los labios mientras la urgía a que se tumbara en la cama. Cuando lo coniguió, le acarició la cintura y el vientre antes de deslizar una mano entre su vestido y la camiseta interior, cerrándola sobre un seno y arrancándole un gemido de placer. Luego deslizó la lengua dentro de su boca, saboreando su dulzura con cada caricia. Después de acariciarle el pecho, Annie enterró los dedos en su cabello mientras exploraba su boca con un ansia que rivalizaba con la de Ike.

Embriagado por su fragancia, Ike bajó una mano hasta el dobladillo de su vestido, tirando de la fina tela de algodón hasta descubrirle una pierna. Deslizó luego los dedos por debajo de sus

medias y la acercó hacia sí. Annie gimió de nuevo mientras seguía acariciándolo y apretándose más y más contra él, sembrando de cálidos y húmedos besos su garganta y su cuello.

Durante un breve y extático momento, Ike pensó que los dos iban a embarcarse en un viaje que ninguno de los dos podría olvidar. Pero luego Annie se apartó, incorporándose, y cruzó los brazos sobre el pecho, sin atreverse a mirarlo. Ike intentó calmar su agitada respiración y se preguntó qué era lo que había hecho mal.

-Annie -empezó a decir.

-Pero el hecho de que te desee no quiere decir que pueda tenerte -lo interrumpió con suavidad-. Desearte es... es... -sacudió la cabeza lentamente, sin terminar la frase.

-Por qué no puedes tenerme? -le preguntó Ike sin mirarla, sentándose en la cama con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos; luego intentó distender el ambiente con una broma-. Durante este fin de semana te pertenezco, ¿recuerdas? Pagaste mucho dinero por mí.

Desgraciadamente para él, Annie no estaba para bromas. Sin mirarlo, repuso suavemente:

-No, yo no te compré. Fue mi hermana quien lo hizo. En todo caso, le perteneces a ella.

-¿Y no te parece un buen motivo para tenerme el hecho de que yo ansíe entregarme a ti? -le sugirió Ike, ahora ya completamente en serio. Como ella no respondió, levantó la cabeza para mirarla y descubrió que seguía en la misma posición.

-¿Annie?

Al fin la joven volvió la cabeza para mirarlo a la débil luz de la habitación y respondió:

-Porque yo no ansío tenerte.

-¿Por qué no?

-Porque no estaría bien.

-Estaría más que bien. Sería...

-Creo que será mejor que te vayas.

-Es por tu marido, ¿no?

Cuando ella se volvió con inusitada brusquedad para mirarlo, Ike comprendió que estaba en lo cierto.

-Mi marido no tiene nada que ver con esto -insistió Annie-. Y, desde luego, no es asunto de tu interés.

-Creo que tu marido tiene muchísimo que ver con esto. Todo -le aseguró Ike-. Y es asunto de mi interés desde el momento en que me hablaste de él.

-Estás equivocado. Mark tiene...

-Mark ya no vive -la interrumpió suavemente Ike-. Hace cinco años que ya no vive. Tú no le estás siendo infiel por reaccionar ante otro hombre. Es perfectamente natural que tú...

-No tienes ni idea de lo que estás hablando -lo interrumpió-. ¿Cómo puedes...? Nunca has estado casado.

-No, desde luego -suspiró impaciente.

-¿Alguna vez has estado enamorado?

-No.

-Entonces no puedes comprenderlo.

Ike se levantó, se colocó delante de ella y la tomó de la barbilla. Cuando intentó hacerle levantar la cabeza para que lo mirara ella se resistió en un principio, pero al final cedió.

-Lo que sí comprendo es que, a pesar de lo que puedas decir o sentir, tú reaccionas ante mí de una forma espontánea, profunda y ardiente.

Ruborizada, Annie le lanzó una furiosa mirada.

-Puedes negarlo todo lo que quieras -continuó Ike-, pero nunca me convencerás de que no quieres que suceda algo entre nosotros esta noche, tanto como yo.

-Estás equivovado. Yo...

-No -repitió Ike-. Puedo sentirlo, Annie. Hace un momento pude sentir lo mucho que deseabas seguir adelante con lo que íbamos a hacer. La única razón por la que te detuviste es porque pensabas estar traicionando a tu marido. 0, al menos, a la memoria de tu marido. Es así, ¿verdad? Sabes que tengo razón.

-Lo que sí sé es que... -Annie aspiró profundamente y cerró los puños-... no hay manera de que tú puedas entenderlo. Nadie podría, a no ser que haya pasado por ello.

-El está muerto, Annie. Y tú estás viva. Eres joven, eres humana y tienes deseos y necesidades a los que no puedes renunciar. Tu marido nunca habría esperado o deseado que tú murieras con él.

Durante un buen rato, ninguno de los dos dijo nada; el silencio de la habitación pareció incrementarse hasta hacerse intolerable. Annie fue la primera en desviar la mirada.

-Creo que será mejor que te vayas -volvió a decir.

Ike asintió reacio, sabiendo que no serviría de nada discutir con ella. Pensó que tenía razón en una cosa: por el momento no comprendía sus razones para rechazarlo de esa forma. Pero imaginaba que probablemente había hecho lo mejor. Por ahora. Suponía que debería sentirse agradecido de que al menos uno de ellos hubiera reunido a duras penas el suficiente sentido común como para retraerse. Porque nunca antes había sido testigo de una reacción tan

explosiva en una mujer.

Si era sincero consigo mismo, tenía que admitir que él estaba tan confuso como ella por el súbito giro de los acontecimientos. Sólo unas horas antes, los dos habían estado enfrentados, compartiendo un recíproco y profundo disgusto. Y ahora allí estaban, a punto de permitirse un acto tradicionalmente reservado solamente para una pareja profundamente enamorada.

Aquello no tenía sentido. Y quizá fuera eso lo que Annie había querido decir cuando le comentó que aquello no estaba bien. 0 quizá había querido decir algo completamente distinto. Llegado a ese punto, Ike estaba tan confuso que no sabía qué pensar.

-Me iré -dijo mientras se volvía para retirarse-, pero no demasiado lejos -al pasar a su lado, le puso una mano firmemente sobre un hombro, asegurándole-: No te librarás de mí tan fácilmente.

Entró en su habitación y cerró la puerta tras de sí, sin volverse para mirar atrás. No quería ver la expresión de Annie. Mientras se desvestía pensó que, con un poco de suerte, cuando al día siguiente llamara a su puerta ella lo recibiría con los brazos abiertos.

Annie se quedó mirando fijamente la puerta cuando se cerró detrás de Ike. Pensó que nada había sucedido como había pensado; eso no era lo que había imaginado para ese fin de semana. Se suponía que tendría que habérselas arreglado sin muchos problemas; se suponía que tendría que haber tolerado la presencia de ese gran hombre rubio que nada había significado para ella veinticuatro horas antes, y luego se suponía que tendría que haber vuelto a su vida normal en Filadelfia. Había planeado despertarse el lunes por la mañana con la cuenta bancaria de la Homestead House engrosada con creces y sin volver a pensar en Ike Guthrie.

Pasaban de las dos de la madrugada. Técnicamente, había pasado la noche en el Cabo May con el hombre que su hermana se había empeñado en conseguir para ella. Y, técnicamente, había terminado todo lo relacionado con la subasta, de manera que podía volver a casa.

Sin embargo, le remordía la conciencia con respecto a Ike Guthrie. Durante mucho, mucho tiempo iba a pensar demasiado en él. Recordó de nuevo lo que había sentido cuando la besó en la playa. Sus propias reacciones la habían sorprendido por su intensidad, por la magnitud de su deseo, dormido durante tanto tiempo. Y recordó la manera en que había reaccionado ante él más tarde, en esa misma habitación. La forma en que su interior había estallado en llamas cuando Ike le acarició el cuerpo. Recordaba con todo detalle cada minuto de aquella escena, su aroma, su sabor...

Cerró los ojos para contener las lágrimas, e intentó recordar la

manera que Mark le había hecho sentir, si había experimentado esas mismas sensaciones cuando hacía el amor con su marido. Pero para su consternación, lo único que podía recordar era una sensación agradable, placentera, cálida, y nada más. En aquel entonces no había sentido la urgencia, la pasión, la necesidad que Ike le había hecho sentir.

Se dijo que eso era porque lo que había compartido con su marido era algo noble, puro amor, algo mucho más profundo que un simple deseo carnal. Ike Guthrie le hablaba a su cuerpo, no a su corazón ni a su mente. Lo que ella sentía por él sólo era una reacción física, una respuesta perfectamente normal dadas las circunstancias. El ser humano era un animal sexual, y daba la casualidad de que había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que Annie satisfizo su necesidad sexual. Para ella, Ike sólo era un simple estímulo sexual; nada más.

«¡Pero qué estímulo!», exclamó para sí. De nuevo, involuntariamente, rememoró su reciente encuentro, reviviendo cada caricia, cada contacto. Suponía que transcurriría mucho tiempo antes de que fuera capaz de desterrarlo de su memoria completamente. Quizá nunca lo haría. «Esa es precisamente la razón por la que tienes que salir de aquí», murmuró para sí misma. Interrumpiendo sus reflexiones, se levantó y empezó a hacer el equipaje.

Después de ponerse un suéter y unos vaqueros, tomó el teléfono para llamar a recepción; sonó tres veces antes de que una voz juvenil le contestara.

-Soy Annie Malone, de la habitación trece -dijo-. Necesito saber a qué hora sale el primer tren para Filadelfia. También necesitaré un taxi que me lleve a la estación.

Sentado ante su escritorio, en su oficina de Filadelfia, Ike contemplaba el crepúsculo por la ventana. El sol rojo del ocaso hacía de lúgubre telón de fondo de las oscuras siluetas de los rascacielos. Como de costumbre, se había quedado trabajando hasta tarde. Como de costumbre, no tenía ganas de volver a casa, porque sabía que una vez que estuviera allí, se calentaría un poco de comida del frigorífico, comería distraídamente y se acostaría con el periódico como única compañía.

Y como de costumbre, estaba pensando en Annie Malone. Ya habían transcurrido más de dos semanas desde que volvió del Cabo May a Filadelfia, solo. Tenía que admitir que cuando llamó a la puerta que comunicaba con su habitación al día siguiente de aquella explosiva noche, no le sorprendió mucho encontrarse con que ya se había marchado. Y cuando el recepcionista le informó que la señorita

Malone había bajado al vestíbulo antes del amanecer para tomar un taxi con rumbo a la estación, Ike tuvo la sensación de que había previsto todo aquello.

No era que Annie no lo deseara; ella misma había admitido que sí. Tampoco se trataba de que no pudiera haberlo tenido. El mismo se le había entregado, voluntariamente. Y no era tampoco que Annie no supiera qué hacer con él. No, lo que Ike había previsto o creído adivinar, y que ya sabía que era verdad, era que estaba asustada. Asustada de él y de sí misma. Asustada de lo que los dos habían engendrado.

Ike se aflojó el nudo de la corbata y se apoyó en el respaldo de la silla. ¿Por qué, de todas las mujeres, había tenido que sucederle con Annie Malone? ¿Por qué había tenido que sorberle el seso precisamente ella? ¿Y qué iba a hacer él con respecto a ese asunto? Debería olvidarlo todo, se dijo de inmediato. Había muchas mujeres mucho más atractivas e interesantes que Annie Malone; y además, interesadas en él. Mujeres que serían más que felices saliendo con él, y que no lo harían sentirse culpable por ser el tipo de hombre que era, o por vivir de la manera en que lo hacía.

Mujeres que no lo apartarían de su lado cuando las cosas se pusieran calientes. Ike se dijo que su problema era que ya había dejado de pensar en esas mujeres. No podía hacerlo, porque tenía el cerebro lleno de recuerdos de Annie Malone.

Se levantó y rodeó el escritorio para acercarse a los altos ventanales. Conforme iba anocheciendo, el espectáculo de las luces de los rascacielos era impresionante, y Filadelfia parecía una ciudad preciosa. Pero también podía ser una ciudad atemorizante, un lugar lleno de peligros, especialmente por la noche. Y Annie estaba allí, en alguna parte. Allí fuera, y sola.

Miró hacia el oeste, donde se encontraba el barrio de Annie, que seguramente empezaba a bullir de actividad a esas horas. A avivarse con ladrones, proxenetas y prostitutas, con narcotraficantes y asesinos. Ese no era un buen lugar para Annie. Y, ciertamente, no era un buen lugar para sus niños. ¿Qué diablos estaba haciendo viviendo allí, en aquella ruinosa casa? Necesitaba una reparación urgente y varias manos de pintura. Por supuesto, no podía trasladar la casa de ese barrio, pero al menos no parecería tan deprimente.

Ike se retiró del ventanal, volvió a su asiento y encendió la lámpara de su escritorio. Esa noche saldría todavía más tarde de lo habitual. Porque en cuanto terminara de elaborar el nuevo proyecto de embellecimiento de la ciudad que ejecutaría con Chase al cabo de una par de semanas, podría tomarse unos días libres. A su socio no le

importaría; de hecho, Chase siempre estaba echándole en cara que trabajaba demasiado. Curiosa reacción procediendo de un hombre que, hasta hacía sólo unos años, había hecho exactamente lo mismo.

Luego Ike pensó en la esposa de Chase, Sylvie, y en sus dos niñas rubias que invadían su despacho para visitar a su padre más a menudo de lo que le habría gustado. Pensó que quizá las amonestaciones que le hacía Chase acerca de su adicción al trabajo no fueran tan absurdas, después de todo.

Bajó la mirada a los planos de la ultramoderna mansión que estaba diseñando, pero lo que veía realmente era la desvencijada casa de Annie. Sí, varias reparaciones y unas manos de pintura supondrían una gran diferencia. No creía que ella pudiera molestarse; después de todo, redundaría en beneficio de los niños. Pero sobre todo, pensaba Ike mientras garabateaba con gesto ausente el nombre de Annie en los planos, sabía de alguien que podría hacerle ese trabajo muy barato.

Capítulo 5

Cuando Ike aparcó su coche, en esa ocasión no el deportivo, sino su viejo todoterreno, frente a la desvencijada casa de Annie, pensó que no había cambiado nada durante las tres semanas que habían transcurrido desde la primera vez que la vio. Se maravillaba de que una mujer como ella pudiera considerar aquello como un hogar. Conforme se acercaba a la puerta, fue preparándose para resistir una nueva embestida de los niños, semejante a la de su primera visita. Pero en esa ocasión, la casa estaba silenciosa.

Hasta que llamó a la puerta, porque cerca de una docena de niños la abrieron a la vez. Encabezaba la multitud un curioso niño llamado Mickey, según recordaba ahora Ike. Detras de él se apiñaban niños y niñas de todas las edades, tallas y colores, y al fondo, mirando a Ike como si lo viera por primera vez, se encontraba Annie.

Vestía unos vaqueros y una camiseta holgada, una especie de caleidoscopio de tonos rojos y amarillos. Llevaba el cabello suelto y no se había maquillado. Estaba, para consternación de Ike, mucho más hermosa de lo que recordaba.

-Hola -dijo Mickey cuando Ike ya había abierto la boca para saludarla. Luego terminó de abrir la puerta de seguridad, la empujó con ambas manos y sonrió.

Ike no pudo evitar sonreír a su vez. El niño había perdido los dos incisivos superiores, de forma que un agujero rectangular quedaba en el centro de su sonrisa.

-Annie -exclamó el crío mirándola por encima del hombro-, estabas equivocada. Lo ha hecho; ha vuelto. Ya te lo dije.

Ike arqueó una ceja mirando a Annie con gesto interrogante, sólo para ver cómo se ruborizaba intensamente y concentraba su atención en los críos.

-Bueno, pues ya se ha acabado la diversión -dijo, abriéndose paso entre ellos-. Ahora que ya habéis visto a nuestro visitante, y que sabéis que no es nadie, podéis seguir con lo que estábais haciendo.

-¿Nadie? ¿Yo no soy nadie? -le preguntó Ike mirándola cara a cara, mientras el mar de niños se disolvía ruidosamente.

-Ya sabes lo que quiero decir -replicó ella, ruborizándose aún más.

-No. Por favor, explícamelo.

Annie abrió la boca para hacerlo, pero la cerró al darse cuenta de que no podía. Ike Guthrie, ciertamente, era alguien. Si no lo hubiera sido, no habría tenido últimamente una presencia tan constante en sus pensamientos, en sus recuerdos... y en sus sueños.

-Ummm... -empezó a decir.

-¿Y bien?

Lo miró indefensa, contemplando su cabello rubio platino, despeinado por el viento. Fijó la mirada durante un momento más del necesario en sus mejillas sin afeitar y en su fuerte cuello. Llevaba una camiseta azul, desteñida y ajustada, que destacaba cada músculo de su torso. Luego bajó la vista a sus viejísimos vaqueros, de una tela tan fina por el uso que resaltaba su poderosa masculinidad. Annie tuvo que decirse entonces que sus sueños recientes todavía no debían de haberla causado suficientes problemas. Cerró los ojos y se ruborizó todavía más; cuando oyó que Ike se reía entre dientes, los abrió reacia.

-De acuerdo, así que soy alguien -dijo él con una sonrisa, comprendiendo evidentemente el significado de su mirada y, en apariencia, muy satisfecho. Antes de que ella se diera cuenta de lo que pretendía, Ike se inclinó y le dio un fugaz beso en los labios-. Yo también te he echado de menos -añadió con tono suave.

De manera automática, Annie había levantado la cabeza para recibir el beso, y sin poder evitarlo había cerrado los ojos, expectante. Cuando él se retiró ella continuó en la misma posición sin darse cuenta, hasta que Ike la besó de nuevo, con mucho más sentimiento en esa ocasión. La besó de la forma en que un hombre besaría a una mujer a la que no había visto desde hacía mucho tiempo. La besó como si se preocupara realmente por ella.

-Ummm -vaciló de nuevo Annie, cuando se apartó de él, retrocediendo-. Eh.... ¿Qué estás haciendo aquí?

-Ayer -le explicó Ike mientras le tendía una bolsa de papel marrón-, fui a ponerme el traje que llevé la noche que pasamos en Cabo May y, entre un montón de arena, me encontré con que llevaba un zapato de éstos en cada bolsillo.

Annie atisbó dentro de la bolsa y vio sus zapatos de terciopelo. Los había echado en falta al deshacer su equipaje de vuelta de Filadelfia, pero no había tenido el valor de llamar a Ike para que se los devolviera.

-Gracias -le dijo, acercándose a la puerta para empezar a abrirla de nuevo-. Has sido muy amable al traérmelos. En realidad, no tenías por qué haberlo hecho; podías habérmelos enviado por correo -sabía que estaba parloteando de puro nerviosismo, pero no se le ocurría nada con que pudiera dar por terminada la conversación. Al fin, acabó de abrir la puerta, le dio de nuevo las gracias y terminó tajante-: Adiós.

Pero Ike no se conformó con esa indirecta; se lo decía el brillo divertido de su mirada.

-Bueno, tengo otra razón para haber venido -le confesó.

-¿Ah, sí? -exclamó Annie arqueando las cejas con un gesto que tanto podía ser de curiosidad como de ansiedad; cerró la puerta

principal y retrocedió-. ¿Y eso qué es? -le señaló la gran caja metálica que llevaba en una mano, y que antes no había visto, ocupada como estaba en la observación de otros detalles-. Parece una caja de herramientas -declaró de manera innecesaria, todavía sorprendida.

-Y lo es. Has ganado el premio de la adivinanza.

-¿Y cuál es?

Ike sonrió. Annie se sorprendió a sí misma esperando que su respuesta fuera «yo», pero en lugar de eso, él respondió:

-Una reparación completa de la casa.

-!Pero si yo no necesito eso! -replicó ella, sacudiendo la cabeza lentamente.

-Tienes razón: lo que necesitas es una casa nueva. Realmente deberías mudarte de este lugar, Annie. No sólo porque podría caérsete encima el día menos pensado, sino por lo peligroso del barrio.

-Mira, ya te dije...

-Lo sé -la interrumpió él-. Y no estoy criticando, sino constatando un hecho. Annie, este no es un lugar adecuado para los niños. Ni para ti. Es peligroso.

Annie suspiró; sabía todo eso. Sabía que Homestead House se encontraba en un barrio peligroso, exactamente el tipo de barrio donde la mayoría de los niños habían crecido. Sabía que debería trasladarse, pero eso costaba dinero, mucho dinero.

-Esto es todo lo que tengo -le dijo a Ike con sencillez-; lo que tenemos todos los que estamos aquí.

-Pues entonces déjame ayudarte a hacer algunas reparaciones. Sinceramente, estas cosas se me dan bien. Y no te cobraré ni un céntimo.

-?Por qué?

-Porque me gustas -le confesó Ike.

Eso no era exactamente lo que Annie había esperado oír, pero por alguna razón, se convenció de que era sincero. Después de la manera en que lo había dejado abandonado en el Cabo May sin una palabra de explicación tres semanas antes, no podía imaginar por qué ese hombre deseaba ayudarla. De cualquier forma, comprendió que tenía razón acerca de la casa; necesitaba una reparación. Había planeado utilizar parte de la donación que le había hecho su hermana para ralizar las reparaciones más urgentes. Pero si Ike se ofrecía a hacérselas gratis, ¿por qué no aceptarlo?

«Bueno, queda el pequeño problema de tenerlo en casa», se dijo para sus adentros. Tenerlo en su casa significaba que estaría cerca de ella. Y tenerlo cerca de ella significaba que continuaría sintiéndose tan inquieta e intranquila como se había sentido desde aquella noche en el

Cabo May. Había revivido una y otra vez aquella noche. Y seguía sintiéndose culpable, como si ' hubiera traicionado la memoria de su marido. Así que la presencia de Ike en su casa probablemente la volvería loca.

-Hum, no creo que sea una buena idea -comentó reacia.

-¿Qué es lo que no es una buena idea? ¿Que me gustes o que te repare la casa?

-Sí, eso.

-¿Qué?

-Lo de la casa.

-Entonces sí es una buena idea que me gustes.

-No, quería decir... -suspiró, nerviosa.

-Por supuesto que es una buena idea -repuso él, cuando Annie todavía no sabía exactamente a qué se estaba refiriendo.

-Pero tú tienes un negocio -le recordó ella-. ¿Cómo puedes tener tiempo para...?

-Es sábado. Tengo libres los fines de semana. Incluso yo no trabajo tanto...

-Pero...

-Y también tengo libre el próximo fin de semana -sonrió Ike-. Puedo permitírmelo, ya sabes; yo soy el jefe. Y necesito unas vacaciones.

-Entonces vete a la costa -replicó, maldiciendo su propio tono de voz desesperado.

-Qué va. La última vez que fui a la costa, no hubo manera de que me relajara el fin de semana.

-De acuerdo -concedió Annie, ruborizada-. Pero si no vas a aceptar que te pague, pensaré en alguna manera de resarcirte. Todavía no sé cómo, pero esto te lo debo, Ike.

-¡Oh, no te preocupes, Annie! -exclamó sonriente-. Estoy seguro de que se me ocurrirá alguna forma de que me recompenses adecuadamente. Sólo dame algún tiempo -y la miró, dando un sentido inequívocamente sexual a su comentario.

-Bueno, ¿por dónde quieres empezar?

-Creo que lo mejor sería comenzar por el sótano. Annie suspiró, preguntándose durante cuánto tiempo se quedaría Ike allí.

-¿Qué es eso?

Intentando contener su impaciencia, Ike tamborileaba con los dedos en un viejo tubo retorcido y mohoso que estaba en el techo del sótano. El niño le había hecho esa misma pregunta tantas veces desde que se reunió con él en ese mismo lugar, hacía un par de horas, que Ike estaba al borde de la desesperación.

Mike Reeser era, desde luego, un niño encantador. Pero también era terriblemente irritante. Al margen de ello, Ike se había sorprendido al descubrir qué le gustaba mucho el pequeño. A pesar de sus terribles experiencias, Mickey podía reír, sonreír y mostrarse inquisitivo, como lo habría hecho cualquier niño de seis años. El crío era un verdadero superviviente, y Ike no podía más que respetarlo. Pero le habría encantado que no hiciera tantas malditas preguntas...

-Es un tubo torcido.

Antes de que Michey le hiciera la pregunta que Ike sabía que seguiría, decidió entregarle el tubo para que lo examinara por sí mismo. El niño dio vueltas una y otra vez al objeto entre sus manos antes de entregárselo. Luego Ike volvió a su tarea preguntándose quizá por centésima vez qué diablos estaba haciendo allí, en la casa de Annie. Hasta que la vio de cerca, no había podido adivinar el pésimo estado de la casa. Solamente el sótano era una verdadera antigualla. A la severa luz blanca de la desnuda bombilla que colgaba sobre su cabeza, Ike podía contar una docena de grietas en los muros comidos por la humedad. El suelo de cemento estaba resquebrajado y, encima de él, las cañerías del agua estaban oxidadas.

Ike suspiró. Suponía que debería sentirse agradecido de que no hubiera descubierto rastro alguno de ratas. Pero eso no le servía de consuelo al tener que habérselas con grandes grillos y cucarachas. Se estremeció; además, odiaba los chinches. Especialmente los grandes.

Un sonido metálico captó su atención y se volvió para ver a Mike revolviendo en su caja de herramientas; iba a decirle al niño que las dejara, porque siempre ponía mucho cuidado en tenerlas ordenadas para no perder tiempo. Sin embargo, recordó su expresión cuando puso en funcionamiento la alarma de su coche, hacía tres semanas. No quería volver a ver esa mirada de terror. Pensó que no había nada en la caja que pudiera resultarle peligroso, y decidió dejar que continuara revolviendo en ella.

-Ten cuidado -le comentó-. Algunas de esas cosas son bastante pesadas.

-Yo puedo conn ellas -le aseguró el pequeño.

Y como para ilustrar justamente la tesis contraria, sacó una grande y pesada linterna de la caja y se le cayó al suelo. El golpe contra el suelo de cemento hizo pedazos el cristal del foco y, justo como había temido Ike, Mickey retrocedió mirándolo aterrado.

-Yo... yo... yo... lo siento -murmuró con voz ronca por el miedo-. De verdad, no lo he hecho a posta. Lo siento. Yo... yo...

Ike empezó a acercarse a él, pero se detuvo al ver que Mickey se encogía cubriéndose la cabeza con las manos. Involuntariamente,

cerró los puños al pensar que ningún otro niño habría sentido tanto miedo en esas mismas circunstancias. Le habría gustado tener una pequeña conversación con sus padres; nada le habría causado mayor placer que enseñarlos un par de cosas spbre el miedo.

-Michey, no pasa nada -le dijo lo más suavemente que pudo-. Sólo era una linterna, y hoy mismo puedo conseguir otra. Sólo ten cuidado con los cristales rotos. No quiero que te hagas daño.

Mickey permaneció durante un momento hecho un ovillo, pero no lloró ni gritó como tanto había temido Ike. Luego se atrevió a acercarse al niño observando que su pánico parecía haber cedido, aunque todavía conservaba esa postura de autodefensa.

-No pasa nada -repitió suavemente mientras se acercaba más al crío-. No pasa absolutamente nada.

Cuando extendió una mano hacia Mickey, éste volvió a encogerse, así que Ike retrocedió un paso. Al hacerlo, el niño salió corriendo como un animal asustado y desapareció. Ike supuso que un niño aprendía a correr tan pronto con tanta rapidez cuando se veía obligado a vivir entre demonios. El leve sonido de unos pasos bajando la escalera llamó su atención. No le soprendió ver que era Annie quien bajaba, descalza.

-¿Qué ha pasado? -preguntó sin ningún preámbulo; no había rastro alguno de condena o acusación en su voz.

-Mickey quiso sacar eso de la caja de las herramientas -Ike le señaló la linterna rota-, y resultó que era demasiado pesado para él. Supongo que cuando la rompió, pensó que yo iba a castigarlo por ello.

-Lo creas o no -le comentó Annie mientras terminaba de bajar las escaleras llevando un cogedor y una escoba-, Mickey ha recorrido un largo camino desde que llegó a Homestead. Antes estaba mucho peor.

-No pases aquí con los pies descalzos -le dijo Ike tomándole la escoba y haciéndola retroceder hacia las escaleras, para luego ponerse a barrer los cristales-. ¿Quieres decir que antes solía asustarse más aún?

-Desde luego. Pero ahora sus pesadillas no son tan frecuentes como antes, y tampoco se orina en la cama tan a menudo. Solía salir corriendo y permanecer escondido durante horas cuando sucedía algo como esto. Ahora simplemente se va al salón y se queda mirando la calle por la ventana.

-Cuánto tiempo lleva aquí?

-Poco más de un año.

Lo que quería decir que todavía era más pequeño cuando sus padres lo maltrataron, pensó Ike con un nudo en el estómago.

-Es un buen chico -comentó mientras terminaba de recoger los

cristales.

-Sí que lo es.

-¿El resto de tus niños tienen historiales semejantes?

-Sí, la mayoría -asintió Annie-. Algunos incluso tienen peores historias que contar.

Ike no podía imaginar algo peor que recibir maltrato físico de los padres a una edad tan temprana. Al menos, no hasta que Annie le dijo:

-Muchos de ellos también han sido víctimas de abusos sexuales. Una de mis niñas nació seropositiva; no vivirá para ver su cuarto cumpleaños.

Ike no quería escuchar más. No quería saber que existían niños así en el mundo. Tampoco quería saber que había gente que era capaz de hacerlos esas cosas a los niños. Se preguntaba cómo Annie podía soportar esa vida, rodeada de tanta desgracia. Como si supiera exactamente lo que estaba pensando, Annie le informó con tono tranquilo:

-Están aquí, conmigo, porque no tienen otro lugar a dónde ir.

-¿Qué ocurre con tus niños cuando se marchan de la Homestead House?

-Parte del programa que cumplen aquí es capacitarse para hacer algo productivo con sus vidas una vez que abandonan Homestead, lo cual pueden hacer al cumplir dieciocho años. Muchos, más de la mitad, han llegado a la universidad. Tuve una niña que ahora está estudiando para veterinaria, y un niño que esta primavera se graduará como profesor. La mayoría de mis otros niños han encontrado empleo en muy diversos sectores, desde el comercio hasta la industria. ¿Conoces ese nuevo restaurante, el Rose Trellis?

-Claro, he intentado un millón de veces reservar una mesa allí, pero nunca lo he conseguido; su lista de espera es larguísima. Se supone que sirven una comida increíble.

-Malcolm, el jefe -sonrió Annie-, fue uno de mis niños.

-Estás bromeando...

-Qué va. Ese chico se pasaba el tiempo en la cocina; era un fabuloso cocinero. Realmente me sentó mal que se marchara. Desde entonces la comida no ha vuelto a ser la misma en esta casa.

-¿Todos tus niños -rió Ike entre dientes- han tenido tanto éxito?

-No -la expresión de Annie se oscureció-, por desgracia. Uno de mis niños está actualmente encarcelado por robo a mano armada. Y hace unos años, una de mis niñas se escapó de aquí una noche; nunca volví a saber más de ella.

A Ike no le pasó desapercibido el detalle de que Annie siempre utilizaba el posesivo para referirse a sus pupilos. Suponía que se sentía

responsable de ellos, por encima de la forma en que eligieran vivir posteriormente. Y no les daría la espalda porque hubieran cometido alguna equivocación.

-¿Te gustaría comer algo? -le preguntó ella de repente, como si hubieran estado charlando de un tema tan baladí como el tiempo que estaba haciendo.

-Sí, claro. Es una idea estupenda -Ike vació el cogedor en un cubo de basura.

Mientras la seguía escaleras arriba, intentó no fijarse en el contoneo de sus caderas o en la forma en que sus viejos vaqueros se adherían a su cuerpo como una segunda piel. Lo intentó, pero fracasó miserablemente, así que se puso a recordar el lamentable estado del sótano y recobró de inmediato la compostura.

-Sé que es la millonésima vez que te lo digo y sé que te revienta escucharlo pero, Annie, este lugar se encuentra en un estado terrible.

Annie lo miró por encima del hombro con el ceño fruncido, pero antes de que pudiera protestar él se le adelantó.

-Peor que terrible; es peligroso. Necesitas encontrar un nuevo sitio para los niños.

-¿Qué me sugieres entonces? -le preguntó ella mientras se dirigían a la cocina.

-Véndelo, trasládate de aquí. Llévate a tus niños a otro lugar donde no tengan que jugar en la calle. Donde puedan respirar aire fresco, para variar.

-¡Oh, claro! -exclamó irónica-. No hay problema. Tendré mucha suerte si logro sacar lo que en un principio pagué por esta casa, y el tipo de lugar que me has descrito me costaría unas diez veces más -giró de repente sobre sus talones y apoyó las manos en las caderas con gesto desafiante-. ¿Cuántas veces tendré que decírtelo, Ike? Me encantaría trasladar a mis niños a otro lugar, pero no... tengo -remarcó cada palabra-... el dinero.

-¿Cómo puede ser tan difícil reunirlo?

-Llevo diez años haciéndome cargo de la Homestead House -explicó Annie después de sacudir la cabeza, incrédula-. Durante todo ese tiempo he hablado con el gobierno, con varias corporaciones financieras, con innumerables organizaciones caritativas, y ha punto he estado de echarme a sus pies para suplicarlos. Haciendo eso durante diez años, ¿sabes cuánto dinero he reunido? Apenas el suficiente para mantener a flote esta casa. Si supieras lo cerca que he estado muchas veces de perder Homestead, sabiendo que estos niños serían engullidos por el sistema o trasladados a casas de familias que no se preocupan por ellos, o peor aún, enviados de vuelta con sus

propias familias que los habían amenazado con... -desesperada, se pasó una mano por el cabello-. Si tú supieras... -de repente se detuvo, tranquilizándose-, esto no le importa a nadie, Ike. A nadie le importa que estos niños necesiten ayuda. Es como si no existieran. Todo el mundo finge que no existen; les gustaría saber que ese tipo de problemas no suceden, así ue piensan que ignorándolos dejarán de existir.

Ike captó por su tono que él era precisamente la clase de persona que estaba describiendo. Y recordó con un sentimiento de culpabilidad que, no hacía mucho tiempo, había pensado exactamente eso.

-Pero se equivocan -continuó Annie, implacable-. Por mucho que ignoren o se muestren indiferentes, los abusos de los que te he hablado no desaparecerán. Y yo tampoco desapareceré -una vez que había dejado claro eso, se volvió hacia la cocina-. ¿De qué prefieres los sandwiches? ¿De pescado o de carne?

-Oh, pescado -respondió Ike, confuso por ese giro tan brusco en la conversación.

-Bien.

La cocina estaba repleta de niños de todas las edades. Algunos estaban sentados a la mesa, comiendo; otros se encontraban ante la barra, y otros simplemente disfrutando del mediodía del sábado. Mientras se abría paso hacia el fregadero para lavarse las manos, Ike advirtió que reían y charlaban mientras devoraban sus sandwiches. Tenían un aspecto saludable, robusto, limpio y simpático. Ninguno parecía haber sufrido maltrato alguno.

Y eso, según sospechaba Ike, era gracias a Annie. Sin su intervención, sólo Dios sabía en qué tipo de situaciones se encontrarían ahora esos niños. ¿Cuántas vidas habían cambiado Annie y su marido en el transcurso de aquellos años? ¿Cuántas había cambiado ella sola desde su muerte? ¿Cuántos seres humanos habían alcanzado la felicidad sólo porque ella los había tomado bajo cuidado?

Suponía que muchos. Annie había influido en más vidas que cualquier otra persona que Ike hubiera conocido. ¿Pero por qué iba a preocuparle darse cuenta de eso? Luego, de inmediato, obtuvo la respuesta. Quizá fuera porque esa intensa experiencia en el trato con la gente contrastaba demasiado con su resistencia a relacionarse con él.

Pensativo, Ike comía su sandwich rodeado de niños. Con gesto ausente respondió a sus preguntas acerca de él mismo, su trabajo y sus intenciones para con la casa, y tuvo que esquivar discretamente los flirteos de una niña que apenas era una adolescente. Durante todo el tiempo fue agudamente consciente de la mirada de Annie fija en él, y

no pudo evitar sentirse como si lo estuviera examinando de algo que no podía imaginar. Sonrió al pensar que tal vez tuviera algunas intenciones sobre él. Esperaba que fuera así. Porque estaba endiabladamente seguro de que él sí las tenía sobre ella.

Mientras se comía la última patata frita, Ike volvió a sonreír. Sí, desde luego que tenía intenciones sobre Annie. Ojalá se mostrara dispuesta a correr una pequeña aventura.

Capítulo 6

De pie en medio de lo que llamaba su patio trasero, y que en realidad era un pequeño espacio de hierba deteriorada, Annie se llevó una mano a los ojos para protegérselos del sol mientras contemplaba a Ike, que mantenía un precario equilibrio cerca del canalón del tejado. En ese momento había cuatro hombres allí subidos, todos ellos se habían pasado la mañana trabajando incansables con las placas del techo que en ese momento reflejaban el sol de mediodía. Pero a Annie sólo le interesaba uno de los cuatro. Si no bajaba pronto, Ike pillaría una insolación. A diferencia de los otros, que habían empezado a las nueve de la mañana, él lo había hecho al amanecer.

Había transcurrido una semana entera desde que Ike entró en su casa con la intención de arreglarla. Cada mañana, lloviera o luciera el sol, se presentaba ante la puerta principal armado de su ubicua caja de herramientas. Habitualmente había trabajado solo en algún proyecto cada vez, como impermeabilizar el sótano, reforzar las escaleras o pintar los ocho dormitorios. Luego, gradualmente, algo milagroso se había producido. Cuando Ike preguntó a los chicos de mayor edad, liberados de la escuela en las vacaciones de verano, si podrían echarle una mano, todos aceptaron entusiastas. Fueron ellos los que pintaron los pasillos, los rellanos de la escalera, los cuartos de baño y las habitaciones de reunión. Los chicos mayores enceraron los suelos y las niñas se encargaron de limpiar las ventanas. De alguna forma, nadie había sido inmune al entusiasmo de Ike.

Incluso Mickey había sido útil arrogándose la función de ayudante suyo. El pequeño había cargado con su caja de herramientas, demasiado pesada para él, e Ike le había enseñado el uso de cada una de ellas. Desde entonces se había comportado como un ayudante de cirujano, entregándole cualquier herramienta que necesitara.

Una vez realizadas todas esas labores, Ike había empezado a hablarle a Annie de proyectos más grandes referentes a la instalación eléctrica, el tejado y la mampostería de los muros. Annie le había replicado que se olvidara de eso, que los proyectos de ese tipo costaban muchísimo dinero, algo de lo que carecía. Pero Ike le había asegurado que tenía muchos amigos en el negocio de la construcción que estarían más que encantados de dedicarle su tiempo y su trabajo. El mismo, había añadido con una sonrisa, se encargaría de los materiales. Y Annie había consentido al fin, ya que todo redundaba en beneficio de sus chicos.

En resumen, pensó mientras se mordisqueaba nerviosa la uña del pulgar, Ike había ido mucho más lejos del deber que le correspondía. Algo verdaderamente extraño en un hombre que había admitido que

pensaba que lo que Annie hacía era una pérdida de tiempo; más raro todavía en un hombre al que no le gustaban los niños, y especialmente chocante en uno capaz de tener a los niños delante y olvidarse completamente de ellos.

No entendía por qué un hombre que podía haber pasado sus vacaciones en una playa paradisíaca, rodeada de palmeras, había decidido pasarlas trabajando, resoplando y sudando en la jungla de asfalto.

Annie posó la mirada involuntariamente en su perfil para fijarla de inmediato en su pelo rubio, casi plateado en ese momento por el brillo del sudor. Se había quitado la camiseta, dejando su torso al descubierto y revelando los precisos movimientos de sus músculos cada vez que dejaba caer el martillo. Tenía los hombros enrojecidos por el sol y estaba a punto de quemarse, pero Annie no se decidía a advertírselo. Porque sabía que si lo hacía, Ike se pondría otra vez la camiseta.

La joven tragó saliva y se obligó a apartar la mirada. Era absurdo seguir negando que Ike era como un regalo caído del cielo, después del trabajo que había realizado durante los últimos siete días. Pero Annie tenía que enfrentarse a los hechos. Y el hecho era que Ike no era un hombre muy dispuesto a ayudar al prójimo. Entonces, ¿por qué continuaba ayudándola a ella y a los niños?

-¿Queréis hacer un descanso para tomar una limonada? -gritó Annie a los hombres.

Inmediatamente dejaron de oírse martillazos y los tres obreros, empapados en sudor, asintieron contentos. Ike fue el único que continuó trabajando, como si no la hubiera oído.

-¡Eh, Ike! -lo llamó Annie en voz más alta.

-¿Qué? -preguntó Ike, dejando por fin de dar martillazos y mirando hacia abajo.

-Tómate un descanso. He preparado limonada y unos sandwiches. Baja antes de que te deshidrates -al ver que Ike negaba con la cabeza, Annie insistió-: Vamos, baja ahora mismo.

Lo dijo en un tono de voz que normalmente reservaba para los niños cuando se le rebelaban, pero pareció funcionar también con un adulto como Ike. Asintió, se enjugó el sudor de la cara con la camiseta y se dispuso a bajar del tejado por la vieja escalera de madera. Al ver cómo se tambaleaba, Annie cruzó el patio corriendo y se la sostuvo con firmeza mientras bajaba.

Desde allí tenía una vista extraordinaria de su cuerpo, se dijo Annie mientras observaba la manera en que sus viejos vaqueros se ajustaban a sus muslos y a su trasero como una segunda piel. También

podía ver cómo los músculos de su espalda se contraían y distendían, cubiertos de una fina y brillante película de sudor. Annie se sorprendió a sí misma preguntándose si a Ike le habría gustado que lo hubiera besado en ese momento, pero luego cerró rápidamente los ojos y desechó ese pensamiento.

Volvió a abrirlos cuando sintió que Ike ya estaba a su lado. Parecía un gigante comparado con ella. Se sentía atrapada por la mezcla de aromas que emanaba, y deseaba deslizar los labios por su cuello. De repente, se dijo que tenía que terminar con aquella absurda obsesión. Llevaba toda la semana teniendo sueños eróticos con él, y tenía que recordar que sólo era un hombre que la estaba ayudando, nada más.

-Annie, a no ser que estés pensando en besarme, no creo que sea una buena idea que continúes mirándome así.

-¿Así? ¿Cómo? -preguntó Annie suavemente, tras esa brusca llamada de atención.

-Pues como si te estuvieras preguntando qué sabor tendría acompañado de un poco de salsa worcester.

-No estaba pensando en eso -replicó ruborizada.

-¿Ah, no?

Annie negó con la cabeza y apretó con fuerza los labios para no revelarle que había estado pensando más bien en mantequilla de ajo que en la salsa worcester.

-Para nada -fue lo único que se atrevió a decir.

Ike asintió, pero de alguna manera, Annie sabía que no confiaba en su respuesta.

-Ya veo -musitó. Levantó una mano para sujetar un largo mechón de su cabello entre los dedos.

Después bajó lentamente la cabeza hasta que sus labios estuvieron a sólo unos centímetros de los de ella. Instintivamente, Annie se dispuso a recibir su beso.

-Me había parecido oírte decir algo de una limonada -dijo Ike mientras se erguía de nuevo, y sonrió con aire travieso-. Y de comida. Suena bien. Estoy... hambriento.

Negándose a cavilar sobre el doble significado que pudieran tener las últimas palabras de Ike, Annie arqueó una ceja y se volvió en silencio para acompañar a los otros hombres que ya se dirigían hacia la casa. Ike la siguió durante todo el camino y, como siempre sucedía en esas circunstancias, Annie pudo sentir el peso de su mirada recorriendo su cuerpo; tan intensa era que le causaba casi el mismo efecto que si estuviera tocándola.

Annie se fijó en la ancha camiseta y en el pantalón corto que llevaba. Ninguna de esas prendas era especialmente reveladora.

Entonces, ¿por qué se sentía como si estuviera desnuda?

-Sabes, esta semana me has invitado muchas veces a comer -le comentó Ike cuando entraban en la casa-. ¿Por qué no me dejas devolverte esta noche el favor?

-Estás bromeando, ¿verdad? -inquirió, volviéndose hacia él.

-Por supuesto que no -Ike parecía sinceramente sorprendido-. Te lo debo. Déjame invitarte a cenar.

-¿Que me lo debes? ¿No crees que soy yo la que te lo debe todo a ti? -sin darle oportunidad de con= testar, añadió-: Ni siquiera puedo reconocer mi casa después de todo lo que has hecho en ella. Ya no hay goteras en el sótano, la cisterna no suena como si fuera a explotar cada vez que alguien tira de la cadena, las misteriosas manchas que había en el techo de la sala han desaparecido y...

-Pero Annie...

-Has reparado las tablas del suelo, y por las noches ya no chirría como si fuera el salón de baile de unos fantasmas y...

-Annie...

-Y también has colocado los radiadores del salón, has arreglado el porche y el ventilador del techo, que nunca funcionaba. Incluso has conseguido poner en funcionamiento mi ordenador, que está tan anticuado que ni siquiera se encuentran ya repuestos.

-Pero, Annie...

-No me debes nada, Ike. Yo soy la que no voy a poder devolverte nunca todo lo que has hecho por mí.

-Claro que puedes devolvérmelo -dijo suavemente, sonriendo con desenfado.

-¿Cómo? -preguntó Annie con los ojos entrecerrados.

-Saliendo a cenar conmigo esta noche.

-Pero no me debes nada -repitió ella, preguntándose por qué se resistía tanto cuando en el fondo estaba deseando aceptar-. No tienes por qué invitarme. Ya has arreglando toda la casa.

Ike sacudió la cabeza.

-No lo he arreglado todo, Annie.

-Claro que sí, has...

-No lo he arreglado todo -repitió Ike-. Pero voy a seguir con ello.

Aquella declaración la dejó muy confusa, pero decidió no pensar en ello. Estaba demasiado nerviosa por la forma en que la miraba Ike, demasiado turbada por el modo en que sus ojos parecían penetrar en su alma.

-Lo único que te pido es que me des algún tiempo más -añadió Ike suavemente-, y que salgas a cenar conmigo esta noche.

-No creo que pueda...

Ike dio un paso hacia ella, le puso una mano en la mejilla y luego la deslizó por su cuello, donde podía sentir su pulso acelerado.

-Conozco un lugar maravilloso. Tranquilo, íntimo, y con una vista increíble. Tienen buena comida y una carta de vinos excelente. Te gustará, te lo prometo.

Cuando le acarició la nuca, la joven se estremeció de pies a cabeza.

-Bueno, no sé...

-Y conozco a su propietario -añadió-. Se asegurará de proporcionarnos todo lo que queramos.

-Mira, yo... -tragó saliva. Le estaba resultando imposible encontrar las palabras para negarse.

-Vamos, Annie. Tienes que salir de vez en cuando. Últimamente has estado trabajando mucho. A nadie va a importarle que salgas a divertirte esta noche.

Annie sabía que no era una buena idea. Sabía que sería el mayor de los errores ir con Ike a un sitio tranquilo, íntimo y agradable. La última vez que estuvo con él en un escenario similiar, la situación se le había ido de las manos. Y a punto estuvo de cometer un terrible error. Abrió la boca para contestarle con un inequívoco no, pero se oyó decir a sí misma:

-De acuerdo.

-Pasaré a buscarte a las ocho.

-¿No te parece un poco tarde? Para cenar, quiero decir...

-No, Annie -Ike sonrió enigmáticamente-, nunca es demasiado tarde.

Antes de que ella pudiera pedirle que le aclarara lo que había querido decir, Ike se volvió para reunirse en la cocina con sus compañeros de trabajo. Annie se quedó sola en el vestíbulo, preguntándose cómo había podido volver a caer en aquella trampa, cómo diablos iba a conseguir escapar y... qué ropa debería ponerse para cenar en un lugar semejante.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, los dos se encontraron en el lugar que Ike consideraba como uno de los más elegantes, cómodos y placenteros de la ciudad. Un lugar lujoso, voluptuoso y masculino, al que Ike Guthrie denominaba su casa. Antes de que pudiera acompañarla fuera del ascensor, Annie se volvió hacia él con expresión acusadora.

-Cuando me dijiste que subiéramos al ático, pensé que íbamos a un restaurante situado en lo alto del edificio, con una espectacular vista de la ciudad.

Ike se encogió de hombros, fingiendo no comprender el motivo de sus quejas.

-Aquí hay una vista increíble de la ciudad...

-Este es tu apartamento, ¿verdad? -lo interrumpió Annie con el ceño fruncido.

-Efectivamente -le confirmó Ike con una sonrisa y, poniéndole una mano en la espalda, la empujó delicadamente fuera del ascensor-. Bienvenida a mi casa, Annie. Aquí podrás encontrar la mejor comida de la ciudad.

-Debería haberme imaginado que me tenías preparado algo así.

-¿Algo como qué?

-Algo como tomarme de rehén -lo acusó entre dientes.

-¿Tomarte de rehén? Annie, no puedes estar hablando en serio. Yo jamás te haría algo semejante.

-Ya me he dado cuenta de que no puedo llamar al ascensor si no dispongo de la llave que te acabas de guardar en el bolsillo del pantalón.

-Puedes disponer de todo lo que quieras -repuso Ike abriendo los brazos y sonriendo con aire travieso.

-Gracias -repuso Annie, con una mueca-, pero esperaré hasta que estés tan borracho que te desmayes.

-Nunca bebo en exceso. Y el único lugar en el que pienso desmayarme esta noche es en tus brazos, y sólo porque sé que me agotarás con tus demandas pidiéndome más y más...

-Ike...

-Me estaba refiriendo al postre, por supuesto -le aclaró.

Annie lo miró frunciendo el ceño.

-De postre habrá tarta de queso. ¿Te acuerdas de lo buena que estaba la última vez que la saboreamos en el Cabo May?

-Si la memoria no me falla, yo no toqué el postre.

-Oh, claro que lo tocaste -la recordó-. Le diste algunos bocados, ¿te acuerdas? Los suficientes como para darte cuenta de que te estabas perdiendo algo extraordinario al dejártelo en el plato. Al menos, el trozo que yo comí era increíblemente sabroso -la tomó del codo de la misma forma que lo había hecho un mes antes en el Cabo May, cuando entraron en el restaurante a cenar-. Pero aquella noche yo tampoco pude terminármelo. Así que hoy, para asegurarme de que eso no vuelva a ocurrir, primero serviré el postre.

-Pues yo creo que esta noche tampoco lo voy a tocar -repuso Annie mientras entraba en su apartamento.

-¿No quieres estropear tu figura de niña?

Por primera vez desde que llegaron, Annie sonrió. No era una sonrisa de felicidad, según advirtió Ike, pero al menos parecía estar empezando a animarse.

-Exactamente -aseveró ella antes de sentarse en el sofá-. Por cierto, huele estupendamente -aspiró el aroma que le llegaba de la cocina-. Yo creía que odiabas cocinar.

-Ya te dije que aquí la comida era excelente -repuso Ike mientras tomaba una botella de vino blanco de una hielera de plata y le servía una copa.

-¿Y cuándo has tenido tiempo para preparar la comida?

-No la he preparado. Si hubiera cocinado yo, no me habría atrevido a invitar a nadie. Ni siquiera a mí mismo.

Levantó su copa para brindar, pero antes de que pudiera hacerlo se abrió la puerta del salón y entró un joven alto, delgado y de aspecto juvenil. Tenía el pelo largo, y lo llevaba recogido en una coleta. Iba completamente vestido de negro, a excepción de su chaqueta azul.

-Ya está todo dispuesto -dijo mientras se acercaba a la pareja-. Dentro de diez minutos se servirá la cena. ¿Esta es Annie? -cuando Ike asintió, el joven la saludó sonriente-. Hola, soy Raymond, el cocinero de Ike.

-Raymond está estudiando para llegar a convertirse en un buen chef -le explicó Ike a Annie-. Y últimamente ha estado experimentando con toda la familia. Esta noche me toca a mí.

-Mis medallones de cerdo están para morirse -comentó Raymond con una sonrisa-, pero Ike ha insistido en que esta noche preparara algo más ligero esta noche. Espero que te gusten los langostinos.

-Sí, desde luego -respondió Annie, sorprendida por la presencia del recién llegado-. Me encantan.

-Entonces vas a disfrutar de la cena -repuso Raymond con orgullo disimulado. Luego se volvió hacia Ike y le dio unas palmaditas en el hombro-. Los he preparado con poco ajo, como tú me dijiste.

-Gracias, Ray.

-De nada. Bueno, Annie, encantado de conocerte -sacó de un bolsillo una llave con la que llamó al ascensor y se despidió de ellos.

-¿Tiene llave de la casa? -preguntó Annie. Ike asintió.

-Cocina muchas veces para mí. Algún día será un famoso cocinero. Y, al igual que Malcolm, algún día podrás decir con orgullo que lo conoces.

-Bueno, ¿cuándo cenamos?

-¿Estás hambrienta? -preguntó Ike con tono sugerente.

-Ike...

-Antes quiero hacer un brindis.

Levantó su copa y aunque Annie no parecía tener muchas ganas de oír lo que Ike tuviera que decir, también alzó la suya.

-Por nosotros -dijo Ike suavemente-. Para que lleguemos a

conocernos.

-Yo pensaba que ya nos conocíamos -repuso Annie.

Ike sacudió la cabeza.

-No tan bien como llegaremos a conocernos.

-De acuerdo -comentó Annie. Bebió lentamente, cerrando los ojos mientras saboreaba el vino. Cuando volvió a abrirlos, tenía las pupilas dilatadas; luego añadió en un susurro-: Por nosotros.

Capítulo 7

Annie miraba fijamente la generosa ración de tarta de queso que Ike le había servido, preguntándose una vez más qué estaba haciendo sola con él en aquel apartamento. 0 mejor dicho, en su casa, se corrigió rápidamente. Porque aquel no era un apartamento alquilado; Ike era el propietario de aquel increíble lugar.

Annie jamás había visto una casa tan bonita. Ni siquiera su hermana Sophie, que tenía un gusto excelente, había sabido capturar en la casa que poseía en las afueras de la ciudad el aura de riqueza y refinamiento que tenía la de Ike. Eso la llevó a pensar en lo diferente que era Ike de Sophie, así como de Mark. Annie nunca habría podido sentirse cómoda viviendo en un lugar semejante. Ni siquiera podía imaginarse a un niño creciendo allí. Había demasiadas cosas que parecían decirle a gritos: «ino me toques!»

Pero se dijo que eso no tenía por qué sorprenderla. Ike era un hombre soltero que probablemente no pasaría demasiado tiempo en su casa. Ni siquiera parecía que tuviera intenciones de llegar a casarse.

Entonces, ¿qué creía Annie que estaba haciendo allí, compartiendo la misma mesa con él y sin saber cómo iba a terminar aquella noche? Suspiró y apartó su plato de postre.

-¿Por qué me has invitado a cenar esta noche? -le preguntó de repente.

Ike no le contestó hasta que terminó de servir las dos tazas de café.

-Yo pensaba que la razón era evidente.

Annie sacudió la cabeza.

-Lo siento, pero no lo es. Desde el día que te presentaste en mi casa, la semana pasada, me lo he preguntado un millón de veces y todavía no he conseguido imaginarme siquiera por qué has irrumpido en mi vida de esta forma, ni por qué te has puesto a arreglar mi casa. La verdad es que no le encuentro sentido a nada.

-¿No? -inquirió Ike, arqueando una ceja.

-No.

-Pues bien, he estado merodeando por tu casa durante toda esta semana porque necesitas ayuda y yo puedo brindártela -explicó-. Pero la razón por la que te he invitado a cenar esta noche es mucho más personal y mucho más egoísta -se interrumpió para dar un sorbo a su café y, después de dejar la taza en el plato, continuó-: Te he invitado a cenar esta noche porque quiero hacer el amor contigo.

Por alguna razón, aquella respuesta tan directa no la sorprendió. Quizá había sabido desde el primer momento lo que Ike deseaba; quizá incluso se lo esperaba. Y quizá fuera ese el motivo por el que lo había acompañado hasta allí. Desde aquella noche en el Cabo May,

Annie había intentado olvidar el comentario que Ike le había hecho acerca de que se alejaba de él porque tenía la sensación de estar traicionando a su marido.

Mark había muerto cinco años atrás. Y durante ese tiempo, más de un hombre le había dicho a Annie que quería conocerla mejor. Ella siempre se había dicho que no había mostrado ningún interés por nadie porque nadie le había parecido interesante. Pero de repente conoció a Ike, un hombre atractivo e inteligente. Un hombre que había levantado un próspero negocio y vivía rodeado de lujos; un hombre capaz de hacerla reír, de hacerla pensar. Un hombre muy interesante. Y, sin embargo, también se había alejado de él.

Y todo porque en un determinado instante había encendido dentro de ella la chispa de un fuego que ella había creído apagado tras la muerte de su marido. ¿Pero por qué le resultaba tan terrible sentirse viva otra vez? ¿Qué podía tener de malo un sentimiento tan agradable?

-¿Annie?

La voz de Ike la hizo volver a la realidad; entonces se dio cuenta de que todavía no había dado ninguna respuesta al deseo que Ike le había expresado tan abiertamente.

-Ya veo -dijo suavemente, y tomó su taza de café.

-¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Ya veo?

-¿Qué más quieres que diga?

-Oh, diablos, no lo sé. ¿Qué te parece algo así como: «de acuerdo, Ike, dime dónde está el dormitorio. Tengo algo debajo de este vestido que vas a encontrar muy intrigante»?

Annie esbozó una sonrisa nerviosa.

-¿Qué te parece si dejamos que las cosas -Annie sonrió nerviosa- vayan un poco más despacio? -le sugirió-. Quizá podamos empezar en el salón, admirando la hermosa vista que se ve desde allí, o algo parecido.

-0 algo parecido -repitió Ike con un tono inconfundiblemente sugerente.

Annie empujó su silla hacia atrás y se levantó antes de que Ike pudiera ayudarla. En ese momento no quería acercarse a él más de lo estrictamente necesario. Todavía estaba demasiado confundida por las preguntas que revoloteaban en su cerebro. La cercanía de Ike sólo servía para confundirla todavía más, así que se apresuró a dirigirse hacia los ventanales del salón contiguo al comedor.

-!Anda! ¡Tienes un telescopio! -exclamó al ver el aparato en una esquina.

-Te sorprendería lo educativo que puede llegar a ser un aparato

como ése.

Annie miró por el telescopio, y se quedó sorprendida al ver que estaba orientado hacia el ultimo apartamento de un edificio.

-No me digas que te dedicas a hacer lo mismo que Jimmy Stewart en La Ventana de Atrás.

-Te prometo, Annie, que sólo utilizo ese aparato para ver cuerpos celestiales.

-¡Qué vergüenza! -exclamó Annie, sacudiendo la cabeza con pesar-. Me alegro de vivir en la otra parte de la ciudad.

-Yo no.

-Mira, será mejor que no saquemos el tema de mi barrio de nuevo...

-Yo sólo quería...

-Olvídalo. Hablemos de otra cosa.

-De acuerdo, hablemos de ti.

-Qué pasa conmigo?

-Que no te has comido el postre -sonrió Ike-, por ejemplo.

-Tengo que conservar mi figura de niña, ¿es que ya no te acuerdas?

-¿Cómo voy a olvidarlo? No he dejado de pensar en otra cosa desde que te vi con ese vestido.

Annie nunca había pensado que el vestido negro de manga larga que llevaba fuera particularmente provocativo. Le llegaba justo por debajo de las rodillas y el escote no era pronunciado. Era un vestido elegante, pero no llamaba especialmente la atención.

-¿A qué te refieres? -le preguntó ella.

-Me refiero a que... -explicó Ike suavemente mientras se le acercaba-... tu vestido revela más de lo que oculta.

-Pero si cubre...

-Nada -la interrumpió-. Y realza absolutamente todo.

Ike continuó acercándose lentamente, y antes de que la joven pudiera escapar, la atrapó apoyando ambas manos en la pared a cada lado de su cabeza. Annie se estrechaba contra la pared todo lo que podía mientras que Ike, a su vez, se estrechaba contra ella deslizando un muslo entre sus piernas.

Ike podía sentir su cuerpo pegado al suyo; sus pequeños senos moviéndose contra su pecho, su vientre presionando contra el centro de su propia excitación. Pensó que si en ese momento cualquiera de los dos se movía, aunque sólo fuera un milímetro, ya no podría hacerse responsable de lo que sucediera después. Inclinando la cabeza hasta apoyar la frente en la de Annie, le dijo:

-No ha habido nadie después de tu marido, ¿verdad, Annie? Han pasado cinco años desde la última vez que estuviste con un hombre.

-Hum, eso depende de lo que signifique para ti «estar con un hombre» -susurró-. Si lo interpretas en un sentido literal, la verdad es que he estado con muchos hombres. Todos los días.

-Me refiero a estar con un hombre en la cama -repuso Ike-. ¿Te has acostado con algún hombre desde entonces? ¿Has estado con algún hombre en la cama, desnuda y excitada, estando él tan dentro de ti que resultaba imposible saber quién era quién, diciéndole que se hundiera todavía más, que fuera más rápido, que...?

Se interrumpió bruscamente al oír el extraño gemido que profirió Annie. Después la estrechó entre sus brazos y elevó ligeramente el muslo que había deslizado entre sus piernas; lo bajó y volvió a alzarlo. En respuesta, Annie comenzó a mover la pelvis siguiendo sus movimientos, como si no estuviera del todo satisfecha con aquellas caricias y quisiera más.

-Cinco años -repitió Ike, cuando estuvo seguro de que no le iba a fallar la voz-. No has estado con un hombre desde hace cinco años, ¿verdad, Annie?

-No -musitó ella.

-Entonces, creo que ya va siendo hora de que estés con alguno.

-Ike...

-Sssh...

Inclinó la cabeza para apoderarse de sus labios y la besó. Antes de deslizar la lengua en el cálido interior de su boca, le delineó con ella los labios. Luego bajó una mano hasta sus caderas y buscó con la otra el final del vestido, para dejar la suave piel de sus muslos al descubierto. Después deslizó los dedos por la pierna hasta alcanzar su ropa interior, apartó delicadamente la tela y dejó que su mano se aventurara en una exploración más íntima.

-Oh, Ike -gimió Annie-. No deberías...

-Pero voy a hacerlo de todas formas -hundió el rostro en la sedosa y fragante piel de su cuello y la mordisqueó con suavidad.

Annie le quitó la corbata y buscó los botones de su camisa. Fue desabrochándoselos uno a uno, hasta que la prenda quedó abierta. Y mientras ella enredaba los dedos en el vello rubio y rizado de su pecho, Ike se despojaba de la chaqueta y de la corbata dispuesto a hacer lo mismo con el vestido de Annie.

Después de bajarle la cremallera descubrió, como había imaginado, que no llevaba sostén, así que cuando le bajó lentamente el vestido por los hombros y los brazos, Annie apareció ante él excitada y medio desnuda a la luz de la luna. Se dijo que había cometido una estupidez al considerarla en un principio una mujer pequeña e insignificante. Sus senos redondeados, firmes y con delicados pezones de un tono

rosa pálido, se adaptaban perfectamente a las palmas de sus manos.

-¿Por qué me estás haciendo esto? -le preguntó ella.

-Porque me has estado volviendo loco desde que te vi por primera vez -respondió sincero-. Porque no puedo dormir por las noches, no puedo comer, no puedo concentrarme en nada. Me tienes atrapado. No puedo sacarte de mi cabeza, de mis pensamientos.

-Pero después de la noche, llegará la mañana. Y a la mañana siguiente, ¿qué sucederá, Ike?

Sacudió de nuevo la cabeza; en ese momento no podía pensar bien. En lo único en que podía pensar era en hacer el amor con Annie. Si ella lo rechazaba, suponía que podría soportarlo; probablemente no durante mucho tiempo, pero podría soportarlo. Sólo esperaba que ese rechazo no se produjera, y que fuera acertada su convicción de que Annie lo deseaba tanto como él a ella.

Como Ike no respondió, Annie asintió resignada. Durante un buen rato permanecieron mirándose en la penumbra, expectantes. Ella fue la primera en moverse; levantó una mano hacia el cinturón de Ike y lenta, metódicamente, se lo desabrochó.

-Annie -murmuró cuando ella ya le desabrochaba el botón de los pantalones. Pero se olvidó de lo que iba a decirle en el momento en que la besó de nuevo en los labios.

Lenta y cuidadosamente Annie le bajó la cremallera y deslizó la mano en el interior de su pantalón. Comprobó que estaba excitado, y se apresuró a retirar la mano como si la hubiera asustado ese descubrimiento. De inmediato Ike le rodeó la muñeca con sus fuertes dedos urgiéndola a que retomara su exploración. Con movimientos suaves, tentativos, Annie le acarició el sexo.

-Eso es -murmuró Ike con voz ronca-. Ya es suficiente.

-Pero si acabo de empezar... -protestó ella.

-No, lo siento. Hay que tomarse un minuto de descanso. Confía en mí -y la besó de nuevo en los labios para acallar sus objeciones.

Annie gimió de placer, relajándose, y él aprovechó ese momento de debilidad para levantarla en brazos.

-¿Qué estás haciendo? -le preguntó mientras apoyaba la cabeza en su hombro.

-Te llevo a la cama.

Esa no era una buena idea. La parte racional del cerebro de Annie lo sabía, por mucho que lo ignorara su otra parte emocional. Desafortunadamente, nunca había hecho demasiado caso a su razón; por eso se había metido en aquel lío con Ike. ¿Pero era verdaderamente un lío, o se trataba de algo más profundo?, se preguntaba. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que

experimentó por última vez un sentimiento tan fuerte e intenso por alguien que no fueran los niños? Cuánto tiempo había pasado desde que se permitió a sí misma disfrutar tanto de algo por última vez? Había pasado los cinco últimos años de su vida haciendo cosas por los demás y negándoselas a sí misma. ¿Por qué no debería permitirse una pequeña excitación, un pequeño placer, para variar? ¿Qué había de malo en ello?

Por un momento recordó algo que la impedía seguir adelante con aquello. Por un momento, en el mismo borde de la consciencia, casi se dio cuenta de la razón por la que debería decirle a Ike que no podía hacerle el amor. Fue entonces cuando él la depositó sobre la cama y deslizó los dedos entre sus muslos.

Después de aquello, Annie ya no pudo pensar en nada más; sólo podía sentir. Un denso y abrasador deseo la hacía arder como si fuera una cerilla. Experimentó la sensación de que le estallaba cada nervio de su cuerpo cuando Ike cerró los labios sobre uno de sus senos. De alguna forma se había despojado de su ropa, y en ese momento estaba tan desnudo como ella. Annie enredó los dedos en su pelo y le sostuvo la cabeza contra su seno, murmurando alternativamente que se detuviera y que no parara nunca.

Annie abrió los ojos el tiempo suficiente para apreciar la luz de la luna filtrándose por la ventana y bañando de plata los músculos de la espalda de Ike; bajó después la mirada hacia su trasero, descendió hasta sus muslos y cerró los ojos, gimiendo. No recordaba la última vez que había estado con un hombre desnudo. Y desde luego, jamás había estado con un hombre como Ike.

Cuando le soltó la cabeza, sintió que Ike le deslizaba lentamente los labios por el cuerpo, bajando hasta su vientre. Cuando los sintió en el ombligo la joven rió quedamente, pero todo vestigio de risa desapareció en cuanto Ike introdujo una mano entre sus muslos e inició una exploración mucho más íntima. Abrió la boca para decirle que se detuviera, que no siguiera adelante. Pero las palabras quedaron atrapadas en su garganta cuando sintió la lengua de Ike moviéndose contra ella con la suavidad del aleteo de una mariposa.

Annie jamás había experimentado un placer tan exquisito. Durante un largo rato, no fue capaz de hacer otra cosa que permanecer quieta en la cama, aferrada a las sábanas y moviendo de un lado a otro la cabeza. Pero cuando la presión de la boca de Ike se hizo más insistente y su exploración más profunda, ya no pudo soportarlo más. Conforme la atravesaban corrientes de placer cada vez más intensas, se iba dejando arrullar por unas sensaciones tan deliciosas como desconocidas para ella. De pronto, una explosión de gozo y deseo la

sacudió, haciéndola gritar maravillada por la intensidad de sus sentimientos.

-Oh -gimió, al sentir los labios de Ike de nuevo en su pecho-. Ike...

-Creo que como aperitivo ya hemos tenido bastante -susurró Ike con voz débil-. Ahora vamos a por el plato principal.

-Yo pensaba que íbamos a disfrutar del postre...

-Y lo haremos -le aseguró Ike suavemente-. Lo haremos, pero antes hay algo de lo que tengo que encargarme...

En el estado de aturdimiento en el que se encontraba, Annie no podía pensar en otra cosa que en satisfacer el deseo tan desesperado que anidaba en su interior.

-Mmm -musitó-. ¿De qué se trata? -preguntó con los ojos cerrados, ya que ni siquiera tenía fuerzas para abrirlos. De repente oyó el sonido de un plástico al romperse-. ¡Ah, eso! -exclamó la joven, agradeciendo en silencio que al menos uno de los dos hubiera tenido la precaución de utilizar un método anticonceptivo-. El sexo de los noventa -añadió, mientras se decía que en ese momento debería estar más preocupada por el peligro que corría su corazón que por el que corría su cuerpo.

-Sí, el sexo de los noventa -afirmó Ike-. Pero eso no quiere decir que tenga que ser menos placentero.

Annie estaba totalmente de acuerdo con él, pero no pudo decírselo porque se le quebró la voz en cuanto Ike enterró la cabeza entre sus senos, emprendiendo un nuevo ataque a sus sentidos. Después, ella misma se perdió en aquel torrente de sensaciones. Ike parecía rodearla e invadirla por completo, llenando todos los espacios que durante tanto tiempo habían permanecido vacíos y sin vida. Enredó los dedos en la melena de la joven y se puso sobre ella para colocarse entre sus muslos. Annie sintió la dureza y el calor de Ike atravesando todo su ser; se fundía en ella de tal manera que sus cuerpos se convertían en uno.

Fue entonces cuando Ike se hundió en Annie más profunda y completamente de lo que ella habría esperado nunca de un hombre. Y lo abrazó apasionada, dejándose arrastrar por aquellas insólitas sensaciones. La llama que Ike había encendido en su interior se transformó de pronto en una explosión de calor. Justo cuando estaba empezando a pensar que ya no iba a poder seguir soportando aquella dulce invasión, Ike se volvió de forma que quedó tumbado de espaldas y Annie sentada a horcajadas sobre él. Luego la agarró de las caderas con firmeza y volvió hundirse profundamente en su interior, haciéndola gritar de placer. En el momento del éxtasis Ike también gimió, se arqueó bajo ella y los dos terminaron jadeando al unísono, como si fueran un solo cuerpo.

El descenso fue lento. Todavía mareada de placer, Annie se tumbó al lado de Ike y delineó con el índice los músculos de su pecho, que subía y bajaba a un ritmo irregular. A su vez, él le tomó la mano y se la puso sobre su corazón, que latía acelerado.

-¿Lo sientes? -le preguntó-. Esto es lo que me has hecho. Mi corazón ya nunca volverá a ser el mismo.

-Bueno, me parece justo -sonrió Annie-. Yo tampoco volveré a ser la misma.

Ike se volvió y posó la mano sobre el corazón de Annie, sonriendo al descubrir que latía a un ritmo tan desigual como el suyo. Durante unos minutos permanecieron tumbados, en la misma postura. Fue Ike quien rompió el silencio para preguntarle:

-¿A qué hora tienes que volver a casa?

-A eso de las dos -contestó, intuyendo de inmediato la pregunta que seguiría a continuación.

-Quieres que lo hagamos otra vez?

-Sí -se apresuró a responder, echándose a reír-. Y otra más, y otra y...

Ike la acalló con un beso.

-Vamos a necesitar más de una noche para eso.

-Sí.

-Cientos y cientos de noches.

-Me parece bien.

-Deberíamos empezar mañana.

-Correcto.

-¿Annie?

-¿Sí?

-¿Siempre eres tan conformista?

-Sólo cuando consigo lo que quiero.

Ike sonrió.

-Entonces me aseguraré de que siempre lo con sigas.

-Eso espero.

-Afortunadamente para ambos, yo sé exactamente lo que quieres.

-¿Entonces por qué pierdes tanto tiempo hablando? -le preguntó Annie, atrayéndolo hacia sí.

Capítulo 8

Debía de estar soñando. Esa era la única explicación que se le ocurría a Annie para la situación en la que se encontraba. Hacía años que no presenciaba un partido de béisbol; no había vuelto a pisar un estadio desde la muerte de su marido y, desde luego, jamás se había sentado en un palco reservado detrás de la base del bateador.

Sin embargo, el ambiente le resultaba familiar; hacía calor, el cielo estaba increíblemente azul... Todo lo demás estaba como siempre. Los rugidos de la multitud, el olor a galletas saladas y a perritos calientes, el sol calentándole la espalda... Si cerraba los ojos, casi podía convencerse a sí misma de que los cinco últimos años no habían pasado y de que estaba disfrutando de un partido de sábado por la tarde en compañía de Mark.

Abrió los ojos. Los dos hombres que la acompañaban eran aficionados tan entusiastas como lo había sido Mark, y al igual que él, llevaban las imprescindibles gorras de béisbol de color granate y se atiborraban de perritos calientes. Mickey sorbía sonoramente una limonada aguada y Ike acompañaba la comida con una cerveza sin fuerza y casi caliente. Ambos llevaban gafas de sol, pero mientras que las de Ike eran un lujoso modelo de marca, las de Mickey eran de plástico azul con un dinosaurio dibujado en el puente.

Annie sonrió. En el fondo, nada había cambiado. Estaba disfrutando de un partido de béisbol un sábado por la tarde con el hombre al que amaba.

Le parecía increíble que apenas la noche anterior los dos se hubieran dejado arrastrar por un frenético deseo; tenía la sensación de que había transcurrido mucho más tiempo, en vez de solamente veinticuatro horas. Después de la desbordante pasión que los había unido, Ike la había llevado a su casa a las dos, pero se habían quedado en el porche hasta mucho más tarde. Ike se había tomado su tiempo para despedirse. Al día siguiente Annie se había despertado convencida de que el episodio de la noche anterior no había podido ser más que un sueño. Hacer el amor con Ike había sido algo demasiado perfecto, totalmente diferente de todo lo que había experimentado hasta entonces. Era imposible que hubiera sido algo real.

Pero a los pocos minutos había sonado el teléfono de la mesita de noche, y una voz somnolienta e inconfundiblemente cariñosa le había recordado con todo tipo de detalles los maravillosos sucesos de aquella noche. Fue entonces cuando se convenció de que no había sido un sueño; de que realmente había hecho el amor con Ike y de que se había enamorado de él.

¿Pero realmente el amor podía manifestarse tan rápidamente?, se preguntaba. ¿Sería amor lo que sentía por Ike? Quizá solamente se tratara de la reacción lógica a aquel despertar de su cuerpo, después de cinco años de inactividad, y estuviera confundiendo unas sensaciones puramente físicas con el amor. En cualquier caso, lo único que podía hacer era esperar y ver cómo se iban desarrollando los acontecimientos.

-cStrike? -gritó Ike, mirando enfadado al árbitro y sacando al mismo tiempo a Annie de su ensueño. Se levantó y Mickey lo imitó.

-¿Strike? -repitió el niño, en el mismo tono de indignación.

-¿Cómo va a ser un strike? -insistió Ike, sacudiendo el puño.

Mickey apretó su manita y la ondeó en el aire.

-Eso, ¿cómo va a ser un strike?

-Uno de estos días, este árbitro... -gruñó Ike, exasperado, y se sentó de nuevo.

-Uno de estos días... -repitió Mickey, sentándose a su vez.

Annie no pudo evitar soltar una carcajada. En cuanto entraron en el estadio, Mickey se había quedado boquiabierto por la impresión, y prácticamente no había cerrado la boca desde entonces, haciendo preguntas y observaciones sobre todo lo que veía. Había hecho comentarios sobre los hábitos higiénicos de la gente que estaba sentada más cerca de ellos, del vendedor de helados... incluso había llegado a preguntar por qué el cielo era azul y el campo verde. Y para asombro absoluto de Annie, Ike había contestado cada una de sus preguntas con la paciencia de un padre modelo.

En la séptima manga, Mickey anunció que quería ir al baño.

-Así podremos comprar más perritos calientes -comentó Ike-. ¿Qué te parece, Annie?

Annie se palmeó el estómago.

-No, gracias. Con tres ya he tenido suficiente. Pero os acompañaré para estirar las piernas.

Empezaron a caminar los tres. Mickey iba en medio de ellos y cuando la multitud amenazó con separarlos, Ike levantó al niño en brazos como si fuera el gesto más natural del mundo. Annie observó atentamente la reacción del niño. Al principio, puso las manos en los hombros de Ike y lo empujó con firmeza. Cuando Ike lo miró con curiosidad, Mickey pareció tranquilizarse y lo observó a su vez durante un buen rato. Ambos llevaban puestas las gafas de sol de modo que Annie no pudo calibrar sus reacciones con precisión, pero comprendió que la tensión del niño iba en aumento. Sabía que a Mickey no le gustaba que la gente se acercara tanto a él, sobre todo la gente a la que no conocía, pero parecía tolerar a Ike mejor que a la

mayoría.

Lentamente la angustia de Mickey fue desapareciendo y, después de un momento de recelo, se relajó y dejó que Ike lo cargara sobre los hombros sin resistirse. Annie se dijo que Ike no podía apreciar el significado de aquella aparente fácil capitulación de Mickey, pero ella estaba realmente impresionada. Al parecer, no era la única que había sucumbido a la atracción de Ike Guthrie.

-Voy a adelantarme para ir haciendo cola en el puesto de los perritos -les comentó Annie, y se separaron.

Cuando vol-vieron a reunirse la joven observó que Mickey iba andando; Ike lo seguía unos pasos detrás de él, dejándole todo el espacio que necesitaba. Parecía haberse dado cuenta de que lo había puesto en una situación incómoda al llevarlo sobre sus hombros, y pretendiera remediarlo caminando tras él a una respetuosa distancia. Annie se dijo que Ike era mucho más observador de lo que había pensado en un principio. De todas formas, no debía de extrañarse tanto de que hubiera advertido las aprensiones de Mickey cuando a ella prácticamente le había leído el pensamiento desde la noche que pasaron juntos en el Cabo May.

Cuando volvieron al palco, Mickey se les adelantó para observar el juego de cerca y poder imprecar al árbitro. Ike se sentó al lado de Annie, en el asiento que anteriormente ocupaba Mickey y, para deleite de la chica, le pasó un brazo por los hombros.

-¿Te estás divirtiendo? -le preguntó.

-Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien -respondió Annie, asintiendo-. Demasiado tiempo, quizá.

-Sé lo que quieres decir. A veces estamos tan atrapados por las cosas que nos parecen importantes, que nos olvidamos de las que realmente lo son -se interrumpió durante unos segundos y añadió-: Siento lo sucedido.

-tA qué te refieres? -le preguntó Annie, sorprendida.

-Al rato que le he hecho pasar a Mickey levantándole en brazos. Lo hice sin pensar; no se me ocurrió que podría asustarlo que alguien tan grande como yo lo levantara sin previa advertencia. Me sorprende que no haya terminado montando una rabieta.

Annie apoyó la cabeza en el hombro de Ike.

-No te culpes por ello. Al final no ha pasado nada. De hecho, a Mickey le gustas mucho.

-Háblame de él.

-¿De Mickey? -le preguntó Annie, extrañada.

-Sí. Me comentaste que había sufrido malos tratos de sus padres.

-Hicieron mucho más que maltratarlo. Le pegaban de forma brutal.

Mickey sólo tenía cinco años cuando se vino a vivir con nosotros, pero ya le habían roto algún hueso más de una vez.

-Creo que no quiero saber más detalles.

-No me sorprende.

-Pero sí me gustaría saber más cosas sobre él.

-¿Por qué?

-No lo sé. Simplemente porque Mickey es un niño que me gusta. Es un buen chico. Me sorprende que sea como es después de las duras experiencias que ha sufrido.

-Sí, supongo que tiene un buen carácter. Pero también lo han ayudado mucho los dos terapeutas que han trabajado con él. Además, nos ha tenido a mí y al resto de los empleados y los niños de Homestead cuidándolo de cerca.

-¿Ha necesitado un par de terapeutas?

-Hace falta mucha ayuda profesional y mucho tiempo para llegar a anular los efectos de ese tipo de malos tratos. Esa es la razón por la que siempre andamos con problemas de dinero.

Ike asintió, pero Annie no sabía si realmente la comprendía.

-Y para colmo -dijo Ike al cabo de unos segundos de silencio-, yo no he hecho otra cosa que asustar a Mickey desde el día que lo conocí.

-Pero Ike... -repuso Annie, tomándolo de la barbilla-. ¿Es que no te has dado cuenta de lo que ha pasado esta tarde, cuando lo has levantado en brazos?

-¿Aparte de heberlo asustado? No.

Annie sacudió la cabeza y sonrió.

-Al principio estaba asustado, es verdad, pero al final se ha dado cuenta de que lo habías hecho porque estabas realmente preocupado por él y no porque quisieras hacerle daño. Ha sido todo un logro para Mickey, y tú lo has ayudado a llevarlo a cabo. Has hecho algo estupendo, Ike.

-¿De verdad? -inquirió él, tomándole la mano.

-De verdad. Pero tengo que admitir que al principio yo misma me sorprendí de que no se rebelara cuando lo levantaste.

-¿Sólo al principio?

-Después me di cuenta de que Mickey tiene de ti la misma opinión que yo.

-¿Y cuál es esa opinión, Annie?

-Que eres un buen tipo, Ike. Y creo que Mickey lo sabe instintivamente.

-¿De verdad piensas eso?

-Estoy segura.

-Pero no siempre has pensado lo mismo. En el Cabo May, por

ejemplo...

-En el Cabo May no te conocía.

-¿Y ahora me conoces?

Annie abrió la boca para contestar que después de lo que había pasado la noche anterior, por fuerza tenía que ser así. Pero la cerró al sentir una punzada de inseguridad. Que hubiera hecho el amor con Ike no significaba que lo conociera bien, se recordó a sí misma. En realidad, sólo lo conocía desde hacía unas cuantas semanas, y ya se había equivocado a juzgar a la gente en otras ocasiones.

-Por supuesto que te conozco -contestó, a pesar de todo.

-Me alegro de que me lo digas, porque ya estaba empezando a .preguntarme si siempre ibas a estar quejándote de mí.

Antes de que la joven pudiera contestar, la acercó hacia sí y le dio un beso.

-Cuándo podré verte otra vez? -le preguntó.

-Ya me estás viendo ahora -contestó la joven, riendo nerviosa.

-Ya sabes lo que quiero decir -apoyó la frente en la de ella-. ¿Cuándo podremos volver a hacer el amor?

-Ike, yo...

-¿Qué te parece esta noche?

Annie gimió. No había nada en el mundo que le apeteciera más, pero no estaba segura de que fuera una buena idea. Los sentimientos que Ike había despertado en ella eran tan diferentes de los que había experimentado hasta entonces, que necesitaba tiempo para acostumbrarse. Había pasado mucho tiempo sola, preocupándose únicamente de los niños, y de pronto aparecía Ike pidiéndole que abriera de par en par una parte de sí misma que había mantenido cerrada durante años. Necesitaba tiempo para pensar en todo lo ocurrido.

-No puedo -respondió no muy convencida.

-¿Por qué?

-Porque... -suspiró y decidió decirle la verdad-. Porque estoy asustada.

-¿Asustada? ¿Todavía estás asustada? ¿Pero por qué?

-Por lo que me has hecho -musitó-. Hace mucho tiempo que no me sentía así. Bueno, quiza nunca me haya sentido así. Lo siento, pero no puedo meterme en una aventura sin pensar en nada más.

-¿Es eso lo que piensas de lo nuestro? ¿Que es una aventura?

-No sé lo que es -respondió sinceramente-. Ese es el problema. No puedo precipitarme hasta que no esté segura de...

-¿De qué?

Annie se encogió de hombros. Ni siquiera ella sabía exactamente lo

que quería decir.

-Lo único que quiero es que las cosas vayan lentamente, ¿de acuerdo?

Ike asintió, pero Annie era consciente de que no le había gustado su respuesta. Cuando él abrió la boca quizá para pedirle que le explicara sus temores, apareció Mickey con una pelota de béisbol autografiada.

-¡Mirad lo que me ha dado el árbitro! -les mostró triunfante.

-¡Guau! -exclamó Ike, impresionado-. Es verdaderamente maravilloso. Hay poca gente que tenga una pelota de béisbol autografiada por todo un equipo.

-Sí, me la ha dado el árbitro y después me ha dicho que fuera a enseñársela a mi padre... -frunció el ceño-. Pero como... hum... no tengo... -suspiró y se quedó mirándo a Ike. Al cabo de unos segundos, le entregó la pelota arqueando las cejas y mordiéndose el labio-. Ike, no te importará que te la enseñe a ti, ¿verdad?

-Claro que no. Es estupenda -Ike retiró el brazo de los hombros de Annie como si fuera a abrazar al niño, pero luego pareció pensárselo mejor y lo apoyó en la rodilla.

Mickey volvió la cabeza para mirar al árbitro, y después se volvió hacia Ike con expresión ansiosa.

-No creerás que me la ha dado para librarse de mí, ¿verdad?

-Qué va -le aseguró Ike inmediatamente-. ¿A quién se le ocurriría hacer una cosa así? Eres uno de los mejores conversadores que conozco.

Mickey asintió; parecía más tranquilo.

-¿Ike?

-¿Sí, Mickey?

-¿Qué es un con... un conver...? -suspiró exasperado-. ¿Qué es eso que has dicho?

Ike le quitó la gorra y despeinó cariñosamente la cabeza.

-Que eres mi amigo -le dijo al niño.

-¿Sí?

-Sí.

Ike ni siquiera se acordaba de la última vez que había estado en una juguetería, y tampoco estaba muy seguro del motivo que le había llevado hasta aquella. Lo único que sabía era que Annie y Mickey habían subido a su coche, y que al poco tiempo habían entrado en una de las mayores jugueterías de la ciudad.

En ese momento Ike estaba escondido detrás de un muñeco enorme, introduciendo un dardo de plástico en su rifle láser y esperando a que su mayor enemigo, llamado Mickey, se rindiera. Al

mismo tiempo se dedicaba a analizar todas las probabilidades que tenía de asaltar la fortaleza de Mickey, una versión a escala del palacio de Cenicienta, situado al otro extremo de la sala.

-Mickey no puede estar tanto tiempo esperando al acecho -le susurró Annie a su espalda-. Es demasiado pequeño y se cansará.

-Chss -la ordenó Ike-. Funcionará. Me ha dicho que adora las aventuras de White Ranger.

-Yo me voy de aquí -repuso Annie, sacudiendo la cabeza-. Los chicos sois imposibles. Estaré en la sección de Barbies, recordando mi propia infancia. ¿Sabes que ahora tiene un Ferrari? Esa muñeca tiene de todo...

Ike apenas advirtió la marcha de Annie. Moviéndose sigilosamente en cuclillas, se dirigió hacia unas cajas cerradas en las que se exhibían numerosos animales. Se quedó sorprendido al descubrir un búho idéntico a otro que le había regalado su tía Margie el día de su quinto cumpleaños, y que su madre no le dejó abrir hasta que cumplió ocho años. Estaba tan absorto preguntándose si su madre todavía lo tendría escondido y guardado en algún sitio, que no oyó los pasos de su enemigo hasta que ya fue demasiado tarde.

-Arriba las manos -le ordenó el niño.

Enfadado consigo mismo por no haber tenido más cuidado, Ike levantó las manos lentamente, pero sin soltar su fusil.

-Vamos, Mickey. Seamos razonables.

-Levántate, Guthrie -le dijo el niño-. No tienes forma de escapar.

-¿Ah no? -rápidamente bajó el rifle y disparó el dardo, que le dio a Mickey en la rodilla.

-¡Ayyy! -gritó el niño con expresión agonizante, derrumbándose en el suelo.

Pero antes de que Ike tuviera oportunidad de ponerse a salvo, el niño rodó por el suelo y apretó el gatillo de su metralleta. De pronto, Ike sintió el impacto de cientos de bolitas de gomaespuma y cayó también al suelo.

-Augh -gritó-. Me has dado... Lo veo todo negro.

Mickey se levantó y fue cojeando hasta donde estaba Ike. Sin dejar de apuntarlo con su arma, le dijo:

-La cárcel es demasiado buena para ti, sucia rata. Mataste a mi hermano -luego se interrumpió, levantando la metralleta, y le preguntó con una sonrisa-: ¿Lo he hecho bien, Ike? ¿Era eso lo que tenía que decir?

-Bueno, lo de sucia rata y lo de la muerte del hermano me correspondía a mí, pero has estado magnífico -le contestó sonriente.

-¿De verdad? -inquirió Mickey esbozando una sonrisa de oreja a

oreja.

Ike asintió. De pronto, apuntó al niño con el rifle y exclamó:

-¡Ríndete!

Mickey se quedó sin habla. -Pero... ¡eso no es justo!

-Ahora eres mío -repuso Ike-. Sucia rata... ¡Tú mataste a mi hermano! -y tras pronunciar esas palabras, apretó el gatillo. Desgraciadamente, ya no le quedaban municiones.

Mickey sonrió entusiasmado y le apuntó de nuevo con su metralleta.

-¡Eh, vosotros dos! Ya es suficiente.

Annie se interpuso entre ellos y los desarmó, recibiendo a cambio todo tipo de quejas por haberles hecho entregar las armas sin ningún tipo de acuerdo previo.

-¿Cómo es posible que a estas alturas se sigan fabricando estos juguetes? -exclamó mirando las armas de plástico con disgusto.

-Es mejor que los niños jueguen con pistolas de plástico y se aburran cuanto antes de esos juegos a que decidan utilizar armas de verdad cuando se conviertan en adultos -repuso Ike, mientras se sacudía las bolitas de gomaespuma de la camisa.

-¿No sería mejor no utilizar nunca las armas, tanto las de mentira como las de verdad?

Ike se encogió de hombros.

-Es la naturaleza humana, el aspecto animal de los hombres.

-En eso del aspecto animal estoy de acuerdo.

Ike se volvió hacia Mickey.

-¿Has oído eso? Nos está llamando animales.

Mickey arqueó las cejas sorprendido.

-Así que no vamos a desilusionarla, ¿de acuerdo? -Ike se levantó del suelo, se agachó y empezó a caminar imitando los movimientos y los gruñidos de un chimpancé.

Mickey soltó una carcajada y se unió inmediatamente al juego. Annie sacudió la cabeza, desesperada. Cuando pasaron delante de ella por tercera vez pidiéndole plátanos, les comentó suspirando:

-Cuando estéis dispuestos a volver a casa, venid a buscarme. Os espero en el coche.

Capítulo 9

-No, no podemos hacer eso. Aquí no.

Ike miró a su socio deseando que el pánico que amenazaba con quebrarle la voz no fuera tan evidente. Desgraciadamente, Chase Buchanan lo miraba como si acabaran de salirle dos cabezas, de modo que se imaginaba que había advertido su temor.

-¿Qué significa eso de que no podemos hacerlo? -preguntó Chase. Señaló con el dedo una zona del mapa de Filadelfia que habían coloreado de amarillo-. Este barrio está listo para ser arrasado. Es una zona infestada de bichos y debería haber sido incendiada hace una década. Pronto habrá un parque público rodeado de casas a precios asequibles para los residentes que tengan que ser desplazados. Hemos conseguido todos los documentos oficiales que necesitábamos. Ya no hay nada que nos impida seguir adelante con el proyecto.

Nada, excepto el hecho de que iban a tener que desahuciar a toda la gente del barrio, pensó Ike, aunque al cabo de un tiempo pudieran hacerse con casas más modernas. Por supuesto, ya había ocurrido lo mismo cerca de media docena de veces, se recordó Ike, gracias a él y al contrato para embellecer la ciudad que había conseguido Chase. Pero antes nunca le había importado el hecho de que la gente tuviera que marcharse a la fuerza de sus viviendas.

Hasta entonces siempre había considerado que el precio que se les había pagado por sus casas a los vecinos desahuciados era más que suficiente; además, en el peor de los casos, siempre habían podido trasladarse a un barrio tan deprimente como el que habían habitado hasta ese momento. La mayor parte de los vecinos, sin embargo, terminaban consiguiendo una residencia mucho mejor que la que habían abandonado.

Pero Ike no se había preocupado nunca de aquellas personas porque entonces no conocía a Annie Malone ni a sus niños.

La zona que Chase había coloreado de amarillo en el mapa era precisamente su barrio, y en ese momento tenía apoyado el dedo justo en la calle en la que se encontraba Homestead House. Si dejaba que las cosas siguieran su curso, al final del verano la casa de Annie terminaría convertida en un montón de escombros. Y Annie y los niños estarían... ¿Dónde?, se preguntó Ike.

El problema se complicaba todavía más porque Ike y Chase eran famosos por la velocidad con la que llevaban a cabo sus trabajos. En cuestión de meses, convertían un viejo barrio en un centro comercial o en viviendas públicas. Y con todo el papeleo y la burocracia que implicaba la labor de Annie, la joven iba a necesitar mucho más tiempo para resucitar Homestead House. Eso si tenía alguna

posibilidad de resucitarla.

Lo más probable era que Annie se quedara sin casa, sin niños y sin ningún medio de recuperarlos.

-No podemos hacer eso -repitió.

-¿Por qué no?

-Simplemente porque no podemos. Si decidimos utilizar esa zona, habrá que echar a la gente de sus casas.

-Ike,1o que dices no tiene ningún sentido. Cada vez que hemos renovado una zona, la gente ha tenido que marcharse de sus casas. Y la mayor parte de las veces se han alegrado de poder hacerlo. Casi siempre nos reciben con los brazos abiertos.

-La mayoría, pero también nos hemos encontrado con gente que se resistía.

-Pero aun así todos han conseguido viviendas mejores -le recordó Chase-. ¿Hemos recibido alguna vez una carta de queja porque alguien ha llegado a encontrarse en una situación peor de la que estaba?

-No.

-¿Hay algún punto del contrato que implique que alguien pueda salir perjudicado?

-No.

-¿Podemos entonces seguir haciendo este trabajo?

-No. Por lo menos en este barrio en particular. En ese barrio hay niños, Chase, muchos de los cuales no tienen hogar.

-Te refieres a Homestead House.

-¿La conoces?

-Sí, pero no importa. El ayuntamiento la va a cerrar de todas maneras.

Era la primera vez que Ike oía aquella información. Estaba seguro de que Annie no lo sabía, pues en caso contrario se lo habría dicho.

-¿Pero por qué?

-Porque la casa no está en muy buenas condiciones y el barrio no es el mismo que hace diez años, cuando se abrió la casa. El ayuntamiento lleva algún tiempo pensando en cerrarla, pero no lo ha hecho porque hay asuntos que tenían preferencia. Este proyecto sólo va a precipitar las cosas. Esos niños habrían tenido que cambiarse de casa de todas formas, y probablemente terminen en un lugar mejor.

-No cuentes con eso.

-¿Qué?

-Nada.

Magnífico. Annie estaba a punto de perder todo aquello por lo que había luchado durante diez años e Ike iba a contribuir a acelerar ese proceso. Y esa misma noche ella había estado en sus brazos,

mirándolo como si él fuera la respuesta a todas sus súplicas.

-¿Con quién puedo hablar para paralizar ese proceso durante algún tiempo? -le preguntó a Chase.

-Con nadie. Ya te he dicho que el proyecto va a seguir adelante. La zona ha sido declarada en estado de ruina, y el ayuntamiento ya ha remitido las cartas a todos los residentes. Mañana las recibirán.

Ike apretó los puños con fuerza.

-¿Y por qué yo no he sido informado?

-Claro que has sido informado. Hace un mes estuviste totalmente de acuerdo con la memoria que habíamos hecho sobre el proyecto, y tú también firmaste la carta que le enviamos al ayuntamiento.

-¿De verdad?

-Claro que sí. Y de pronto, decidiste tomarte más de una semana de vacaciones y no llamaste a la oficina ni una sola vez.

-¿No?

-No -Chase lo miró pensativo-. Francamente,

estaba empezando a preocuparme. Últimamente te has estado comportando de una forma muy extraña -sonrió-. Ahora que lo pienso, empecé a encontrarte raro cuando volviste del Cabo May. ¿Sabes? Sylvie siempre dice que cuando la mujer adecuada entra en la vida de un hombre, siempre pierde la razón durante algún tiempo. ¿Es eso lo que te ha pasado, y ahora por fin has vuelto a recuperar el sentido común?

Ike apoyó la cabeza en las manos y suspiró pesadamente. No había nada en el mundo que pudiera estropearle todavía más el día.

-Sí, creo que ya he recuperado el sentido común. Y ahora mismo me está diciendo que tengo un enorme problema. De hecho...

En ese momento sonó el intercomunicador.

-Señor Guthrie, señor Buchanan, creo que deberían venir ahora mismo.

Chase e Ike intercambiaron una mirada de sorpresa y se dirigieron hacia la puerta. Al otro lado, los empleados miraron nerviosos a sus jefes y después hacia los ascensores, una zona que Ike todavía no podía ver desde el lugar en el que se encontraba. El rumor de la conversación cesó en el círculo de empleados. Había un montón de periodistas, cegándolos con los focos de sus cámaras y los flashes de sus cámaras fotográficas.

Ike empezaba a tener la sensación de estar soñando. Consciente de que no le iba a gustar lo que iba a ver, se dirigió hacia la oficina de recepción seguido inmediatamente por Chase. Cuando al fin vio lo que vio, cerró los ojos con fuerza y comprendió que aquello era lo único que podía estropearle todavía más el día: Annie Malone se había

encadenado a la puerta principal de su oficina después de haber convocado a los medios de comunicación.

En ese momento estaba relatando el historial de Homestead House a los periodistas, de forma bastante vehemente. Ike estaba seguro de que a aquella narración le seguiría una condena todavía más apasionada de Buchanan-Guthrie Diseños, la gran corporación que iba a dejar sin hogar a los niños de aquel barrio de Filadelfia.

Al verla, Ike pensó que era muy buena; una auténtica profesional. Parecía una joven dulce, inocente, virginal... a punto de convertirse en víctima de hombres de negocios y políticos sin escrúpulos. Tenía el rostro y la voz de un ángel. El mismo Ike iba a parecer un verdadero demonio cuando se enfrentara a ella.

-¿Qué diablos...? -empezó a decir Chase.

-Será mejor que dejes esto en mis manos -le dijo Ike. Posó una mano en el hombro de su secretaria y la hizo volverse hacia el escritorio-. Llama a mantenimiento y entérate de si alguien tiene unas tenazas.

En el momento en que se acercaba hacia el centro de la escena, los periodistas se volvieron hacia él. Había un representante de todas las emisoras locales y por lo menos una cadena de televisión. Annie debía de haberlos llamado aquella misma mañana, en cuanto hubo recibido la carta del ayuntamiento.

«No pierdas la calma», se dijo Ike cuando los periodistas empezaron a bombardearlo a preguntas. «Ignóralos, no te muestres como un energúmeno. Eso es precisamente lo que quieren». En cuanto a Annie, Ike se negaba a elevarla a la categoría de mártir, especialmente cuando él iba a ser considerado uno de los responsables de su crucifixión. De modo que procuraría parecer lo menos inofensivo posible.

-Annie -le dijo cuando llegó a su lado-. ¿Qué crees que estás...? .

Pero cuando Annie lo miró, se quedó sin habla; jamás lo había mirado con tanta frialdad.

-Canalla -le insultó sin alzar la voz, para que sólo él pudiera oírla-. Mentiroso, manipulador, cerdo...

Justo en ese momento, los periodistas interpusieron los micrófonos entre ellos.

-Señor Guthrie, ¿no es usted uno de los responsables del deshaucio de miles de residentes de Filadelfia?

-Señora Malone, ¿le preocupa que digan que es una militante subversiva?

-Señor Guthrie, ¿es cierto que odia a los niños?

-Señora Malone, ¿es usted la misma mujer cuyo marido murió hace

cinco años intentando salvar la vida de uno de sus niños?

Tanto Annie como Ike fulminaron a los periodistas con sus respectivas miradas.

-¿Es que no tienen nada más importante que hacer? -les preguntó Ike-. Dios mío, ¿es que no están sucediendo suficientes acontecimientos verdaderamente preocupantes? Seguro que ha estallado en algún lugar una guerra que es mucho más importante que el pequeño drama que la señora Malone está interpretando para ustedes...

-¿Pequeño drama? -siseó Annie, indignada-. Bueno, supongo que es un comentario muy propio de la mentalidad empresarial norteamericana, ¿verdad?

Ike se volvió de nuevo hacia Annie.

-¿Y qué es lo que entiendes tú por mentalidad empresarial norteamericana?

-Ganar dinero rápidamente y sin escrúpulos.

-Ya veo.

-Lo único que eres capaz de ver es el símbolo del dólar.

-Lo que yo veo es la posibilidad de convertir un barrio peligroso en una zona con muchas más posibilidades.

-Más posibilidades para hacer negocios, querrás decir.

-Más posibilidades para todos los habitantes de Filadelfia.

-No pensarás que soy tan ingenua como para creerme que...

-Lo que yo pienso -la interrumpió Ike, que estaba ya al límite de su paciencia-, es que lo mejor que puedes hacer es dejar de comportarte como una niña y empezar a actuar como una mujer -aquello ya había durado suficiente, y él sabía exactamente cómo acabar con la situación-. Y sé que puedes hacerlo, porque ayer por la noche te comportaste conmigo como una verdadera mujer.

Ike no estaba en absoluto preparado para la sonora bofetada que Annie le propinó de repente. Los periodistas enmudecieron, pero no tardaron en reaccionar.

-¿Ayer por la noche? -corearon todos a una.

-Señora Malone -preguntó uno de los periodistas, acercándole el micrófono-. ¿Mantiene con el señor Guthrie algún tipo de relación sentimental?

-Yo no diría que es una relación sentimental -dijo con voz sorprendentemente tranquila-. Tanto él como su empresa tendrán suerte si no los denuncio.

-¿Qué? -gritó Ike-. ¿De qué demonios estás hablando?

En ese momento sintió que alguien le ponía la mano en el hombro y al volverse se encontró con Chase, que lo miraba fijamente.

-Creo que será mejor que dejes esto en mis manos -le sugirió su socio.

Ike asintió, pero antes de alejarse dijo en voz alta y clara:

-A propósito, Chase, ésta es Annie Malone, la mujer que me compró en la subasta benéfica, con quien pasé un fin de semana en el Cabo May, y que me ha hecho perder el sentido. Annie, este es Chase, mi socio. Creo que os vais a llevar muy bien; los dos pensáis que soy un auténtico zopenco -empezó a caminar, pero antes de alejarse se volvió para decirle a Chase-: Encárgate de decirles a los de seguridad que quiero verla antes de que se la lleven a la comisaría de policía.

-¿A la comisaría de policía? -preguntó Annie, asustada.

-Sí, cariño -contestó Ike mirándola a los ojos. Has allanado mi oficina, me has calumniado, me has amenazado y, por último, me has abofeteado. No sé que tipo de educación has recibido, pero por lo que yo sé, nada de lo que has hecho puede ser considerado correcto. Incluso podríamos decir que es ilegal.

Y sin más, se alejó de ella para dirigirse a su despacho. Con un poco de suerte, se dijo, al cabo de diez minutos ya se le habría ocurrido lo que tenía que hacer.

Annie no podía recordar ningún momento de su vida en el que hubiera estado más furiosa. Le parecía increíble que sólo hubieran pasado unas horas desde que se despertó en una casa llena de sol y de niños, sintiéndose como si su vida fuera un lecho de rosas. Después de estar bromeando con sus voluntarios, Nancy y Jamal, había hecho la habitual lista de compras y había salido a recoger la correspondencia.

Lo primero que le llamó la atención fue el sobre del ayuntamiento; al abrirlo, se le hizo trizas el corazón. Si ya había sido suficientemente malo descubrir que estaba a punto de perder Homestead House, la revelación de que Ike era uno de los responsables de que tuvieran que marcharse de allí había sido devastadora.

En ese momento Annie se encontraba en el despacho de Ike, agarrada con fuerza de los brazos por dos guardias de seguridad. Ike se hallaba sentado detrás de su enorme escritorio, en mangas de camisa, los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza entre las manos. No podía verle la cara, pero por su postura, Annie suponía que estaba cansado. Algo de lo cual se alegraba.

Como si acabara de leerle el pensamiento, Ike levantó la cabeza y frunció el ceño al ver a los guardias de seguridad sujetando a Annie.

-Soltadla -los ordenó-. No es una asesina, por el amor de Dios.

Los dos hombres se miraron por encima de la cabeza de Annie y después miraron a Ike, como si dudaran de la conveniencia de su orden.

Soltadla -repitió, levantándose-. Ahora mismo.

Los dos hombres liberaron a la vez a Annie.

-Y ahora marchaos.

-Pero señor Guthrie... -protestó uno de los guardias.

-Fuera.

Los dos hombres volvieron a mirarse y sacudieron la cabeza como pensando que su jefe se había vuelto loco. Ike los observó atentamente hasta que salieron cerrando la puerta tras de sí; luego musitó algo acerca de que tendría que cambiar la compañía de seguridad de la empresa y por último miró a Annie.

-Lo siento, Annie -dijo suavemente. Se metió las manos en los bolsillos y caminó lentamente hacia ella-. ¿Te han hecho daño?

-¿Esos dos estúpidos? -exclamó Annie, frunciendo el ceño-. No, ellos no me han hecho daño. ¿Quieres saber algo más antes de que llames a los Camisas Negras para que vengan a detenerme, pedazo de traidor?

Ike suspiró. Annie se dijo que nunca lo había visto tan cansado.

-Sí, un par de cosas.

-Dispara entonces.

-En primer lugar, quiero que sepas algo. No tenía ni idea de que tu barrio era uno de los que iba a ser...

-¿Arrasado?

-Renovado -la corrigió él.

-No me mientas más, Ike. Creo que ya me has dicho suficientes mentiras.

-Jamás te he mentido, Annie.

Annie lo miró con gesto burlón.

-Todo tú eres una mentira.

-Annie...

-De pronto todo ha cobrado sentido. Ahora entiendo las razones por las que me decías constantemente que me llevara a los niños a otra casa, o por qué me dabas la lata de continuo, diciéndome que la casa era peligrosa para los críos. Por eso apareciste de pronto y empezaste a...

-tA ayudarte a reparar la casa? -terminó Ike por ella-. Sí, claro que tiene sentido, ¿verdad? Estuve sudando como un burro, reconstruyendo prácticamente tu casa, con la idea de derribarla después.

Annie lo miró con el ceño fruncido.

-Piensa en ello, Annie.

-¿No te das cuenta de que ya lo he hecho? Durante toda la mañana he estado intentando imaginarme cómo has podido hacerme algo así -

Annie dio unos pasos hacia delante y se derrumbó en un sofá. Alzó los ojos al cielo y suspiró-. Habría apostado mi vida a que estabas sinceramente preocupado por nosotros… por todos nosotros.

-Me importas mucho, Annie, yo…

-Y luego está Mickey -continuó ella, ignorando sus palabras-. De acuerdo, aunque me duela admitirlo, puedo entender que me hayas traicionado a mí; al fin y al cabo soy una adulta y tengo la madurez y la capacidad suficiente para enfrentarme a tu traición…

-Yo no he traicionado a nadie. Nunca…

-… Pero Mickey sólo es un niño -lo miró a los ojos-. Él te quiere, Ike, me lo ha dicho. ¿Te das cuenta de la importancia que eso tiene? ¿Eres capaz de comprender lo que significa que un niño que ha sufrido tanto como él, se abra hasta el punto de ser capaz de admitir que hay alguien que realmente se preocupa por su bienestar?

-No te atrevas a acusarme de haber traicionado a nadie. No te he traicionado a ti… -se apartó del escritorio y empezó a caminar por su despacho como un animal enjaulado-… ni a Mickey -se volvió de pronto y clavó sus ojos en ella-. Y jamás haría nada que pudiera hacerte daño.

-Ya lo has hecho -repuso Annie suavemente-, has hecho daño a todos los que vivimos en Homestead. A la larga, yo sé que lo superaré, pero los niños no. Eres de lo peor con lo que se han encontrado en sus vidas. Eres la confirmación de que no pueden volver a confiar en nadie. Pero algo me dice que no vas a perder el sueño por ello.

Ike se volvió hacia la ventana y permaneció con la mirada perdida en el cielo de Filadelfia.

-Voy a perder algo más que el sueño. Voy a perder mucho más.

Annie se obligó a no dar ninguna importancia al hecho de que Ike pareciera verdaderamente destrozado. Pensó que era un buen actor. De hecho, había sido capaz de convencerla de que significaba algo para él. Annie se lo había creído hasta el punto de que había llegado a fantasear con la idea de que los tres, Ike, Mickey y ella, vivieran juntos algún día como si fueran una verdadera familia. Desde que conoció a Mickey había pensado en adoptarlo, pero siempre se había dicho que una mujer soltera como ella no tendría ninguna oportunidad de sacarlo adelante. Con Ike a su lado, había empezado a pensar seriamente en esa posibilidad. Sin embargo, todo había sido un engaño.

-¿Vas a arrestarme o algo parecido? -le preguntó al cabo de un rato. Quería salir de la oficina de Ike, quería salir cuanto antes de su vida.

-No, no voy a arrestarte -dijo Ike sin volverse-. ¿Tú vas a

denunciarme?

Annie se quedó pensando durante unos segundos.

-Todavía no lo he decidido -respondió al fin.

-Cuando lo decidas, me gustaría que me lo dijeras.

-Sí, claro. Me pondré en contacto contigo.

-No lo he dudado ni por un segundo.

Annie se dirigió silenciosamente hacia la puerta, agarró el picaporte y empezó a abrirla.

-¿Annie?

Annie giró sobre sus talones, y vio que Ike seguía al lado de la ventana.

-¿Sí?

-¿Es cierto que Mickey te ha dicho que me quiere?

Annie vaciló un instante antes de contestar:

-Sí. Me lo dijo el sábado por la noche, cuando lo estaba acostando. No dejaba de abrazar a ese búho que le compraste en la juguetería, como si fuera el objeto más preciado del mundo. Justo cuando iba a apagar la luz de su cuarto, me dijo que te quería -se secó las lágrimas que le inundaban los ojos y continuó-: Nunca había dicho nada parecido de nadie. Ni siquiera de mí.

Ike asintió casi de manera imperceptible, pero no dijo nada más.

Annie abrió la puerta y salió de la oficina intentando olvidar la manera en que su corazón parecía haber dejado de latir. En vez de pensar en ello, concentró todas sus fuerzas y energías en encontrar una solución para que Homestead House continuara viva.

Capítulo 10

Cuatro mil ochocientos setenta y siete dólares y cincuenta y tres centavos. Ese era todo el dinero que había en la cuenta de Homestead House. Annie se frotó los ojos con el pulgar y el índice de una mano mientras hacía girar el lápiz en la otra. Quizá si hubiese comprado unos billetes de lotería... Suspiró y dejó el lápiz sobre un montón de estados de cuenta bancarios, reconociendo para sus adentros que lo que más le preocupaba en ese momento no era la rapidez con que menguaba su cuenta, sino la traición de Ike Guthrie. Todavía no había sido capaz de superar lo sucedido, ni de aceptar que había sido tan completamente engañada. Toda una semana había transcurrido desde que salió del despacho de Ike, y de su vida, sin volverse a mirar atrás. Desde entonces había llamado a multiud de puertas y hecho cientos de llamadas sin que nadie se hubiera dignado a escuchar sus quejas. Había hecho todo lo posible por evitar que Homestead House se convirtiera en otra víctima de los planes de remodelación urbana. Y había fracasado.

Y lo peor de todo era que Annie sabía que aquello por lo que tanto había luchado había estado condenado desde el principio. La supervivencia de Homestead House había estado en entredicho desde que Mark y ella abrieron sus puertas. Muy en el fondo Annie siempre había sabido que llegaría un día en que tendría que cerrar, bien por falta de dinero, bien porque el ambiente del barrio se hubiera tornado demasiado insano. Intentó consolarse diciéndose que lo que estaba sucediendo ahora era algo que debería haber sucedido hacía años, y que debería sentirse agradecida por haber disfrutado de ese tiempo extra. Pero no encontró ningún consuelo en ese pensamiento. Y no quería retirarse sin luchar. No podía permitir que sus niños acabaran diseminados en casas de desconocidos o en instituciones del gobierno. No podía permitir que sus niños fueran a parar a hogares que podrían ser incluso peores que aquellos de los que habían huido. Y tampoco podía permitir que un tipo tan falso y manipulador como Ike Guthrie se saliera con la suya.

Pero Annie no sabía cómo proceder. En toda su vida nunca se había sentido tan desamparada. No tenía a nadie a quién dirigirse; nadie que pudiera ofrecerle su ayuda. En su desesperación, incluso había acudido a su hermana. Pero todo lo que Sophie había hecho había sido repetirle que ya era hora de que entrara en razón y fuera realista; de que se convenciera de lo absurdo que era intentar cambiar el mundo. De nuevo le había soltado su frase acerca de que la vida era dura, y que lo mejor que podía hacer Annie era acostumbrarse a la idea. Y de paso le había preguntado por aquel atractivo arquitecto que

le había comprado para ella...

Annie conocía mejor que nadie las injusticias de la vida; después de todo, había visto y tratado a sus víctimas una y otra vez. Y el hecho de ser testigo de esas injusticias sólo la había afirmado más en su voluntad de luchar contra ellas.

Se irguió en su silla, recogió el lápiz y volvió a pensar en una solución. Tenía que haber alguien, además de ella, a quien le importaran los niños lo suficiente como para impedir que perecieran para siempre a manos del sistema. Inmediatamente, el rostro de Ike apareció en su mente. Por supuesto, se dijo irónica, a Ike le importaban muchas cosas; le importaba sobre todo el dinero que su socio y él pudieran hacer con su plan de remodelación del barrio; y también le importaba la pequeña diversión sexual que ella le había ofrecido. Y mientras tanto, se había enamorado de él como una estúpida.

Annie se obligó a contener las lágrimas y sacó tina ficha del cajón de su escritorio, pensando que quizá la corporación Dobbins, que había apoyado a la Homestead House durante años, podría retomar la financiación por el momento. Justo cuando se disponía llamar por teléfono, llamaron a la puerta. Segundos después, para su asombro, Nancy aparecía ante la puerta de su despacho precediendo a un hombre de elevada estatura; era Ike.

-Annie... -le dijo suavemente Nancy como si también ella sintiera la incómoda tensión que parecía invadir el ambiente-... tienes... una visita.

-Gracias, Nancy.

La joven se marchó rápidamente, volviéndose para mirar a Ike mientras se retiraba. En esa ocasión no llevaba la ropa de trabajador con la que se había acostumbrado a verlo, sino que lucía su lujosa ropa de ejecutivo.

-No eres bienvenido aquí -le dijo, esperando que su voz sonara firme-. Para empezar, ésta es todavía mi casa. Y te repito que no eres bienvenido aquí.

No estaba muy segura, pero por un momento creyó ver que Ike se estremecía al oír su declaración. De cualquier modo, se decidió a entrar en su despacho y le comentó:

-He venido por un asunto de negocios.

-Por supuesto. ¿Qué otro asunto podría haberte traído aquí? Ciertamente no un tema personal, o social, o...

-Si no te importa -la interrumpió impaciente-, hay un par de cosas que necesitamos discutir.

Annie le señaló la silla que estaba frente a su escritorio, pero Ike

no se dejó engañar pensando que ese gesto podía tener algo de amable o de invitador. Mientras se sentaba, pensó que tenía un aspecto terrible con aquellas ojeras pronunciadas y las mejillas hundidas, como si no hubiera probado bocado en una semana. Parecía cansada, débil y desesperada. Y él conocía bien el motivo. Tan pronto como él tomó asiento, Annie le preguntó:

-¿Qué es lo que quieres?

-Darte esto -le entregó un sobre blanco que había sacado de un bolsillo de su chaqueta.

-Podías habérmelo enviado por correo -comentó ella después de abrirlo y leer por encima la nota que había en su interior-. Así te habrías ahorrado el viaje.

-Quería asegurarme de que lo recibieras.

-Entonces podías habérmelo mandado con acuse de recibo.

-Quería traértelo personalmente.

-¿Por qué?

-Sólo para asegurarme.

-¿Pero por qué? -preguntó Annie de nuevo. Sin volver a examinarla, hizo la misiva a un lado-. ¿Por qué es tan condenadamente importante que reciba esta carta? Sólo viene a confirmarme lo que ya sabía. Ya habías conseguido la declaración de ruina para todo el barrio, así que puedes entrar a saco en él y echar a todo el mundo de sus casas, incluyendo Homestead House. Me estás desahuciando a mí y a mis niños para que puedas construir en este mismo lugar una moderna vivienda de lujo.

-Sólo me reconozo culpable de una sola de las acusaciones que me has lanzado: yo soy el único que ha diseñado los nuevos edificios que tendrá el barrio. Aparte de eso, no tienes derecho a acusarme de nada más. No he sido yo quien te ha desahuciado.

-Podrías haberlo hecho.

-Pero no ha sido así.

-De acuerdo. Bueno, ¿qué otra cosa tan importante quieres que sepa?

Ike suspiró impaciente, diciéndose que, evidentemente, Annie no estaba dispuesta a concederle la más mínima oportunidad.

-Esa carta también dice -explicó- que vas a recibir una cantidad de dinero tres veces superior a la que pagaste por esta casa cuando empezaste. Será más que suficiente para que consigas una nueva casa para los niños y para ti. Pero es que podríais mudaros al nuevo edificio que será construido sobre éste, Annie. No va a ser un edificio de viviendas de lujo, sino una casa unifamiliar. Y podría ser tuya.

-Ya -Annie cruzó los brazos y sonrió irónica-, muy bien. Piensa en

ello por un minuto, Ike. ¿Dónde se supone que nos quedaremos los niños y yo mientras se edifica tu nuevo barrio, este mundo feliz? Incluso si por alguna milagrosa circunstancia nos las arreglamos para encontrar un refugio temporal, una vez que se halle establecido el nuevo barrio, ¿realmente piensas que los nuevos vecinos nos recibirán con los brazos abiertos?

-Por qué no?

-¿Un hogar para niños problemáticos en medio de un barrio residencial de lujo? -inquirió Annie, riendo irónica-. ¿Niños que les recordarán cada día de sus vidas que hay un mundo malvado al otro lado de sus muros, y del cual no saben ni quieren saber absolutamente nada? Este va a ser un nuevo barrio lleno de optimismo y de nuevas oportunidades. Nadie que viva aquí querrá que su imagen se vea empañada por cualquier tipo de mácula, por pequeña que sea. Y ocurrirá lo mismo en cualquier barrio en donde nos establezcamos. Cuando encuentre un lugar adecuado para Homestead House, si es que encuentro alguno, mis niños tendrán que desenvolverse en un ambiente hostil. Y cualquier progreso que haya conseguido con ellos en los últimos años habrá caído en saco roto.

Ike deseó poder refutar sus argumentos, pero sabía que probablemente tenía razón.

-Bueno, al menos estás dispuesta a admitir que habrá algunas oprtunidades en este lugar.

-Oh, claro que esoy dispuesta a admitirlo -repuso Annie-. Habrá muchas oportunidades. Pero para otra gente, no para nosotros.

-Annie...

-No tenemos ningún lugar a dónde ir, Ike. La gente de aquí nos tolera actualmente porque llevamos muchos años aquí, y encajamos bien en el escenario. Todo en este barrio está mal concebido y deteriorado, incluidos los residentes de la Casa Homestead. Pero una vez que se edifique el nuevo y flamante barrio, nadie aceptará nuestra presencia aquí. Nadie.

-Tiene que haber alguna solución. La situación no puede ser tan mala como la describes.

Annie se levantó de su escritorio y se plantó frente a Ike.

-Creo recordar que tú mismo dijiste no hace mucho tiempo, cuando te metías con mi estilo de vida, que... déjame pensar... ¿cuáles fueron las palabras exactas que empleaste? Ah, sí, ahora lo recuerdo. Dijiste que la era de Acuario había terminado hacía veinticinco años. Que la gente había descubierto que no podía cambiar el mundo con eslóganes de amor o manifestaciones. Que nadie se preocupa por los demás, ni antes ni ahora. Y que lo aceptara -cruzó los brazos sobre el pecho y lo

miró frunciendo el ceño-. Lo acepto, Ike. Diariamente. Sé que nadie se preocupa por los demás; durante los últimos días, nada se me ha revelado tan claramente como esto. Pero eso no quiere decir que yo vaya a dejar de preocuparme por los demás.

Ike estaba anonadado por sus palabras. Era una verdadera tortura ver a Annie derrotada y traicionada, con la conciencia de que él era el responsable de todo aquello.

-He llamado a toda la gente que conozco -continuó ella-. He intentado engatusarlos, sobornarlos, amenazarlos, suplicarles... pero todos siempre parecen tener una buena razón para no ayudarme. Pero todavía no he terminado. Incluso aunque Homestead House haya tenido una buena trayectoria, probablemente más larga de la que se merecía, no me rendiré mientras me quede algo de aire en los pulmones.

-No puedes luchar contra el ayuntamiento.

-Quizá no -le confesó Annie mientras volvía a sentarse, sujetándose la frente con las manos. Estoy cansada, y en este momento me siento como si me hubieran machacado hasta convertirme en pulpa -cuando levantó la cabeza para mirarlo, le brillaban los ojos por las lágrimas-. Pero no me rendiré. No puedo, Ike. No puedo.

Ike la miró fijamente, compadecido. No tenía sentido que siguiera adelante; no iba a poder ganar. Todo el mundo estaba en contra suya. Todas las otras familias del barrio iban a recibir con gusto una buena suma de dinero con la que comprarse una nueva casa. Todos no tenían absolutamente nada que perder y todo que ganar. Pero Annie lo iba a perder todo.

En el fondo de su corazón Ike siempre había sabido que Annie no se rendiría sin luchar. Y, si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que él tampoco deseaba que se rindiera. Pero por otro lado, sabía que lo que ella se proponía hacer era absurdo y fútil, además de peligroso. Si los esfuerzos de Annie por salvar Homestead House provocaban un retraso en la entrega de los cheques a los vecinos del barrio, éstos podrían acarrearle problemas. Y la gente era capaz de cometer locuras cuando había dinero de por medio.

-Al final conseguiremos esta casa -le dijo Ike-. En el fondo, tú lo sabes tan bien como yo -aunque no estaba seguro, creyó advertir que asentía con la cabeza-. Y cuando eso suceda, ¿a dónde irás? -le preguntó-. ¿A dónde irán los niños?

-Ya me las arreglaré -Annie se encogió de hombros-. Durante estos años me han ofrecido algunos empleos, pero tuve que rechazarlos porque Homestead House era mucho más importante para mí. Si tengo que hacerlo, encontraré trabajo.

-¿Pero y los niños? -inquirió Ike, preguntándose por qué estaba evitando un tema que la preocupaba mucho más que su propio bienestar-. ¿Qué pasará con ellos?

-Si algo le sucede a Homestead House, irán a parar a familias de acogida. Familias a las que el Estado pagará para vigilarlos, pero que no les dará verdadero cariño. Pero bueno, no te preocupes por eso, Ike. Saldrán adelante en situaciones como ésa. Simplemente saldrán adelante. Puede que incluso aprendan unas cuantas formas de ganarse la vida: robo de coches, asalto a mano armada. Incluso un niño tan pequeño como Mickey podrá convertirse en un maestro en esas habilidades. Especialmente una vez que vuelva a estar rodeado de gente que no se preocupe por él.

Incluso sin que se lo recordara el tono sarcástico que Annie había inyectado a sus palabras, Ike sabía tan bien como ella que sus niños tenían por delante un futuro muy sombrío si se veían privados de su influencia. Pero, muy a su pesar, no había nada que él pudiera hacer en ese asunto. Si hubiera estado en sus manos, los habría invitado a todos a quedarse en Homestead House hasta que todo se arreglara; pero no tenía ni el espacio ni los medios económicos suficientes para hacerse cargo de tanta gente.

-Hay algo que podemos hacer.

-¿Podemos? -repitió ella-. ¿Cómo te atreves a sugerir que estamos juntos en esto después de que tú...?

-Annie, te lo juro, si yo hubiera sabido que tu barrio iba a ser...

-¡Deja de mentirme! -le espetó Annie con inusitada violencia; ella misma se sorprendió de su reacción, y bajó la cabeza para no mirarlo.

-No lo sabía -insistió Ike con tono suave-. Te lo juro, Annie. No sabía que tu barrio era el siguiente. Si lo hubiese sabido, jamás habría dado el visto bueno al proyecto. Y ciertamente te habría avisado, y concedido todo el tiempo del mundo para que tú y los críos hubiérais buscado otro lugar.

-Tu firma del proyecto indica otra cosa. Señala con claridad que mi barrio era el siguiente en la lista. Y está fechada dos días antes de que empezaras a venir a la Homestead House.

-Y cerca de tres semanas después de conocerte -señaló Ike-. Ni siquiera me di cuenta de lo que estaba firmando cuando puse mi nombre en esa cosa.

-¿Ah, no? -preguntó desconfiada.

-No. Por Dios, Annie, has convertido mi vida en un lío desde que te conocí. Es sorprendente que todavía pueda escribir mi propio nombre a derechas. Te juro que ni me acordaba de lo que había firmado.

-No empieces otra vez con eso -lo interrumpió.

-¿A qué te refieres?

-A tus zalamerías y adulaciones -Annie sacudió lentamente la cabeza-. Sabía que la idea de que estuvieras interesado en una mujer como yo era ridícula. Eres demasiado guapo y rico, y yo soy demasiado insignificante. Pero a pesar de ello, me dejé engañar por tus dulces palabras. Porque eso es lo único que fue: una dulce palabrería.

-Annie -murmuró Ike mientras sé levantaba de su asiento y se acercaba a ella. Casi como si no pudiera controlarse, la atrajo hacia sus brazos-. No nos hagas esto.. Por favor.

-Sal de mi casa -le ordenó ella con tono tranquilo, firme y no exento de amargura-. Ahora.

-Annie, no...

-Ahora.

Ike cerró los puños, sintiéndose más furioso e impotente de lo que se había sentido en toda su vida. Atravesó en silencio la habitación, pero antes de salir se detuvo en la puerta por un momento. Incapaz de evitarlo, se volvió para mirar a Annie por última vez. Ella todavía permanecía de pie al otro lado de su escritorio, con la cabeza baja y sujetándose la frente con una mano.

-Iban a cerrarte Homestead House de todas formas, ¿sabes?

-Sí, lo sé -Annie asintió, sin mirarlo-. Ellos iban a echarme. A largo plazo, creo que podría haberlo superado -levantó la cabeza para mirarlo directamente-. Pero eres tú quien me está echando ahora, Ike. Tú. Piensa en ello cuando estés en medio de tu lujoso barrio residencial. E intenta olvidar que alguna vez pusiste los pies en Homestead House. Yo también haré todo lo posible por olvidarlo.

-¿Crees que podrás?

-Supongo que tendré todo lo que me quede de vida para averiguarlo, ¿no?

Annie no supo qué la había despertado. Cuando abrió los ojos, su habitación estaba a oscuras y no se oía ningún sonido extraño. Hacía una típica noche de verano. Se sentó en la cama y aguzó el oído de nuevo; todo parecía normal, pero tenía un extraño presentimiento. Varios hechos insólitos habían tenido lugar cerca de la Homestead House durante las dos últimas semanas, desde que interpuso una demanda judicial contra el ayuntamiento de Filadelfia y la empresa Buchanan-Guthrie Diseños, y consiguió una orden provisional de paralización del plan de remodelación del barrio.

Ni por un momento se había engañado a sí misma creyendo que al final triunfaría. Se estaba gastando un montón de dinero en abogados, pero mientras pudiera interponer demandas, conseguiría paralizar las

obras de renovación de su casa y del barrio. Desafortunadamente, por esa vía también paralizaba la entrega de cualquier indemnización que debiera entregarse a la gente del barrio, a la espera de vender sus casas. Y eso había puesto furiosos a algunos de los vecinos de Annie.

Como resultado, una serie de sucesos extraños habían tenido lugar recientemente. Annie había recibido amenazas por correo y por teléfono, todas anónimas. Mensajes pintados con spray habían aparecido en los muros de la Homestead House. Mensajes que decían: «sal mientras puedas» y «déjalo ya». Así que Annie se sentó en la cama y aguzó el oído, esperando discernir en qué se diferenciaba esa noche de las otras, intentando entender por qué se sentía tan atemorizada. Y de nuevo no detectó ningún sonido fuera de lo normal.

A pasar de todo decidió levantarse y se puso una bata encima de la camiseta y los pantalones cortos que llevaba. Luego salió del dormitorio lo más sigilosamente que pudo. El pasillo estaba más oscuro que su habitación, y seguía sin oír ningún sonido extraño. Pero de inmediato se dio cuenta de que algo andaba mal. Podía olfatear el peligro.

Miró primero a su izquierda y después a su derecha, medio esperando que alguna odiosa sombra saltara sobre ella procedente de la oscuridad. Pero no ocurrió nada; persistía el mismo silencio. Había cuatro habitaciones en el segundo piso de la Homestead House, la de Annie y las de los más pequeños, mientras que los adolescentes compartían tres dormitorios en el tercer piso. Ya se disponía a subir las escaleras cuando se detuvo al oír un sonido procedente del comedor de abajo.

Una salpicadura. Una leve, rápida salpicadura de un líquido fue seguida de otra, y otra. Y otra más. Alguien había entrado en su casa; alguien que no era de allí. La primera reacción de Annie fue volver a su dormitorio, llamar a la comisaría y esconderse bajo las mantas hasta que llegara la policía. Luego reconoció el acre olor de la gasolina y se dio cuenta de que quienquiera que se encontrara abajo, pretendía quemar toda la casa. Ese ser anónimo que se movía sigilosamente sólo tenía que encender una cerilla para que la Homestead House, con todos sus ocupantes, fuera pasto de las llamas.

«Antes tendrá que pasar por encima de mi cadáver», pensó Annie con fiereza mientras bajaba silenciosamente las escaleras. Inclinándose sobre la barandilla acertó a distinguir dos siluetas en el comedor, que proseguían tranquilamemte su labor de empapar de gasolina las paredes. Un hombre murmuró algo al otro, y éste rió entre dientes. Era un sonido ominoso, amenazador, que puso enferma a Annie.

Sigilosamente volvió a su habitación en busca del bate de béisbol

que guardaba debajo de la cama, la única arma que podía utilizar. Miró el teléfono ansiosa, preguntándose cuánto tardaría en llegar la policía, pero al descolgar el auricular descubrió que la línea estaba cortada. Desde luego, no se trataba de un accidente. Agarró el bate con las dos manos y salió de nuevo de la habitación.

Los dos hombres habían pasado del comedor al salón, donde continuaban con su labor de empapar las paredes de gasolina. Annie no estaba muy segura de las posibilidades que tenía de hacer frente a dos hombres sólo con un bate de béisbol como arma, así que se obligó a no pensar en ello. Quizá si los sorprendía, podría ahuyentarlos. Por el momento, eso era todo lo que quería.

Pero hasta que pasó del comedor al salón no descubrió que había un tercer hombre. Y sólo se dio cuenta al recibir una fuerte bofetada en la cara. Cuando se volvió, la bofetada fue seguida de un tremendo puñetazo en un ojo. Tanto el bate de béisbol como Annie cayeron a la vez al suelo. En esa posición, la joven todavía recibió un fuerte puntapié en el pecho, que la dejó medio ahogada.

Por un momento se quedó inmóvil, en silencio. Luego oyó unos gritos masculinos, un zumbido en los oídos y el ruido de una cerilla al encenderse...

Capítulo 11

Annie ignoraba que el fuego pudiera extenderse con tanta rapidez. Tan pronto como se encendió la cerilla, el comedor entero empezó a arder. La joven intentó incorporarse sobre los codos, pero el esfuerzo era demasiado para ella y se derrumbó de nuevo, golpeándose la cara contra el suelo. Sintió un hilo de sangre corrriéndole por la nariz, y deseó por un momento que no se la hubiera roto.

El zumbido de los oídos creció en intensidad, hasta que al fin se dio cuenta de que no estaba en su cerebro, sino que se trataba del detector de incendios de las escaleras. Y se relajó un poco al recordar que todos los niños de la Homestead House habían recibido entrenamiento en caso de incendio. Momentos más tarde Annie se encontró rodeada de los chicos de mayor edad, todos ellos portando extintores con los que apuntaban a la base del fuego. Una de las niñas, Melody, debía de estar cruzando la calle en ese momento para llamar a los bomberos, y Nita se estaría encargando de sacar a los más pequeños de la casa, si no lo había hecho ya. Y Mickey...

-Mickey.

No se había dado cuenta de que había pronunciado su nombre hasta que Ross, el mayor de los residentes de Homestead, le dijo:

-Está bien, Annie. Todo el mundo está fuera excepto nosotros. Y estamos intentando apagar el fuego. ¿Cómo estás tú? ¿Te encuentras bien?

Annie asintió débilmente y se sentó con esfuerzo. Se pasó el dorso de la mano por la nariz y no se sorprendió al ver que sangraba. A pesar de ello, se levantó para dirigirse a la cocina, en busca del último de los extintores que había en la casa.

Para cuando volvió, los niños ya tenían el fuego bajo control. Las cuatro pareces del salón estaban ennegrecidas y parte del comedor había sucumbido a las llamas. La sirena anunciaba la llegada de los bomberos.

Fue entonces cuando Annie empezó a temblar de pies a cabeza; el extintor se le escapó de las manos y se le doblaron las piernas. Sólo pensaba en una cosa: que había escapado a la muerte sólo para tener que enfrentarse sola a la vida. Era una reacción extraña, y afortunadamente no tuvo oportunidad de reflexionar mucho sobre ella. Una interminable fila de bomberos entró en ese momento por la puerta, echando a todo el mundo de la casa. Dos de ellos levantaron a Annie y la sentaron en la acera, preguntándole después por lo que había sucedido.

Ella le contó lo que pudo mientras una enfermera le curaba las heridas del rostro y la tranquilizaba diciéndole que no tenía rota la

nariz; al cabo de unos días, se pondría perfectamente. Después de darle las gracias, Annie le pidió a Ross que contara por tercera vez al grupo, para comprobar que estaban todos los niños.

-No falta ninguno -se apresuró a asegurarle el adolescente; luego sonrió y arqueó las cejas de forma insinuante-. Es más; ha aparecido un tipo preguntando por ti.

Annie se volvió para descubrir a Ike apoyado en su coche, con Mickey a su lado.

-¿Estás bien? -le preguntó con una voz llena de ternura.

Annie asintió, pero no dijo nada. Ike suspiró y le dio un apretón de hombros a Mickey, que lo miró sonriente.

-¿Ves? -le dijo el niño-. Te dije que estaba asustada. Te lo dije.

Annie se llevó una mano al rostro, que tenía medio vendado. Luego se fijó en su ropa; su vieja bata colgaba abierta, revelando su camiseta interior y sus pantalones cortos. En cuanto asu cabello, su estado era igualmente lamentable. Pero casi de inmediato se maldijo a sí misma por esas absurdas preocupaciones; alguien acababa de intentar quemarle la casa. Sus niños podían haber resultado heridos, incluso muertos, y ella también. Y de repente se preocupaba de la apariencia que tendría ante un hombre que, por lo que sabía, muy bien podría haberle encargado a alguien que iniciara aquel incendio...

Inmediatamente se dijo que eso no era cierto. A pesar de los confusos sentimientos que pudiera inspirarle Ike Guthrie, Annie sabía sin duda alguna que era incapaz de hacer algo parecido. Podría ser un egoísta, desconsiderado, avaricioso, pero no era el tipo de persona que deliberadamente pondría en peligro la vida de unos niños. De todas formas, todavía se sentía algo recelosa.

-¿Qué estás haciendo aquí? -le preguntó.

-Lo he llamado yo -repuso Mickey, antes de que Ike tuviera oportunidad de contestar-. Fui con Melody a llamar a los bomberos, y cuando terminó de llamar, yo avisé a Ike. Me lo dijo él.

-¿Tú le dijiste que te llamara si se producía un incendio? -le preguntó Annie a Ike, pensando que quizá no fuera tan inocente como había pensado.

-Le dejé una tarjeta y le escribí mi número de teléfono y el de mi busca. Le dije que me llamara si alguna vez me necesitaba. 0 si...

-¿Si qué? -lo instó Annie a continuar, al ver que no tenía intención de hacerlo.

-Si me necesitabas tú -contestó Ike después de pasarse una mano por el pelo.

-Había un fuego, Annie -le indicó Mickey, como si supiera mejor que ella lo que acababa de ocurrir-. Necesitabas a alguien. Necesitabas

a Ike.

-Lo que yo necesitaba... -empezó a decir, pero de repente se interrumpió-. Lo que necesito es un buen trago... -se detuvo otra vez al recordar que el alcohol era una palabra tabú en Homestead House. Muchos de los niños estaban allí a causa del alcoholismo de sus padres-. 0 mejor, una buena patada en el trasero -se pasó una mano por el pelo enredado e hizo un gesto de dolor-. Diablos, ya me han ocurrido bastantes desgracias. ¿Cuál será la siguiente? -musitó.

-Tengo una idea.

Si era una idea de Ike Guthrie, no podía acarrearlos nada más que problemas; Annie estaba completamente segura de ello. Pero eran las cinco de la mañana, estaba rodeada de un grupo de niños demasiado excitados para volver a la cama, ella misma se sentía como si acabara de volver del infierno y se encontraba absolutamente falta de ideas. Por esa razón, y únicamente por esa, preguntó:

-¿De verdad? ¿Y cuál es?

Ike sonrió, levantó las manos con cuatro dedos extendidos y dijo:

-Sólo son cinco palabras. Casa... Internacional... de las Tortitas.

Annie abrió la boca para argumentar fervorosamente en contra de la idea, pero su voz fue ahogada bajo un coro de voces infantiles, que al menos le aseguraban que el desayuno iba a transcurrir sin problemas.

Ike no podía recordar la última vez que había visto a una mujer zamparse siete tortitas. El raras veces se comía más de cinco. Asombrado, observó a Annie mientras terminaba la tortita numero siete y se lanzaba a por la octava. Entre ellos dos y los niños de Homestead House, ocupaban una esquina entera del restaurante; reían y bromeaban entre sí, liberando la tensión que habían acumulado durante los momentos de peligro. Eran conscientes de lo mal que podría haber terminado todo, pero preferían pensar en otras cosas, al igual que Ike. Aunque éste no había vivido directamente el suceso, sí había visto las consecuencias. Aunque por otro lado, era sorprendente que los daños hubieran sido tan escasos. Incluso los propios bomberos se habían quedado asombrados. Al final, habían felicitado a Annie y a los niños por la serenidad de su comportamiento.

Sin embargo, Ike sabía que, tal y como estaban los ánimos en el barrio, Annie y los niños ya no estarían a salvo en Homestead House. Y se imaginaba que ella también lo sabía. Pero Ike tenía tan pocas respuestas o posibilidades de ofrecerle una alternativa como hacía unas semanas. Y la denuncia que Annie había interpuesto contra él y contra el ayuntamiento no facilitaba las cosas en absoluto.

-Parece que después de apagar un fuego a uno le entra un hambre

salvaje -comentó Ike tranquilamente, mientras Annie se metía en la boca un trozo de tortita más que discreto en la boca.

La joven sonrió con expresión de culpabilidad.

-Mmm -contestó con la boca llena-. Sí, supongo que sí. Sobre todo porque ayer no cené.

-¿Por qué no?

-Se me olvidó.

-Así que se te olvidó cenar.

Annie asintió y se metió en la boca otro trozo de tortita que masticó voraz.

-Estuve toda la noche haciendo llamadas, intentando conseguir algún dinero -lo observó con expresión crítica, y posó la mirada en la pajarita de seda negra que llevaba, y que a esas alturas ya estaba completamente deshecha-. Al parecer, tú saliste anoche -comentó.

-Estuve en el teatro -contestó Ike, recibiendo con agrado lo que le había parecido una nota de celos en la voz de Annie.

-La función debió de terminar bastante tarde -comentó secamente, como si en realidad no se fiara de que había ido al teatro.

-De hecho, la función ya había terminado. Acababa de acompañar a su casa a la mujer con quien fui a ver la obra, y me invitó a tomar una copa -por supuesto, decidió que no había ninguna razón para que Annie supiera que aquella mujer era su hermana-. Nos pusimos a hablar, y una cosa fue llevándonos a otra. Cuando Mickey me llamó por el busca, no tenía ni idea de lo tarde que era.

-Estoy segura -repuso Annie con tono burlón-. Me parece recordar que yo también he tenido un par de conversaciones de ese tipo contigo.

Se sonrojó, y rápidamente volvió a concentrarse en su desayuno. Pero de pronto pareció haber perdido el apetito, porque se dedicó a juguetear con el tenedor y las tortitas. Ike esperaba que su malestar se debiera a los celos. Pero Annie levantó de pronto la cabeza, le lanzó una falsa sonrisa y dijo:

-Me alegro de que hayas encontrado a otra mujer. Espero que os vaya bien -no pudo evitar un gesto de dolor y se levantó de su asiento.

Al ver su expresión, cualquier vestigio de buen humor desapareció del rostro de Ike.

-Te pegaron fuerte, ¿eh? -le preguntó, apretando los dientes de rabia al ver las contusiones de su cara. Annie sacudió la cabeza.

-La verdad es que sólo me pegó un hombre. Y un par de veces solamente.

-Si alguna vez pillo al desgraciado que te hizo eso -dijo tranquilamente-, lo mataré.

-No podrás hacerlo si yo lo encuentro antes -repuso Annie, mirándolo a los ojos-. Esta batalla es mía, Ike, no tuya.

-Esta batalla también es mía, Annie. Todo lo que a ti te concierne, me concierne a mí.

-¿Y eso?

-Porque te amo, Annie.

Ike no estaba seguro de cuándo había decidido decírselo. Diablos, ni siquiera estaba seguro de cuándo se había dado cuenta él mismo. Aquellas palabras habían salido de su boca sin previa advertencia, pero una vez pronunciadas no había manera de retractarse. Y tampoco quería hacerlo. Amaba a Annie. Y aunque resultara extraño, admitirlo no le costaba tanto como se había imaginado. Sólo esperaba no haber cometido un error irreparable al expresar en voz alta sus sentimientos.

Annie no reaccionó de ninguna manera ante aquella declaración. No se movió, no sonrió... Lo único que hizo fue mirarlo sin ningún tipo de emoción. Después, volvió a tomar su tenedor y a juguetear con la comida en el plato.

-Ya veo -dijo tranquilamente-. ¿Y esa mujer con la que saliste anoche lo sabe?

-Sí, lo sabe -contestó Ike con sinceridad. De hecho, Annie había sido el único tema durante la conversación que había mantenido conn su hermana Nora. Se había quedado de piedra cuando, en medio de una conversación sobre los temores que albergaba acerca de la seguridad de Annie, recibió la llamada de Mickey confirmándole que no eran infundados.

-Bueno, vaya, vaya -dijo suavemente-. Qué amante tan comprensiva tienes. Muy conveniente. Por supuesto, cuando buscas una amante, siempre procuras que sea una persona sumisa, que lo aguante todo, ¿verdad? Dios sabe que yo lo he sido.

Era una acusación muy dolorosa, pero Ike no podía decir que no se la mereciera.

-Anoche no estuve con ninguna amante. La mujer con la que fui al teatro era mi hermana. Y te aseguro que puede ser cualquier cosa menos sumisa. Y tú tampoco lo has sido nunca.

-¿Tú crees?

-Claro que lo creo -contestó, sacudiendo lentamente la cabeza.

Annie se retiró del reservado para alejarse de él, pero en el estado en que se encontraba no tardó en ser alcanzada por Ike.

-¿No vas a decirme nada? -le preguntó-. Te digo que te amo, ¿y ni siquiera tienes la decencia de darme una respuesta?

-Oh, ¿me estás diciendo que antes hablabas en serio?

-Por supuesto. ¿Cómo me puedes preguntar eso? -Annie pasó de

largo frente a él y fue a buscar a los niños-. Mira, Ike, se me presenta un día muy difícil. Tengo que limpiar la casa, con dos habitaciones medio quemadas; he de hacerme cargo de los niños y defenderlos de vecinos con tendencias homicidas; mendigar dinero para sobrevivir... -se interrumpió, antes de que pudieran oírla los niños, y añadió bajando la voz-. Tengo que velar por los chicos: Tengo que hacer todo lo necesario para preservar algo en lo que creo... algo que es justo, bueno y decente. Yo no me vendo al mejor postor como un mercenario. No me rendiré mientras me quede aliento en los pulmones. Así que comprenderás que no me quede aquí perdiendo el tiempo en hablar contigo, ¿verdad?

Le dio nuevamente la espalda, pero Ike volvió a alcanzarla, obligándola a que lo mirara.

-¿Crees que eso es lo que soy? ¿Un mercenario al que sólo le importa el dinero? ¿Que preferiría dejaros plantados a ti y a los niños antes que renunciar a mi proyecto?

-De acuerdo, entonces dime -lo miró pensativa por un momento-. ¿Qué es lo más importante para ti, Ike? Lo más importante. Sé sincero.

Hubo un tiempo, no muy lejano, en que Ike podría haber respondido inmediatamente a esa pregunta: respeto, poder y prestigio. Y sí, también dinero. Esas eran las cosas que más había valorado, pero desde que conoció a Annie Malone, sus criterios habían cambiado bastante.

Seguía sin poder contestar a su pregunta. Porque se daba cuenta, para su horror, de que en ese momento no sabía con seguridad qué era lo más importante para él. «Annie», se dijo de repente. Seguro; Annie era lo más importante del mundo. Pero si eso era cierto, ¿por qué no había luchado más por ella? ¿Por qué simplemente se había retraído cuando las cosas entre ellos acabaron complicándose?

-Sí, es lo que yo pensaba -comentó Annie, sacándolo de su asombro, y añadió con voz suave-: Mira, Ike. Te dije antes que eras un buen tipo, y todavía creo que lo eres, en el fondo. Pero no creo que te hayas detenido a pensar a dónde vas, o de dónde vienes. A tu manera, eres bueno. Y creo que algunas veces te crees las cosas que te cuentas a ti mismo. Pero el mundo real no es nada parecido al que tú te has fabricado para vivir en él. Y si me lo preguntas, debe de ser asfixiante tener que vivir en ese mundo de la manera en que lo haces.

Y se retiró para reunir a sus niños. Habían llegado al restaurante en varios taxis, cuyas carreras naturalmente había pagado Ike, y le dejaron muy claro a Annie que querían volver a la casa de la misma forma. Pero la joven los llevó a la parada de autobús sin siquiera despedirse de Ike.

Estaba acostumbrado a ejercer el control de las situaciones en que se encontraba, y de la gente que lo rodeaba. Pero Annie era la excepción. De alguna manera, Ike se había enamorado de ella como si hubiera sido víctima de una fuerza ingobernable. Una fuerza que le hacía cuestionarse todo aquello que hasta entonces había creído correcto y justo. Y no tenía ni idea de qué hacer con ello. Maldijo a Annie; aquella mujer iba a terminar por volverlo loco.

Annie leyó la carta por cuarta vez y se derrumbó en el sofá, abatida. No había funcionado. El tribunal había dictado sentencia en favor del ayuntamiento, respaldando su contrato con Buchanan-Guthrie Diseños. Annie se sujetó la cabeza con las manos, derrotada. Como si no fuera suficiente con eso, la sentencia añadía que Homestead House ya no era un proyecto viable, ni necesario. Pero si quería trasladarse fuera de los límites de la ciudad...

Annie levantó la cabeza para mirar fijamente el comedor, pero no veía nada excepto una nube roja. Iban a arrebatarle la casa. Iban a arrebatarle los niños. Iban a arrebatarle la vida. La única cosa en la que había volcado su vida... se la iban a robar. Así de sencillo. Para finales del verano, según rezaba la sentencia, todos los residentes de Homestead House serían desalojados. Los niños irían a parar a casas de acogida y ella se encontraría sin trabajo.

No la preocupaba perder su empleo, o dejar el barrio. Lo único que no soportaba era perder a los niños. Odiaba que tuviera que ser ella la que les diera las malas noticias. Odiaba que tuviera que ser ella la que tuviera que enviarlos a vivir con gente extraña que quizá no se preocuparía de su bienestar. Odiaba que le negaran la oportunidad de verlos crecer sanos y felices, compartiendo sus logros y sus éxitos. Y también deseaba poder odiar a Ike Guthrie.

Desafortunadamente, desde que vio su expresión devastada aquella mañana, cuando le preguntó qué era lo más importante del mundo para él, se había quedado abrumada. No estaba exactamente segura de lo que había visto en su rostro; inseguridad, quizá, o incluso arrepentimiento. Era como si por primera vez hubiese tomado conciencia de su vida entera y no le hubiera gustado lo que veía. Se había mostrado dolido, confuso. Todo lo contrario de lo que Ike Guyhrie aparentaba ser.

Aquella mañana, hacía ya tres semanas, Ike le había dicho que la amaba. Y ella había deseado con todo su corazón poder creerlo. Porque a pesar de todo lo que había ocurrido, Ike todavía le importaba. Ya no lo culpaba por lo que le había sucedido a la Homestead House. En ese momento podría incluso creer lo que le había dicho acerca de que, en un principio, no se había dado cuenta

de que el proyecto de su empresa trastornaría por completo su vida. Ahora Annie se daba cuenta de que se había sentido tan dolida y furiosa ante la perspectiva de perder a sus niños, que Ike había constituido un perfecto objetivo para desahogar su rabia y su frustración.

Y ningún hombre podía haberla amado como Ike lo había hecho sin que significara nada para él. Eso era algo de lo que sólo ahora estaba empezando a convencerse. De cualquier forma, Ike no era el hombre que le había dejado creer que era, o el que ella había esperado que sería.

Todavía pensaba que era un buen tipo; el problema era que no había sabido reconocer las cualidades que llevaba dentro. De todas maneras, en ese momento tenía problemas más urgentes que atender. Se tumbó en el sofá, mirando al techo, pero cuanto más intentaba dejar de pensar en Ike, más volvía a acordarse de él y de su expresión atormentada la mañana siguiente al incendio.

Luego pensó en los niños. ¿Cómo iba a contarles las malas noticias?

La casa estaba hecha un desatre. La pintura, o lo que quedaba de ella, era de un horrible tono naranja decolorado por el sol. Las ventanas estaban rotas y mugrientas; entre las tejas crecían las malas hierbas; las escaleras estaban destrozadas y pedían a gritos su sustitución; del patio no parecía haber vuelto a ocuparse nadie desde los tiempos de la administración Eisenhower. Pero la casa era barata. Ike volvió a examinarla y se convenció del todo. Era perfecta. Y a Annie le encantaría.

Capítulo 12

-¿Esta es la casa? -inquirió Annie a bordo del todoterreno de Ike, mientras se protegía los ojos del sol de la mañana. No parecía tan entusiamada como él había esperado. De hecho, parecía como si quisiera asesinarlo.

-Esta es -aseveró Ike, intentando adoptar un tono optimista-. ¿No es grande? ¿No te parece encantadora? ¿No será perfecta para ti y para los niños?

-Me estás tomando el pelo -repuso incrédula-. ¿Crees que voy a vivir con los niños en esta ruina, para que se nos caiga encima a los dos minutos de entrar? Antes preferiría que probaran suerte con las casas de acogida.

-No, no, no -negó Ike con tono vehemente, saltando del todoterreno-, te equivocas de medio a medio -se dirigió confiado hacia la puerta del porche y saltó encima del último escalón, como para ilustrar su tesis. Con tan mala fortuna que un pie atravesó las tablas hundiéndose en el agua embarrada que había debajo-. Hum, te concedo que los escalones están un poco podridos -reconoció mientras se sacudía la bota empapada-. Los cimientos del edificio son realmente sólidos. De hecho, y aunque no lo parezca, toda la estructura lo es. La he revisado yo mismo.

Annie seguía sentada en el todoterreno y asentía indulgente, impaciente por marcharse.

-Bueno, mira, Ike, has sido muy amable al intentar ayudarme, pero…

-Y lo he confirmado en mis conversaciones con el condado y el banco, además -la interrumpió él-. Sí, ellos quieren deshacerse cuanto antes de este lugar, pero nunca lo habrían hecho si con ello pensaran que podrían perjudicar a alguien. Tienen pánico a que los demanden -le sonrió-. Tu reputación te ha precedido, incluso aquí, en el precioso condado de Bucks. Gracias a ese miedo que tienen a los pleitos, conseguí una buena rebaja en el precio.

Annie saltó del todoterreno y se encaró con él.

-Ike, ¿qué diablos significa todo esto?

-¿Qué quieres decir? -inquirió él a su vez, dejando de sonreír.

-Quiero decir que de aquí a menos de una semana la empresa de mudanzas se llevará todos mis muebles para almacenarlos, y que los funcionarios estatales vendrán para recoger a los niños y asignarlos a diferentes hogares. Y de repente apareces en mi casa y me dices que tengo que acompañarte, que hay una casa que tengo que ver como sea, y que nunca me perdonaré a mí misma que deje pasar esta increíble oportunidad.

-Ya. ¿Y entonces?

-¿Entonces ésta es -señaló la casa- la increíble oportunidad?

-Sí, ya me lo agradecerás después -sonrió Ike.

-Preferiría estrangularte ahora.

-Mira, Annie, simplemente sopórtame durante un minuto. Ábrete la mente. Trasciende las limitaciones que puedas ver a simple vista. Dame una oportunidad para mostrarte el potencial de este lugar, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -accedió al fin Annie-. Enséñame lo que tienes.

-Esto solía ser una granja hasta hace unos tres años -le explicó mientras la ayudaba a subir los escalones. Cuando le tomó la mano, se dio cuenta de que había transcurrido más de un mes desde que tuvo el último contacto físico con ella.

-¿Qué pasó entonces?

-Entonces la pareja que poseía la propiedad murió en un accidente. Como la casa estaba hipotecada, pasó a manos del banco. Desde entonces han intentado venderla, pero como puedes ver, necesita un montón de reparaciones, los campos han estado descuidados durante mucho tiempo y se necesitará un ejército para arreglarla.

-En eso llevas razón.

-0 quizá se necesite. -sonrió Ike- un montón de niños y una decidida trabajadora social.

Annie abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró. Miró el patio y distinguió un viejo granero y, más allá, un silo. De nuevo volvió a contemplar la casa. Mientras lo hacía, Ike casi podía ver cómo trabajaban los engranajes de su cerebro.

-Lo mejor de todo -continuó- es que como hay varias hectáreas de tierra que no eran utilizadas por la granja, será sencillo construir allí un par de edificios para albergar a más niños y más trabajadores sociales. Incluso podrías ganar algún dinero con los frutales. Y aquel granero de allí podría funcionar como lechería. Y también hay un estanque que podrías llenar de peces.

Por su expresión, Annie parecía estar pensando seriamente en el proyecto. Así que Ike insistió todavía más.

-En realidad, las posibilidades que tienes de mejorar este lugar son infinitas. Espacios abiertos, un cielo limpio, aire fresco y nada de crímenes, armas o delincuencia. Ah, sí. Y tus vecinos más cercanos estarán a kilómetros de distancia, así que no podrán decir nada cuando os establezcáis.

-Es un bonito sueño, Ike -dijo Annie suavemente-. Y te agradezco que lo compartas conmigo. Pero no es más que eso: un sueño.

-Sólo es un sueño por ahora -repuso él-. Podría convertirse muy

fácilmente en realidad.

-Seguro, con miles y miles de dólares que no tengo.

-Eso no es ningún problema.

-Es un problema muy grande -le aseguró ella.

-Acompáñame. Hay algo al otro lado de esa colina que quiero que veas.

Annie lo acompañó, escuchando pacientemente sus explicaciones acerca de la importancia de esa propiedad y de las posibilidades que ofrecía. Se puso incluso un poco poético cuando le habló de las numerosas vidas descarriadas que Annie y-otros como ella podrían enderezar y guiar. Le señaló también que no tendría que pedir dinero de la manera que antes solía hacerlo, porque el lugar podría generar por sí mismo suficientes ingresos para autofinanciarse. Y podrían llamarlo Homestead.

-Este es el lugar -dijo cuando coronaron una pequeña colina desde la que se divisaba un estanque y boscosos cerros a lo lejos.

Descendieron hasta el estanque, que disponía hasta de un embarcadero.

-Tienes razón -comentó Annie-. Es un lugar precioso.

-Es espléndido para descansar, para charlar, para lo que sea.

Ella lo miró con sospecha.

-Quíate los zapatos -le ordenó Ike.

-¿Qué?

-Que te quites los zapatos. Te vas a quedar asombrada de lo caliente que está el agua. Y hay un millón de ranas. Te encantará.

Se dejó caer en la hierba y empezó a quitarse las botas. Con un suspiro resignado, Annie lo imitó. Tumbado con las manos detrás de la cabeza, Ike se puso a mirar el cielo y de reojo observó cómo Annie, sentada a su lado con las piernas cruzadas a la turca, levantaba el rostro para disfrutar de la caricia del sol.

-Una vez me dijiste -le dijo él con tono suaveque la razón por la que no te gustaba era porque disfrutaba de una posición en la comunidad que no sabía aprovechar. ¿Recuerdas?

-Sí -Annie se volvió para mirarlo, riendo entre dientes-. En el Cabo May. Hace casi una vida de eso.

-Bueno, en aquel tiempo, yo no creía que estuvieras en lo cierto. Pensaba que nadie iba a donar dinero a una causa sólo porque otra persona hiciera una ligera presión.

-No tiene por qué ser ligera..._

-Yo mismo me di cuenta de eso cuando empecé a hacer ciertas llamadas telefónicas.

-¿Qué tipo de llamadas? -preguntó Annie.

-Del tipo de las que podrían ayudaros a ti y a los niños. Al principio, me sorprendió descubrir que muchos de mis amigos y colegas no estaban interesados en donar dinero a un proyecto que podría beneficiar tanto a niños con problemas...

-Ya te dije que...

-... Pero todavía me sorprendió más la manera en que cambiaron de idea cuando les recordé los favores que me debían, o lo que hice por este o por aquel otro hace años, o cuando les comenté que si no aportaban una buena suma, dejaría de hacer negocios con ellos... El caso es que funcionó y empezaron a llover los cheques. Fue asombroso. No tenía ni idea de que tuviera una posición tan destacada en la comunidad.

-¿Ike? -inquirió Annie mordiéndose el labio y mirando fijamente al hombre que tan tranquilamente se hallaba tumbado a su lado, con los ojos cerrados.

-¿Sí?

-¿Qué has hecho?

-He reunido -aspiró profundamente y abrió un ojo- un montón de dinero para ti, Annie. Tus niños y tú tenéis un buen número de patrocinadores dispuestos a ayudarte en lo que puedan.

-No puedes haber hecho eso... -repuso Annie, emocionada.

-Sí que lo he hecho -sonrió Ike.

-¿De verdad?

-Ajá -asintió, abriendo también el otro ojo.

-¿Por qué?

-Creo ya te lo dije una vez -Ike rodó a un lado y le tomó un mechón de cabello entre los dedos-, y no me creíste.

-Dímelo otra vez.

-Porque te amo, Annie -le acarició una mejilla.

-¿Me amas?

-Te amo.

Annie se inclinó y lo besó en los labios antes de preguntarle con voz suave:

-¿Por qué no me lo dijiste antes?

-Creo que te lo dije -respondió Ike mientras le acariciaba los labios con los suyos.

-No, no eras tú quien me lo dijo, sino otra persona. Un tipo que tenía todas sus prioridades mezcladas. Ahora tú eres diferente de ese tipo.

-¿En qué sentido?

-Al contrario que aquel tipo, ahora ya sabes qué es lo más importante del mundo.

-Sólo me diferencio en eso de él?

-No. Yo no amaba a ese tipo.

-¿Y a éste sí? -preguntó Ike, señalándose.

-Te amo, Ike -respondió enterrando los dedos en su cabello-. Te amo.

-Bueno, ya iba siendo hora de que me lo dijeras.

Riendo, rodaron juntos por el césped.

-Bésame.

Annie no estaba segura de quién había pronunciado esas palabras, sino sólo de que parecieron flotar en el aire durante unos instantes antes de que cualquiera de los dos reaccionara. Luego Ike le delineó la boca con los labios y deslizó la lengua entre sus dientes; después de eso, todo le resultó un poco confuso a Annie. Sintió sus dedos en los botones de su camisa, desabrochándoselos hasta que descubrió la camiseta que llevaba debajo. Ike le acarició los senos por encima de la tela, haciéndola gemir de deleite y, con un suspiro casi imperceptible, se acomodó entre sus piernas, apretándose contra ella.

Annie le sacó la camisa de debajo de los vaqueros y le acarició el torso desnudo.

-Ike...

Él entrelazó sus dedos con los suyos y se los llevó a los labios, besándole la palma antes de ponerla sobre su corazón.

-Otra vez lo has hecho. Pronuncias mi nombre como si pronunciaras un conjuro, un encantamiento.

-No; más bien como si fuera una bendición. Porque sin duda alguna tú eres la respuesta a todas mis plegarias.

-No quiero perderte -declaró Ike-. Nunca.

-No tendrás que hacerlo.

-¿Me lo prometes?

-Sí.

-¿Lo convertiremos en algo legal?

-Eso depende -Annie se mordió el labio.

-¿De qué?

-De si tienes intención de casarte conmigo o de adoptarme.

-Quiero casarme contigo -Ike rió entre dientes-. Es... es a Mickey a quien me gustaría adoptar. Quiero decir... si tú crees que... esto es... si a él le parece bien, claro.

-Qué coincidencia -Annie sonrió-. Yo esperaba adoptar algún día a Mickey. Pero los funcionarios del Estado siempre me decían que lo tendría difícil si no me casaba. Quizá los dos juntos podamos conseguir lo que no pudimos separados -lo besó tiernamente en una mejilla-. No te preocupes. Creo que Mickey se sentirá encantado de

tener un padre como tú.

-Un padre -repitió Ike-. Esa es un etiqueta que nunca pensé que me pondría alguna vez -de repente, se le ocurrió algo-. ¡Dios mío! Pero si voy a ser el padre de toda una camada, ¿no?

-Sí. Creo que tienes bastantes oportunidades.

-Voy a tener muchas cosas que hacer aquí. Tantas que tendré que reducir drásticamente mi trabajo en la empresa.

-Probablemente esa no sea una mala idea.

-Chase y yo podríamos buscarnos otro socio, que me dejase más tiempo libre para... ayudarte a administrar este lugar, a construir otros edificios...

-A tener más niños...

-Oh, seguro que tendremos más niños aquí, hay muchísimo espacio. Quizá puedas gestionar con alguna agencia del Estado o...

-No me refería a eso... Me refería a que los tuviéramos los dos. Tú y yo...

-¿Tú y yo? -repitió Ike.

-Tú y yo -asintió Annie-. ¿No quires tener niños?

-Yo... jamás había pensado en eso. ¿Y tú?

-Bueno... yo sí.

-De acuerdo. ¿Cuándo podemos empezar? -preguntó Ike, como si de repente volviera en sí.

-Yo creía que ya estábamos empezando.

-Muy bien -le quitó la camiseta interior y le besó los senos-. Luego podremos encargarnos de la boda y de la adopción. Lo del niño... podría ocurrir más pronto que tarde, ¿no te parece?

-De acuerdo -asintió Annie mientras continuaba desabrochándole los vaqueros.

-¿De acuerdo? ¿Así sin más?

-Así sin más -respondió Annie mientras introducía una mano por su pantalón.

Después de eso, las palabras llegaron a ser innecesarias. Ike enterró el rostro en la curva de su cuello; con los labios entreabiertos trazó un sendero desde el lóbulo de la oreja hasta el hombro, para bajar desde allí hacia el aterciopelado pezón de un seno.

Annie lo rodeó con las piernas, hundió los dedos en su cabello y estrechó su cabeza contra su pecho. Ike le acariciaba la espalda desnuda con la misma ternura con la que lamía sus senos. Luego bajó una mano por su espalda y deslizó los dedos bajo su pantalón para acariciarle el trasero mientras la alzaba para que pudiera besarlo en la boca. Annie se puso de rodillas delante de él, incapaz de hacer otra cosa que disfrutar de las atenciones que Ike le prodigaba con su

lengua y sus labios.

De repente Annie sintió la fresca hierba bajo su espalda y sus muslos desnudos y comprendió entonces que, de alguna manera, Ike se las había arreglado para desnudarla por completo. Después de haberse despojado también de su ropa, Ike se tumbó sobre Annie. Su húmeda piel parecía fundirse con la de ella cada vez que se tocaban. Cuando la joven levantó la cabeza para besarle el cuello, la garganta, el rostro, sintió un sabor a sal, a sudor y a sol. Por un momento se olvidó de dónde estaba, de quién era; luego recordó. Estaba allí, era una mujer, necesitaba a Ike. En ese momento nada más importaba excepto aquella mañana de verano y dos seres que habían descubierto el amor y la esperanza.

Ike se inclinó para capturarle los senos con ambas manos. Besó y succionó un pezó, luego el otro, después le acarició la piel con los labios hasta llegar a su sexo. La estaba amando como la había amado aquella primera noche de amor.

Annie se movió para sentarse a horcajadas sobre él, pero antes de que pudiera completar ese movimiento, Ike se colocó sobre ella y la penetró profunda, intensamente. No hubo manera de que pudiera controlarse después de aquello; una y otra vez la fue pentrando, y una y otra vez Annie se fue abriendo para recibirlo por completo. Finalmente se abrazaron saciados, estremecidos y felices.

Ike fue el primero en incorporarse y descubrir que habían acabado a varios metros de donde se habían despojado de la ropa.

-Vaya -murmuró mirando a Annie-. Realmente la tierra se ha movido. Eso jamás me había sucedido antes.

-No quiero ni pensar -rió Annie entre dientesen las manchas de hierba que tendré en el trasero...

-¿Es que alguien más va a verte el trasero en un futuro próximo?

Annie negó con la cabeza.

-Entonces no es necesario dar explicaciones, ¿verdad?

-Supongo que no -repuso Annie-. ¿Pero qué mujer querría lucir un trasero verde en su noche de bodas?

-Podría ser divertido -sonrió Ike.

Mientras empezaba a vestirse, la joven comentó:

-Creo que antes de ponernos a trabajar en la nueva casa, deberíamos ocuparnos de Homestead. Después de todo, nos echarán de allí dentro de unos pocos días.

-Supongo que necesitaremos de la mayor ayuda posible, pero entre tus niños y mi recién descubierto talento para la extorsión, creo que seremos capaces de dejar la casa vacía para entonces.

Annie se metió la camisa debajo de los vaqueros y se los abrochó;

luego metió los pies descalzos en el estanque. Al cabo de un rato, también vestido, se reunió con ella.

-¿En qué estás pensando? -le preguntó.

-Sólo pensaba que... -suspiró, apoyándose en él-... he trabajado durante tantos años para mantener Homestead House en pie... He pasado tanto tiempo pensando en el presente, en la manera de sobrevivir cada día, que nunca me he detenido a pensar en el futuro. Ni siquiera cuando Mark estaba vivo, hacíamos planes para el futuro. Nunca -se volvió para mirar a Ike y lo abrazó por la cintura-. Contigo, estoy haciendo planes; estoy contemplando un futuro. Y no me siento como si fuera a tener que levantarme cada mañana para luchar con un enemigo diferente. Contigo... ahora... -sonrió-. Me siento como si al fin pudiese descansar.

-Si tienes que luchar otra vez, Annie, yo estaré a tu lado -Ike le devolvió la sonrisa-. Y si necesitas descansar, yo velaré tu sueño. Ya no volverás a estar sola -la atrajo hacia sí apoyado la barbilla sobre su cabeza-. Y yo tampoco.

-Te amo -le dijo ella con ternura.

-Yo también.

-¿Sabes? Cuando lo compré para ti, sabía que al final terminaríais juntos -Sophie miró a Annie con el ceño fruncido-. Pero mi intención era que tú adoptaras su estilo de vida, y no al contrario. Annie, acabas de echar a perder a un hombre estupendo.

Annie sonrió y echó un vistazo a la alianza de oro que lucía en el anular de su mano izquierda.

-Eso no es lo que él piensa -le dio con tono suave a su hermana- y ahora cállate y cómete otra porción de tarta.

De repente Annie se vio rodeada por un alegre grupo de niños que la abrazaron y besaron, felicitándola. La joven llevaba un vestido de boda de color champán, sin mangas, sencillo y elegante; lucía una diadema y se había recogido el cabello en una larga trenza. Tanto ella como Ike se encontraban rodeados de familiares y amigos en el amplio patio de su nueva casa, la Homestead, que ofrecía un aspecto muy diferente de cuando la joven la vio por primera vez. Los inquilinos de la Homestead House original habían sentado plaza en la nueva hacía un mes.

Ike había diseñado dos nuevos edificios, uno para más niños y otro para trabajadores sociales, y un contingente de obreros debía llegar la semana siguiente para empezar las obras.

Annie miró en ese momento a su marido, que

-se hallaba charlando con su hermana y su cuñado a la sombra de un arce. Él le sonrió y levantó su copa hacia ella en un silencioso

brindis, haciéndola ruborizarse. Estaba rodeada por sus niños, por sus seres queridos, su familia, y nunca volvería a temer perderlos; aquel día era casi perfecto.

Casi. Sólo faltaba una cosa. Annie atravesó el patio, tomó a Ike de la mano y se lo llevó a la ribera del estanque, donde se habían casado menos de una hora antes. Tenía muchas cosas que decirle, pero durante un buen rato no dijo nada. Cuando parecía que Ike era incapaz de soportar por más tiempo su silencio, la atrajo hacia sí y le preguntó suavemente:

-Hermosa boda, ¿verdad?

Annie asintió con la cabeza apoyada en su hombro.

-Y hermosa casa, también.

-Con muchas habitaciones -comentó la joven después de asentir nuevamente.

-Sí; no tendremos problemas allí. Los niños en el segundo y tercer piso, y el primero todo para nosotros.

-Bueno, quizá no -comentó Annie mirándolo traviesa.

Ike la miró sonriente y la joven se dio cuenta de que había captado su críptico comentario, a pesar de que se hizo el sorprendido.

-¿Oh?

-Bueno, hum, todavía nos quedan ocho meses por delante, pero después...

-¿Después de qué? -preguntó emocionado Ike.

-Después... de que tengamos a nuestro hijo.

-¡Dios mío! Ahora sí que soy el verdadero padre de la camada, ¿verdad?

-Sí. pero ya sabías que el trabajo era peligroso cuando lo aceptaste.

-Lo sabía -repuso Ike después de besarla- cuando acepté correr la misma suerte que tus niños y tú.

-Nuestros niños -lo corrigió Annie.

-Nuestros niños -reconoció él, sonriente.

Y besó de nuevo a su mujer, perdiéndose en su dulzura, en su fragancia, en su calor.

Elizabeth Bevarly - Serie De aquí a la paternidad 2 - Amor repentino (Harlequín by Mariquiña)